EL
ABISMO
DE LOS
DÉBILES
JACOBO IZQUIERDO

El abismo de los débiles

JACOBO IZQUIERDO

Una sociedad con estereotipos debe estar preparada para combatir la furia de los que quedan fuera de ella.

PRÓLOGO

Unos apresurados pasos martilleando el pavimento hormigonado de aquella agónica estancia eran las únicas señales que percibía Raquel para sentir que todavía seguía con vida. No por mucho tiempo, pues había oído decir a sus captores que iban a asesinarla en las próximas semanas.

—¡Soy inocente!

Los pasos se detuvieron.

—¡Cállate o te cortaré el cuello ahora mismo! —gritó una voz tan dura como autoritaria.

Raquel sintió miedo. Desde que fuera apresada, no había salido de aquellas cuatro paredes. En ellas, como si de un animal se tratase, hacía todas sus necesidades físicas. ¡Todas! Una vez al día, una pequeña apertura se abría y un vestigio de luz inundaba fugazmente las paredes. Un instante más tarde, se cerraba y aquel claustrofóbico lugar se llenaba de un fuerte hedor a huevos podridos y soledad. Solo en ese momento percibía algo de claridad. El resto del tiempo, las tinieblas lo sumían todo.

CAPÍTULO 1

—Señor, han hallado el cadáver de un nuevo suicida —dijo el agente Pedro Ramírez con voz trémula.

El inspector de la Policía Nacional Francisco Hidalgo golpeó la mesa de su despacho e hizo temblar los cimientos de aquel edificio emplazado en el número 19 de la calle Leganitos. Una comisaría tercermundista de cinco plantas que tenía por curiosidad ser la más grande de Europa. También, quizá, la más descuidada. Habitaciones sin puertas, baños y ascensores abandonados desde tiempos prehistóricos eran algunas de las características de aquel lugar donde llegaban alrededor de treinta y cinco mil infracciones al año.

—¿Dónde ha sido? —el inspector lo escrutó con sus ojos apenados.

Apodado *El Galgo* desde que saliera de la Academia de Ávila hacía ya treinta y tantos años, el inspector Hidalgo era un hombre delgado y menudo. De ojeras vistosas y pelo escaso, su físico parecía enfermar a cada traspiés —muy habitual en él—, debido a una lesión mal curada que le había regalado una cojera vitalicia. Además, los tres paquetes de Nobel que se fumaba diariamente no acompañaban a mejorar aquella fachada tenebrosa.

—Como los tres últimos, este suicida también ha seleccionado Gran Vía para poner fin a su vida.

El inspector suspiró atormentado. Llevaba semanas durmiendo alarmantemente poco y eso estaba mermando sus fuerzas. El cigarro que sostenía en su mano derecha desprendió la ceniza encima de unas hojas sin apenas haber dado dos caladas. Montones de recortes de periódico poblaban una carcomida mesa de trabajo que rozaba la mendicidad, como todo lo que le rodeaba. Como su propia vida.

—Llama a mi secretaria —tosió—. Necesito un registro exhaustivo de todas las llamadas y mensajes de teléfono de este individuo. Además de eso, quiero los extractos bancarios de los últimos quince días.

El agente Ramírez escribió las exigencias de su jefe en una libreta pequeña repleta de anotaciones. Unas oposiciones excelentes lo habían catapultado al despacho del hombre más inteligente de aquel edificio. También, el más complicado. El comportamiento apático e impulsivo del inspector, le habían costado más de un expediente.

—Por la documentación que portaba encima, este también tenía treinta años.

—¿Te crees más listo que yo? —masculló, poniéndose en pie.

—Para nada, yo solo quería aportar mi grano de arena a la investigación. No quería interferir en sus pesquisas.

Los mofletes del agente Ramírez tomaron un color rojizo, recordándole los años pasados cuando era más bien grueso.

—Yo también fui joven y apuesto como tú —sacó un cigarro de la cajetilla y lo prendió, dejando caer sobre la mesa el que todavía sostenía en sus dedos ennegrecidos—. No pienses que nací con este aspecto desaliñado —dio una larga calada y se sentó encima de la montaña de papeles que vestían su mesa.

Aunque su corpulencia y envergadura podrían reducir sin contemplaciones a aquel hombre, su autocontrol era más fuerte. Los cuatro años preparando la oposición habían equilibrado aquel físico como si el mismísimo Miguel Ángel lo hubiera cincelado y un monje tibetano le hubiera dotado de una infinita paciencia.

—¡Lo siento! No quer…

—¡Vamos! Quiero inspeccionarlo yo mismo.

CAPÍTULO 2

Yago, como cada día, había quedado con sus dos amigos Mario y Gonzalo para saciar, a golpe de videoconsola, las horas muertas que ocupaban sus vidas vacías. La tecnología, fuese en el ámbito que fuese, los acompañaba siempre. Una rutina complementada con el consumo de marihuana que adulteraba sus conductas hasta casi lamer la esquizofrenia.

—¡Hijo de puta! —gritó Yago enfurecido.

El insulto salió de su mente atravesando una densa selva de cabellos negros como el tizón. Solo sus grandes ojos claros resaltaban ante la opacidad de su rostro. A pesar de su magnífica estatura, aquella manta descuidada le confería la seguridad que su delgadez le restaba.

—Otra vez gol en el último minuto —gritó de nuevo.

Gonzalo apenas reaccionó a las injurias de su camarada. Aquel procedimiento para comunicarse era tan natural en ellos como absorber las nubes blancas que emanaban de sus pulmones. La carencia de trabajo e inquietudes los había convertido en esclavos de aquel estupefaciente con propiedades relajantes.

—Siempre te pasa lo mismo —añadió Gonzalo con una carcajada sonora.

—¿No sabéis hacer otra cosa que fumar y jugar a la consola? —preguntó Raquel, al irrumpir en aquella habitación con tanto humo como la sala de máquinas de los antiguos trenes de vapor.

Raquel era una mujer descuidada y con un fuerte carácter que había heredado de su padre, así como la nariz aguileña que adornaba su rostro y que tanto le acomplejaba. Debajo de unas gafas color beige, se escondían unos preciosos ojos verdes agotados de llorar. Con dieciocho años había asumido la tutela de su hermano seis años menor que ella y, desde ese momento, sus aspiraciones por convertirse en médico se desvanecieron.

—¡Déjame tranquilo y ocúpate de tus cosas! —respondió Yago con desprecio y dando una prolongada bocanada.

—¿Mis cosas? Te recuerdo que en esta casa vivimos los dos. Deberías buscar trabajo y hacer algo de provecho. El dinero de nuestros padres algún día se acabará.

—Anda, vete a chatear con los frikis esos con los que te hablas.

—¡Eres insoportable!

Un portazo dio por concluida la disputa. Yago y sus amigos sonrieron. Estaban acostumbrados a las reprimendas de *la bruja.* Un mal nombre inventado por alguien en el colegio debido a su nariz y corpulencia, y que había sobrevivido al paso de los años.

—La bruja cada día está peor —dijo Gonzalo.

—No la llames así —reprimió Yago—. Sabes que le molesta mucho que se lo digan. Una cosa es que yo discuta con ella y otra que os burléis. Además, para nariz fea, la tuya.

Los dos amigos comenzaron a reírse. Aquella carencia de preocupaciones les hacía sentirse felices y vacíos al mismo tiempo. Esos humos, sin saberlo, estaban cambiando sus personalidades y conductas, volviéndolos vulnerables. Vulnerables a una sociedad cambiante y controlada por unos pocos.

—¿Qué haces? —preguntó Gonzalo, dirigiéndose a su amigo Mario que, cabizbajo, consultaba su teléfono móvil.

Mario era, quizá, de los tres, el más introvertido. Había pasado toda su vida como un perro faldero riendo las bromas de sus amigos. Unos amigos que, en ocasiones, habían superado la barrera del mal gusto. Con veinticinco años había decidido dejar el trabajo de mozo de almacén y seguir los pasos de sus vecinos. Porque, para él, aunque sonaba extraño decirlo, seguían siendo vecinos y no amigos.

—Ha vuelto a ocurrir —respondió con los labios arqueados de felicidad.

—¿El qué? —preguntó Yago, retirando de sus manos el control de la videoconsola.

—Un nuevo jugador ha caído en la trampa —espetó sin modificar el gesto.

—¿Te hace gracia? —preguntó Gonzalo con el ceño fruncido—. ¿Que los llevará a suicidarse?

—Es esa página de la que todo el mundo habla —añadió Yago.

—Chicos, prometedme que ninguno de vosotros entrará nunca en ella —dijo Mario con el semblante severo.

CAPÍTULO 3

—Me gustaría ser una persona normal. Con sus hábitos, sus problemas y soluciones. Con sus amigos que lo quieran y lo extrañen. Pero no es así. La vida conmigo no fue tan fácil como para vosotros. Yo no tuve la opción de entrar en esos estereotipos de la sociedad. Todavía recuerdo con nostalgia cuando el perro de la señora Carmen me atacó y lo golpeé con rabia en la cabeza. Es cierto que solo era un caniche, pero quería herirme. ¿Qué podía hacer yo en aquella situación? La mirada de aquel pequeño animalillo me persiguió durante años en las eternas noches en vela, en las cuales, el odio me pedía cometer toda clase de atrocidades. Lo cierto es que ni la señora Carmen ni su perro me caían bien. Aquella alimaña se pasaba el día ladrando. ¿Sabéis lo que es intentar dormir y no poder? Joder, yo no fui siempre así. Cuando nací era adorable o eso creo. A veces intento recordar mis primeros pasos e incluso creo lograrlo.

—¡Está peor de lo que pensaba! —dijo el inspector Hidalgo a su compañero. Ambos inspeccionaban a su presa a través de un cristal de visión unilateral.

—Quizá haya alguien más en la habitación que nosotros no podamos ver
—añadió su lacayo.

—A veces pienso que mis amigos propiciaron esta situación. Que ellos fueron los culpables de todo. ¡No! Eso no es cierto, yo no tengo amigos. Mis problemas vinieron mucho antes. Quizá antes de que naciera. Una vez leí en una revista especializada que en una ciudad de Estados Unidos hubo una catástrofe, la cual dejó sin electricidad a miles de personas durante días, y, veinte años después, se les realizó un estudio a los hijos de las mujeres que vivieron esos hechos mientras estaban embarazadas. El resultado fue asombroso. Un porcentaje muy elevado de ellos había sufrido fracaso escolar y conductas agresivas tanto con su familia como con sus parejas. Aquel estrés involuntario que vivieron sus madres quedó memorizado e hipotecó su personalidad para siempre. ¿Qué culpa tenían esos pobres chicos? Quizá a mí me pasó lo mismo. Quizá aquella fractura de peroné que sufrió mi madre al caerse por las escaleras también me condenó a mí. Sé que eres una simple silla y todo el mundo detrás de estas paredes pensará en mi locura. Pero quizá dentro de las tripas que visten tu frontispicio afligido haya una vida inteligente que me esté escuchando. ¿O acaso la carcoma no es una especie de vida, galgo quejumbroso?

El aludido dio un toque de nudillos en el cristal.

—Yo también me alegro de saludarle —dijo levantando la palma de su mano—. ¿Por dónde íbamos? Ah, sí. Kratos es un personaje que admiro e incluso venero. Desde bien pequeño quise parecerme a él. Todas las noches me acostaba pensando e incluso suplicando a las fuerzas del universo que me ayudaran a convertirme en él.

El presunto artífice de aquel juego macabro no mostraba el mínimo atisbo de arrepentimiento. Conversaba con la naturalidad de una persona que está contando sus vacaciones en la playa a unos amigos en la terraza de un bar. No mostraba nerviosismo ni ningún ajetreo reiterado de piernas como el grueso de especímenes que solían entrar en esa sala.

—Kratos o como quiera Dios que te llames. Responde a la pregunta.

La voz del inspector Hidalgo resonó en la sala por medio de un altavoz ubicado sobre la cabeza del apresado.

—Poco a poco, amigo. Mi obra es digna de admiración y, aunque no lo sepáis, con mi detención no habéis logrado nada. El abismo se acerca para más de un atormentado. Las velas están desplegadas y los vientos del renacer soplan hacia una suerte nueva.

—Abismo es en el que te has metido tú —respondió el agente Ramírez intentando no exaltarse en exceso—. Vas a pagar por cada muerte.

—Vaya, ya ha tenido que hablar el guapito. Que sepas que, aunque te propusieras de aquí en adelante cambiar tu manera de ser, no lograrías intimidar a nadie. La arrogancia es un talento del que tú careces y al que a tu jefe le sobra.

—¡Cállate de una maldita vez! —gritó el inspector—. ¿Por qué sigues con todo esto?

—Porque hace tiempo que me cansé de ser invisible.

CAPÍTULO 4

Detrás de aquel caparazón pétreo e infranqueable había un interior blando y frágil. Era demasiado pequeño para perder a sus padres. No estaba preparado para eso. Aunque, a decir verdad, nunca se está preparado para perder a un ser querido. Pero un niño, todavía menos.

Yago desde niño quiso mostrar fortaleza y, sobre todo, que el resto del mundo lo supiera y respetara. Lo temiera. Que nadie pasara por su lado mirándolo por encima. Ni siquiera los magrebíes que vivían en su barrio y tenían atormentado al vecindario recibían su aprobación. «Nadie estará nunca por encima de mí». Quizá por esa misma razón, ninguno de los trabajos precarios a los que accedía le duraba más de una semana.

—¡A cenar! —gritó por tercera vez su hermana.

—No tengo hambre —respondió con la misma altura de palabras.

Sus amigos hacía horas que se habían marchado de aquel particular búnker lleno de humo y aromas diversos. Yago se encontraba sobre la cama mirando al techo como casi siempre cuando estaba solo. Había pasado tantas horas en aquella posición durante su vida, que más de una ocasión había amenazado con apostar que sería capaz de dibujar con exactitud los miles de granos de pintura blanca que vestían el techo.

«¿Cómo ha dicho que se llamaba?», pensó presionando con los dedos su frente. De pronto, dio un salto en la cama y movió el teclado de su ordenador. La pantalla se encendió y buscó en Google: *suicidio en la Gran Vía.* En una fracción de segundo se abrieron cientos de miles de páginas. Abrió la primera, la escrutó y volvió nuevamente al buscador. El octavo resultado llamó su atención. Se trataba de un blog titulado: *el abismo de los débiles*. Antes de dar el paso titubeó durante unos segundos. Los dedos de sus manos parecían que querían bailar claqué. Suspiró, y su índice impactó con fuerza sobre el ratón. La página se abrió mostrando una alerta que solicitaba ser mayor de edad para adentrarse en su interior. Introdujo su fecha de nacimiento y repitió la operación. Un fondo de una playa paradisíaca se mostró tras aquel telón protocolario. Después de inspeccionar minuciosamente con la flecha aquel paisaje, se dio cuenta de que únicamente había un lugar para seguir avanzando. Se trataba de un diminuto recuadro encima de una de las cuatro palmeras donde se podía leer *cuestionario de aceptación*. Yago se levantó de la mesa donde estaba ubicado el ordenador y cerró la puerta de su guarida. Posteriormente, comenzó a

responder todas y cada una de las preguntas.

1. **¿Eres mayor de 30 años?**

Sí —mintió, con la seguridad que le brindaba la virtual frontera tecnológica.

1. **¿Tienes más de 30.000 euros en el banco?**

Sí.

1. **¿Crees que la sociedad en la que vivimos te echará en falta?**

No.

1. **¿Estás cansado del Sistema?**

Sí.

1. **¿Estás preparado para dar un cambio radical en tu vida?**

Sí.

1. **En los últimos 30 días, ¿cuántos de ellos has sido feliz?**

Dos —respondió tras una larga pausa.

1. **En los próximos 30 días, ¿cuántos de ellos crees que serás plenamente feliz?**

No lo sé. Dos, o quizá ninguno. No sabría responder.

1. **¿Crees en la vida después de la muerte?**

Sí.

1. **¿Qué es lo último que piensas antes de acostarte?**

No suelo pensar en nada —se mintió a sí mismo, puesto que Cecilia era su primer y último pensamiento desde hacía años.

1. **¿Te gustaría vivir los trece días más apasionantes e increíbles de tu vida?** Sí.

El cuestionario ha finalizado. En breve recibirás un email con el resultado de la solicitud. ¡Buena suerte!

CAPÍTULO 5

El agente Ramírez detuvo el coche patrulla en medio de la Gran Vía madrileña donde decenas de transeúntes se arremolinaban tras el cordón policial. El inspector Hidalgo saltó del coche con diligencia y se abrió paso a empujones entre un sinfín de curiosos que merodeaban el lugar incordiando más que aportando.

—Inspector —dijo un policía con una especie de reverencia. Seguidamente, levantó la cinta y este se encorvó por debajo.

La acera estaba embadurnada de sangre y restos biológicos. El cadáver estaba parcialmente oculto bajo una manta térmica dorada que, más que mantener su temperatura corporal, protegía a aquel supuesto suicida de las lentes viperinas de los mirones.

—¿Ha llegado ya el monje? —preguntó a otro agente que, a juzgar por su semblante, estaba conteniéndose para no lanzar sobre el pavimento la última ingesta alimenticia.

—¿Cómo dice? —respondió con voz trémula.

—El juez, ¡coño!

—Sí, estoy aquí.

Hidalgo se dio la vuelta y se sorprendió mucho al ver que, en lugar de monje, era una monja la encargada de levantar al difunto. Una monja que no debía superar los cuarenta años y que, lejos de vestir un hábito, llevaba una blusa de color gris a juego con las deportivas y unos vaqueros rotos por las rodillas.

—Una definición un tanto infantil diría yo para referirse a nuestro trabajo.

El inspector se encogió de hombros. Aquella fachada de perro de presa se reducía a cenizas cuando tenía que conversar con una dama. Fuera por eso o por su apariencia funesta, a sus cincuenta y seis años no había conocido mujer. Bueno, en los burdeles de media España había recibido caricias de cientos de mujeres gracias a su billetera. Tantas como naciones hay en el planeta.

—Lo siento —se disculpó—. Es la costumbre.

—Mi nombre es Carmen —extendió su mano y el inspector la estrechó con el cuidado que se sujeta una figura de porcelana—. Me han informado que está usted llevando este caso.

—Sí —dijo el agente Ramírez incorporándose a la conversación —. Estamos llevando la investigación los dos.

Su superior lanzó una mirada de esas que cortan el aire e incluso se detiene el tiempo. Aquel novato recién salido de Ávila se había adelantado y, para su ego, lo había dejado en evidencia de una manera intolerable.

—Como ha dicho mi mascota —dijo con desprecio—. Sí, lo estamos investigando. ¿Qué tenemos?

El agente Ramírez tragó saliva y maldijo una vez más su impulsividad. A diferencia de su superior, él sí que sabía tratar a una mujer y, si además era guapa, como en este caso, sentía la necesidad de hablar con ella.

—Se trata de un varón de treinta años residente en Santa Cruz de Tenerife. Por la documentación que llevaba encima, llegó hace hoy trece días a la Península. Como los anteriores, este también tenía el cuerpo atestado de cortes. Murió en el acto al saltar desde la ventana de aquel edificio —lo señaló.

—¿Alguien ha supervisado la habitación? —preguntó el inspector evitando mirar a la jueza.

—Ese es su trabajo, ¿no? —respondió ella con una sonrisa irónica.

—Así es. Me parece que hoy el suyo va a ser más entretenido que el mío. —dijo señalando el cadáver destrozado.

Sin dejar tiempo para una nueva réplica, el inspector Hidalgo esquivó a la jueza y apretó el paso hasta llegar al portal del edificio. Varios agentes lo esperaban en la acera. Él ni se detuvo. Quería llegar cuanto antes a la habitación veinticuatro del hotel Louis para apropiarse de todos los datos posibles. Casi al mismo tiempo que pulsaba el número siete en el ascensor, abrió la cajetilla y prendió un cigarro. El agente Ramírez lanzó una mirada de desaprobación al ver cómo se consumía el tabaco y al instante salía de sus entrañas una vaharada de humo. Había aceptado ser fumador pasivo desde el primer día que lo conoció, pero el compartir aquel diminuto habitáculo con una muchacha y dos críos de corta edad no le parecía justo. A pesar de todo, nadie dijo nada. Ni la tos de uno de los pequeños interrumpió su momento de placer.

Finalmente, la cabina se detuvo y los dos investigadores salieron de su interior. Un cartel informativo indicaba que las habitaciones uno a la quince estaban en el ala izquierda, y las de la dieciséis a la treinta a la derecha. Enfilaron el pasillo hasta llegar al número veinticuatro. El agente Ramírez fue el primero en llegar. La puerta estaba abierta y precintada.

—Vamos, ¿a quién estás esperando?

El inspector Hidalgo dio un manotazo y apartó la cinta policial que impedía acceder al lugar donde se había gestado el suicidio.

La habitación se revolvía por los envistes del viento que se adentraba desde la ventana del saltador. La cama estaba perfectamente planchada y, sobre ella, había varios pantalones vaqueros, un cinturón de color negro, un jersey azul, un bolígrafo, unas gafas de sol, una toalla blanca manchada con restos de sangre y un reloj con la correa de acero y la esfera partida en mil pedazos señalando las veintiuna horas y dos minutos.

—Creo que no debería haberme llamado mascota delante de la jueza —dijo el agente Ramírez después de mucho vacilar.

—Y yo creo que deberías aprender a callarte y dejar de intentar quedar por encima mío. Si quieres que deje de tratarte como un niño deja de actuar como tal.

El inspector Hidalgo se asomó a la ventana y vio una vez más la telaraña de personas que rodeaban a la víctima. Alzó la vista y observó las ventanas de los edificios y se preguntó si alguna de aquellas figuras que miraban la escena era la araña que buscaban. La misma araña que había imbuido a aquellos exámines trozos de carne que algún día formaron una vida, a saltar al vacío y perderla.

—Creo que las cosas se pueden decir de muchas maneras.

—Cierto —respondió sin siquiera volverse a mirar a su compañero.

—¿No se cansa nunca de tener esa actitud arrogante?

—Te lo dije el primer día y no lo repetiré —respondió esta vez buscando la mirada del agente—. Si quieres trabajar conmigo, debes aceptar mi arrogancia y todas mis taras. En caso contrario, puedes salir por esa puerta y pedir el traslado. Debes saber que, como tú, han pasado muchos. Para ser sincero, no me daría ninguna pena que ahora mismo te marchases.

El inspector se arrodilló e hizo una mueca de dolor al sentir el habitual latigazo doloroso del menisco. Debajo de la cama, encontró una tarjeta de crédito y una hoja de papel doblada por la mitad.

—¿Qué es eso? —preguntó el agente desde el baño.

Al ponerse en pie, el menisco volvió a recordarle por qué era una de las partes favoritas de su cuerpo. Al desdoblar el folio, se encontró un conjunto de palabras rotas escritas casi en cursiva por unas manos temblorosas. La simple idea de pensar la angustia que debió sentir el escritor mientras trenzaba el texto le dio escalofríos.

—Creo que es una carta de despedida.

Parece una salida fácil la de desaparecer. La de dejaros a ti y a nuestros padres. Aquellos que nos criaron con esfuerzo. Sabes que desde

siempre fuiste mi apoyo. Quizá el único. Mi vida no fue un camino confortable. Sabes que nunca he encajado en los cánones de la sociedad.

Los últimos días he hecho cosas terribles. Incluso he matado. Nada de lo que haga podrá devolverle la vida a aquella pobre chica a la que le arrebaté la existencia. Soy un monstruo al que la cobardía le pide que salte por la ventana desde la que te dirijo estas líneas.

No quiero un funeral. Tampoco rosas. Ya sabes que soy más de espinas. Solo te pido que hagas lo posible para que nuestros padres dejen sus creencias a un lado y no me pongan en el altar de una iglesia rodeado de paredes de madera y mármol. No quiero que mi cuerpo sea sermoneado por los ecos de un predicador que no predica.

Por todo esto, quiero arder y borrar mi existencia para siempre. Sin lutos. Sin velatorios. Sin nada.

Te deseo lo mejor, hermanita. Te echaré de menos. Cuida de todos. Como siempre lo has hecho. Te quiero.

—Hay algo que se nos está escapando.

—¿Por qué dice eso?

—Cada uno de los suicidas han manifestado en sus respectivas cartas que habían matado a alguien. En las últimas semanas no tenemos constancia de ningún asesinato sin resolver. ¿Dónde están esos cuerpos?

—Quizá alguien los haya hecho desaparecer.

—¿Cuatro cuerpos?

—Puede ser.

—Esa respuesta es de todo menos convincente.

—No sé qué decirle.

—Pues si no sabes qué decir, no digas nada. Ahora recoge la maleta y todos los papeles que veas. Cualquier ticket de compra nos puede resultar de vital importancia para descubrir quién es el cerebro de este juego macabro.

CAPÍTULO 6

Las piernas delgadas de Mario avanzaban a gran velocidad sobre el pavimento de la calle Goya en dirección a su casa. Antes de adentrarse en el zaguán, se dio la vuelta por enésima vez. Aquella manía persecutoria, solo conocida por él, era quizá uno de los muchos secretos que escondía tras esa apariencia arcillosa. A pesar de ser invierno en la capital, estaba empapado y su respiración galopaba imparable. Jadeaba como un espitoso corredor de bolsa en una mañana cualquiera en Wall Street.

Sacó la llave del bolsillo de su pantalón vaquero y, antes de abrir, volvió a mirar una vez más hacia el vacío. Dos transeúntes al otro lado de la calle que caminaban despreocupados y ajenos a su paranoia eran las únicas amenazas que aquellos ojos fundidos pudieron percibir.

Sus manos temblorosas y humedecidas giraron espasmódicamente y la puerta cedió al alboroto producido por las llaves. Se adentró en el interior del edificio y respiró aliviado. Al subir al ascensor se miró al espejo. Tenía la frente y la parte superior de los labios brillantes. Se levantó el flequillo rubio y algunas gotas de sudor cayeron al suelo. Aquellos ojos negros penetrantes parecían estar envueltos por un río de sangre. «¡Mierda! El colirio». Antes de que el aparato detuviese las poleas, rebuscó en uno de los bolsillos de su cazadora de color canela el pequeño frasco. Se agachó y lo levantó en alto. Dos gotas impactaron en sus pupilas y, este, instintivamente parpadeó varias veces.

El ascensor se detuvo en la cuarta planta. Su madre lo esperaba en el rellano como casi siempre, cosa que a él le incomodaba demasiado. Era el peaje que tenía que pagar al haber perdido un hermano sin dejar rastro.

—Llegas tarde —replicó su madre con un tono arrastrado por los ansiolíticos.

—He cenado ya —respondió sin alzar la mirada.

—¿Dónde?

Mario entró en su casa mientras su madre, a su espalda, lo interrogaba con todo tipo de preguntas.

—¿Has estado fumando otra vez? ¿Qué has cenado? ¿Cuándo vas a ponerte a buscar trabajo?

—Déjame. Necesito acostarme y descansar.

—¿Descansar? Si no has hecho nada en todo el día. Seguro que te has pasado el día en casa de tu amigo.

—No, mamá. He estado buscando trabajo. Hice una entrevista en una tienda de ropa y luego en un bar —mintió sin esfuerzo—, creo que en ambos sitios quedaron muy contentos conmigo.

Los ojos de aquella mujer padecedora se iluminaron como luciérnagas en la noche. Acarició la mejilla del mentiroso y cesó el interrogatorio refugiándose en una de las tres mecedoras del comedor a la espera, como todos los días desde su desaparición, de la llamada de la policía informándole que habían encontrado a su hijo Ezequiel. Vivo o muerto, eso, después de tres años, ya le daba igual.

Mario entró en su cuarto y cerró la puerta. En algún lugar de su ser sintió un mínimo atisbo de arrepentimiento por haber engañado una vez más a su madre.

La habitación era tan oscura y siniestra que parecía haberse ambientado en una película de terror. Las paredes estaban adornadas con decenas de banderas y camisetas de color negro de algunos de los principales grupos que solía escuchar: *Metallica, Iron Maiden, Black Sabbath, Judas Priest, AC/DC, Guns N´ Roses, Slayer o Manowar.*

En la parte derecha de la cama había una réplica de dos metros de altura de *Predator,* y, enfrentándose a él, otra de un tamaño ligeramente inferior de *Alien.* A la izquierda, justo debajo de la ventana se encontraba una mesa de ordenador con un monitor de veintitrés pulgadas.

Tras deshacerse de la cazadora, se sentó frente al ordenador y empezó a examinar el correo.

27 mensajes nuevos…

CAPÍTULO 7

Eran las cuatro de la mañana de un domingo cualquiera y aquel saco de huesos humeante y borracho de café seguía intentando destapar el galimatías que tenía delante. El inspector Hidalgo miraba con una mezcla de cansancio y aprensión aquella montaña de documentos que poblaba su mesa de despacho.

Traspaso de 30.000 euros a número de cuenta 3344…

Traspaso de 30.000 euros a número de cuenta 6534…

Traspaso de 30.000 euros a número de cuenta 3421…

Traspaso de 30.000 euros a número de cuenta 9037…

Los extractos bancarios de los cuatro suicidas contenían cierta información confusa y sorprendente en partes proporcionales. Todos habían traspasado: la misma cantidad exactamente trece días antes de morir, todos eran varones, todos tenían treinta años de edad, y todos presentaban en sus cuerpos decenas de heridas, de estigmas, como si hubieran participado en algún tipo de ritual satánico. ¿Qué les había inducido a enfermar su mente hasta un final prematuro?

En el silencio de la noche madrileña únicamente interrumpido por el tintineo de una bombilla sobre la cabeza del inspector, algo se iluminó en la mente de aquel pobre diablo. Cogió los cuatro folios que contenían los datos bancarios y los extendió sobre la mesa paralelamente unos con otros. Cogió un rotulador amarillo y comenzó a subrayar los nombres de los titulares. Hidalgo hizo una sonrisa sardónica al comprobar que, algunos de los números de cuenta de los destinatarios de las transferencias coincidían al punto con los fallecidos. Todos, salvo el último. Así pues, desde el número de cuenta del primer suicida se había hecho una transferencia de treinta mil euros al segundo, el segundo al tercero, y este, a su vez, al cuarto.

El teléfono del despacho comenzó a sonar, despertándolo de sus cavilaciones.

—¿Quién es? —respondió con la voz rota por el tabaco.

—Soy Pedro.

—¿Tú tampoco puedes dormir?

—He encontrado algo que creo que…

—Los números de cuenta —gruñó interrumpiendo a su ayudante —. Necesito que localices el nombre del receptor de la transferencia del último suicida.

—Ya lo he hecho —respondió con recelo.

Hidalgo dio un largo suspiro y lamentó con la cabeza. Aunque aquel listillo le facilitaba mucho las cosas, a veces tenía la sensación de que estaba perdiendo el timón de su propio barco. La velocidad con la que se movía su lazarillo le recordaba mucho a su juventud cuando se anticipaba a sus superiores para desenmascarar a los delincuentes del pasado. Algunas noches de insomnio pensaba en ellos. En sus familias. En todo ese complejo entramado mafioso. En sus días en la cúpula antidroga que tantas casas de maleantes había derruido en la Cañada Real. En los Miami. En la banda de albanokosovares que juró darle matarile cuando apresaron a su líder.

—Señor. ¿Me escucha?

—Sí.

—El último receptor es un sevillano de treinta años llamado Manuel Lorain Sánchez. He hecho algunas llamadas y he averiguado que lleva trece días hospedado en el hotel Blue Madrid, hoy por la mañana podr…

El inspector colgó el teléfono con rabia y salió a toda prisa de su despacho. La adrenalina lanzó su cuerpo escaleras abajo a una velocidad impropia para alguien tan frágil y dolorido. El Ford Mondeo negro arrancó su motor frío con un rugido metálico. Salió de la calle Leganitos acelerando a fondo y se adentró en una Gran Vía desierta. Acto seguido, inspeccionó el panel de mandos y buscó desesperadamente el botón que accionaba la sirena. Un puñetazo hizo sonar el claxon al darse cuenta de que, en lugar de subirse a un coche patrulla, estaba sentado en el suyo propio. Siguió avanzando y viró a la izquierda por la calle Valverde. Los neones azules del cartel del hotel Blue Madrid lo deslumbraron desde lejos. Echó el freno de mano y, dejando el vehículo en medio de la carretera, se adentró en el vestíbulo del hotel que estaba a pie de calle.

—¿En qué —hizo una pausa para tomar aire— habitación… —volvió a parar.

La recepcionista retrocedió al verlo entrar. Su apariencia desaliñada no era para menos.

—¡Márchese o llamaré a la policía! —gritó con la voz temblorosa.

El inspector Hidalgo apoyó los codos sobre la recepción e intentó serenarse. A los pocos segundos dijo:

—Yo soy la policía.

La recepcionista, que ya estaba marcando el número de la

justicia, lo escrutó con cautela.

—¿Usted? ¿Policía? —sonrió.

Aunque solo llevaba seis meses trabajando en aquella recepción, podía decirse que había visto de todo: borrachos, prostitutas y drogadictos eran el menú diario de su turno de doce horas que empezaba a las ocho de la tarde.

—Necesito saber en qué habitación se hospeda Manuel Lorain Sánchez —dijo, obviando el desprecio.

—Y yo que me toque la lotería.

El inspector alargó la mano y, a continuación, desenfundó la placa adherida a la parte interior de la cartera. La recepcionista se encogió de hombros.

—Lo siento. Su apariencia me…

—¿En qué habitación?

La joven empleada se apartó un mechón de la frente y con total precisión pulsó sobre el teclado todas y cada una de las letras que formaban el nombre del sevillano.

—La doce —respondió elevando el tono por el nerviosismo y entregándole la tarjeta que la abría.

—¿En qué planta?

—Solo tenemos esta planta. Por allí —señaló una puerta de color blanco que había junto a la entrada.

—Gracias.

Hidalgo corrió hasta la habitación y, antes de entrar, empuñó su arma. La puerta se abrió mostrando una estancia diminuta. Como si del camarote de un crucero de bajo coste se tratase, la cama ocupaba casi la totalidad de la sala. Una puerta en un lateral conducía a un cuarto de baño claustrofóbico donde la humedad era su huésped principal.

—¡No hay nadie! —gritó al volver a la recepción.

—Señor, en el registro aparece que salió ayer sábado a las ocho de la tarde y que todavía no ha regresado.

—¡Mierda!

CAPÍTULO 8

1 mensaje nuevo.

Yago vaciló por un instante si abrir o no aquel e-mail. Fuera el destino o un espasmo nervioso de los que últimamente tanto castigaban sus extremidades, lo cierto es que el mensaje se desplegó ante sus ojos.

El cuestionario de admisión para adentrarse en el paraíso de la imaginación y la felicidad eterna ha resultado satisfactorio.

"El abismo de los débiles" pretende liberar nuestras almas de las piedras que hemos ido cosechando durante nuestra vida. Esas piedras pesadas, más que beneficiarnos, nos impiden avanzar en el sendero hacia la sabiduría verdadera. Al amor verdadero.

El mundo terrenal es un buen canal para conocer los misterios de la angustiosa vida de nuestro creador en sus últimos días. La oscuridad de la noche y las tinieblas serán la pasarela perfecta.

Durante los próximos trece días vivirás experiencias que pondrán al límite tu cuerpo y mente. La soledad será tu mayor aliado. Algunos días serán de penitencia y otros de iluminación. El triunfo final será el Nirvana.

El hotel Luz de Luna será un hogar maravilloso en el que hospedarte. Para formalizar esta experiencia, tendrás que introducir el número de cuenta y tu nombre. Mañana, empezará tu vida nueva.

La sombra necesita de nosotros para seguir su camino, pero nosotros no la necesitamos a ella. La lluvia, en su justa medida, puede resultar romántica, pero, en abundancia, provoca destrucción.

Kratos.

Yago tragó saliva. Estaba paralizado por el miedo pero, a su vez, intrigado por cuáles serían esas pruebas para llevarlo al Nirvana.

—¿Hola? —dijo Raquel, adentrándose en su habitación sin anunciar siquiera su llegada.

Este se revolvió en la silla e hizo un grito ahogado.

—¿Qué…qué —tartamudeó.

—¿Qué te pasa? ¿Te has pasado con la marihuana?

Yago parecía que había visto un fantasma. Tenía la cara desencajada y parpadeaba constantemente.

—Voy a salir. Llegaré tarde.

Raquel vestía un traje de color turquesa recortado por las rodillas y adornado con lentejuelas negras, a juego con sus bailarinas. Su rostro lucía resplandeciente. El maquillaje le había quitado diez años de amargura y llantos.

—Perfecto. No voy a esperarte despierto.

—No esperaba menos.

—¿Algo más? —preguntó, con las axilas expulsando sudor como si de las Cataratas Victoria se tratase.

—Deberías ducharte. Aquí huele que apesta.

—Y tú cambiarte esa cara de bruja que tienes.

—¡Hijo de puta! —gritó, a la vez que golpeaba la pared.

—Pronto no tendré que escuchar más tus sermones.

—Ah, ¿si? ¿El muchachito se va de casa?

—Para no volver.

—Ya tardas. Total, para lo que aportas.

El timbre comenzó a sonar con insistencia. Raquel se apartó y su hermano la esquivó con indiferencia. Abrió la puerta y, antes de que entraran los visitantes, cruzó por medio de ambos sin saludar.

—¿Dónde vas tan deprisa? —preguntó Gonzalo arrugando el labio inferior.

La única respuesta que obtuvo fue de parte de su dedo central por encima del hombro. Llevaba las uñas pintadas de color negro exceptuando las puntas que eran rojas. La joven desapareció escaleras abajo, refunfuñando. Estaba cansada de convivir con su hermano y los dos ocupas —como los llamaba ella—, cansada de respirar aquellos opiáceos a diario, cansada de permanecer esclavizada en aquella casa, cansada de ver como su vida y la de su hermano envejecían sin un porvenir.

—¿Qué le has hecho esta vez? —preguntó Gonzalo.

Yago, todavía con el semblante albo, tardó en reaccionar a la pregunta.

—Lo de siempre.

—No podéis estar siempre así. ¿Y si nos vamos a vivir los tres juntos?

—¿Nosotros tres?

El jolgorio exagerado de los amigos provocó que la vecina de enfrente abriera la puerta. Antes de ser amonestados por la señora, se ocultaron con presteza en el interior de su particular guarida.

—Mirad esto.

Mario, sonriente, mostraba su DNI.

—¿Dónde lo has encontrado? —preguntó Yago.

—Me lo dio el otro día tu hermana antes de irme. Al parecer estaba debajo de tu cama. Imagino que se me habrá caído de la cartera al practicar esgrima con él.

Gonzalo cogió el carné y se echó a reír.

—Sales con un ojo más abierto que otro. ¿No tenías una foto mejor?

Mario se sonrojó. Estaba acostumbrado a ser el objeto de burla de sus amigos. Su inseguridad, desde niño, le había impedido plantar cara a los abusones. Aun así estaba contento, ahora solo tenía que aguantar las bromas de sus dos amigos y no de una docena de colegiales con las hormonas en el Everest. Ellos, a su manera, le habían ayudado a superar la desaparición de su hermano.

—¿Sabéis qué quiere decir esta tarjeta?

Yago estaba cabizbajo. Pensativo. No le gustaba discutir con su hermana. Pero, para su criterio, se lo ponía tan difícil. Le resultaba muy complicado convivir con ella y acatar sus normas. Aunque, a decir verdad, no le hacía ningún caso. El simple hecho de que le dijera lo que tenía que hacer era suficiente para herir su ego.

—¿Al fin podremos ir a las putas y celebrar tu cumpleaños?

—Exacto.

Mario sacó del bolsillo interior de su cazadora un montante de billetes de cincuenta. Por lo menos debía haber varios miles de euros. Sus dos amigos se miraron con estupor.

—¿De dónde has sacado eso? —preguntó Yago.

—Eso es irrelevante. Esta noche yo me encargaré de todos los gastos. ¡Vayamos a cenar a un buen sitio!

Gonzalo se echó las manos a la cabeza y lo abrazó.

—A veces pienso el motivo por el cual todavía sigues yendo con nosotros y, de pronto, haces esto y lo justifica todo. ¡Eres impredecible!

—No hay más que hablar. ¡Hoy invito yo!

Yago movió la cabeza en señal de desaprobación. Quería debatir consigo mismo la película que estaba a punto de protagonizar. Todavía no tenía claro si iba a aceptar pasar las próximas trece noches en un hotel. Salir aquella noche de domingo y mantener relaciones con una prostituta era la opción que menos le apetecía.

—Chicos, yo no iré. No me encuentro muy bien. He fumado demasiado.

CAPÍTULO 9

Un estornudo, dos estornudos, tres estornudos y una risotada perturbadora. Esa secuencia disparatada había comenzado a desquiciar al inspector Hidalgo. Se sintió tentado de entrar en la sala y golpear a aquel monstruo que se hacía llamar Kratos. Por su expresión parecía disfrutar con cada una de las frases que repetía en un tono cansino y agotador. Estaba tan ensimismado en su obra, en su creación, que no parecía importarle las muertes que había impulsado.

—Una vez, a una edad temprana, me preguntaron por mi color favorito. «El negro», respondí. Don Vicente reprimió mi decisión. Me dijo que ese no era un color. Que debía escoger otro más alegre como el azul o el rojo. «Elige un color normal como todos los compañeros de tu edad», sentenció con su particular timbre autoritario. Le dije que me gustaba el negro porque me recordaba a la oscuridad y al carbón. Don Vicente se enfadó muchísimo y me echó de clase sin intentar indagar en los motivos de mi decisión. Algunas ocasiones he pensado lo que le hubiera contestado y desearía hacerlo. Aunque sé que ya no podré. Don Vicente murió el año pasado. Le hubiera dicho que la oscuridad me relaja, que me transmite tranquilidad, porque sé que la mayoría de la gente duerme o está en sus casas y, por este motivo, no pueden hacerme daño.

Kratos miraba al frente y hacía algunos gestos dibujando formas en el aire. Hacía pausas y sonreía levemente como si un interlocutor imaginario asintiera sus palabras. Su voz era suave y dramática. Parecía estar interpretando un papel en una obra de teatro.

—¿Lo dejamos un rato más o es suficiente? —preguntó el psicólogo.

Fuera de la sala se encontraban el inspector Hidalgo, el agente Ramírez y un psicólogo lampiño que parecía tener prisa puesto que no dejaba de quejarse.

—¿Hasta cuándo voy a tener que estar aquí sin poder intervenir? —preguntó el imberbe.

—Por tercera vez, vete cuando te dé la gana —dijo en tono áspero el inspector—. Necesito escuchar su discurso para intentar conocer su perfil e intentar atacar. No sabemos cuántas personas pueden estar todavía empezando o finalizando este juego truculento. Asimismo, si vuelves a decir nuevamente algo que no sea trascendente, seré yo quien te cese. ¿Lo tienes claro?

—Como el agua destilada —respondió el psicólogo con descaro.

En la sala continuaba la conversación perpetua de Kratos.

—El carbón es algo que siempre nos han inoculado que es malo. Si te portas mal, tendrás carbón en Navidad. Nos amenazan hasta incluso sentir miedo. Un año, decidí actuar indisciplinadamente con el único propósito de juzgar por mí mismo si era tan malo. La promesa se cumplió y tuve piedras negras, como las llamaba yo por aquel entonces. Mis padres, disgustados, me sermonearon durante un tiempo que me pareció eterno —se ajustó el cuello de la sudadera y prosiguió —. Cuando finalizaron, me levanté y salí del comedor con mis piedras. Fui al cuarto donde dormía mi abuela Vicenta y comencé a adornar con ellas las paredes. Primero dibujé una cara de felicidad. Porque sí, estaba feliz. Más tarde golpeé una de las piedras y se fragmentó en varios trozos de tamaños y formas diversas. Cogí uno de ellos y empecé a trazar un paisaje. Sabía que a mi abuela le encantaban los atardeceres y pensé que le haría mucha ilusión despertarse y ver aquel escenario en sus paredes. Árboles, vegetación, y hasta un riachuelo que descendía desde el lateral de una montaña y se perdía en el horizonte. Era fantástico.

El psicólogo no dejaba de esbozar apuntes en su particular cuaderno de bitácoras, el agente Ramírez bostezaba tan seguido que ya no sabía si era por hambre, por sueño o por aburrimiento, y el inspector Hidalgo miraba fijamente al monstruo que tantos males de cabeza le había ocasionado.

—Al terminar mi obra, entré nuevamente en el comedor y la voz de mis familiares se silenció. Intuí por su reacción que estaban hablando de mí. Mientras mi hermano y mis primos jugaban con sus juguetes nuevos, yo me había refugiado en la habitación de mi abuela. Lo que ellos no sabían era la obra de arte que había dibujado. Les pedí a todos los asistentes que me acompañaran. Que vinieran a ver lo que había hecho. Mi madre fue la primera en levantarse y, a continuación, lo hicieron los demás. Los conduje a todos con mi mejor sonrisa hasta allí. Mi abuela se echó a llorar ni bien puso un pie en su dormitorio. Yo no sabía si su reacción era de alegría o de tristeza. Pocos segundos después mi duda se disipó cuando mi padre me cruzó la cara. A la mañana siguiente no solo tuve que pintar de blanco encima de mis dibujos, sino que me pasé el resto de mis vacaciones de Navidad con el rodillo en la mano hasta terminar la casa entera. Miento, la fachada fue lo único que pintó mi padre. Quizá por vergüenza ante los vecinos.

—Aunque por su timbre tranquilo no exteriorice emociones, no quiere decir que no las tenga —musitó el psicólogo—. Lo que ocurre es que su cuerpo ha formado una barrera que a simple vista nos impide verlas.

—¿A qué te refieres? —preguntó el inspector.

—Cuando ha hablado de su abuela, ha aguzado levemente la mirada. Ha sido un matiz inapreciable a simple vista, pero es un detalle a tener en cuenta. Fijaros bien.

El psicólogo pulsó sobre el botón del micrófono y este lanzó un alarido agudo.

—Kratos, ¿cómo era tu abuela Vicenta?

Como así había pronosticado, el presunto artífice del juego cerró levemente los ojos al escuchar el nombre de su abuela a través del megáfono.

—Ella era una mujer de las de antes. De las que vivían por y para su familia. De las que podían cargar con las penas y el hambre de una guerra civil y la pérdida de un hijo. De las que no sonreían, pero si querían. De las que no encendían la luz por no gastar, pero gastaban su luz para hacerte brillar. Ella me comprendía como nadie en mi familia lo hacía. Me defendía como lo hace un abogado a su cliente en el corredor de la muerte a sabiendas que es un asesino. Ella me enseñó la historia de España. La que no cuentan los libros. Esa que se llevan los corresponsales de guerra a la morgue cuando sus editores, por motivos políticos, deciden no publicar.

—Parece estar ablandándose —dijo el agente Ramírez.

CAPÍTULO 10

Era mediodía y Manuel avanzaba lentamente por la Gran Vía en dirección al hotel Blue Madrid. Vestía unos pantalones color mostaza colmados de sangre y otras tonalidades y una camiseta de manga corta que, a pesar del frío, tenía surcos de sudor en las axilas. Apestaba a alcohol. Llevaba los últimos dos días consumiéndolo junto a grandes cantidades de cocaína. Su cara reflejaba el frenesí que había sufrido los anteriores trece días. Tenía los ojos desorbitados y una mueca extraña de angustia permanente. Jadeaba como un perro en verano y miraba con recelo a cada uno de los transeúntes que aquel domingo deambulaban por una de las arterias de la capital.

—¡Mira por dónde vas! —le dijo un anciano tras esquivarlo cuando iba a tropezar contra él.

El sevillano ni se inmutó. Siguió caminando con la convicción de recoger su dosis y acabar aquello que había empezado. Todos los días, un desconocido entraba en su habitación y le suministraba todo lo necesario para cumplir con la misión asignada. Según el plan que él mismo se había estipulado, en menos de una hora iba a recibir la bendición divina mediante un ritual que prometía hacerle tocar el cielo.

Manuel llegó a la calle Valverde y, cuando se disponía a desviarse a la izquierda, vio varias parejas de policías ingresar en su hotel. Se detuvo en la esquina y los observó desde la lejanía. «La policía nos controla. La policía paraliza todo movimiento diferente. La policía golpea a los diferentes». Aquellas frases, extraídas de una de las misiones diarias, hostigaban sus pensamientos maltrechos en un sentimiento suicida irrefrenable.

—Señor, creo que le llaman —le dijo una mujer que paseaba al perro.

El joven hizo un grito ahogado y agachó la cabeza. Se echó la mano al bolsillo y vio en la pantalla de su teléfono: hotel Blue Madrid. Alzó la vista y observó como, en la recepción, un hombre y varios policías escrutaban a la empleada que sostenía el dispositivo en sus manos.

El inspector Hidalgo no perdía detalle de cada uno de los movimientos de la joven recepcionista. Si algo le había enseñado su carrera profesional era de no fiarse de nadie. Hasta en dos ocasiones le había pedido que le entregara el aparato para comprobar que la línea estaba activa.

—No lo coge.

—Sigue insistiendo —ordenó.

—¿No puede hacerlo la siguiente recepcionista? Le recuerdo que mi jornada terminaba a las ocho de la mañana y son las dos de la tarde.

—En las grabaciones de las cámaras daba la impresión de que era más que un cliente. Me atrevería a decir que os conocíais sino algo más —el inspector estaba utilizando la técnica del agotamiento para intentar sonsacar toda la información que pudiera ser relevante.

—Ya le he dicho todo lo que sabía —dijo en un tono casi suplicante—. Lleva hospedado casi dos semanas y, sí, habíamos conectado un poco, pero le vuelvo a repetir que él llegaba casi todos los días puesto. Al día siguiente se levantaba con una actitud insolente y apenas decía nada.

La recepcionista se revolvió en el asiento y volvió a marcar. El inspector la miraba desafiante. Algo en su interior le decía que aquella mujer sabía más de lo que contaba.

—Señor —susurró el agente Ramírez—. Deberíamos hacer un llamamiento en los medios con la fotografía de Manuel. Le recuerdo que el primer suicida saltó a las cuatro en punto de la tarde, el segundo a las seis, y el tercero y el cuarto a las nueve de la noche. En principio no siguen un patrón horario, pero…

—Nada de prensa —gruñó interrumpiendo a su ayudante—. No vamos a hacer un circo mediático de este caso. Si difundimos su fotografía, crearemos una alarma social innecesaria. Estamos juntando las piezas del puzle. Solo tenemos que terminar de encajarlas.

—Sigue sin responder —dijo la recepcionista.

Manuel cruzó la calle a toda prisa. Varios vehículos se detuvieron para no atropellarlo. Con los ojos inyectados en sangre y con la fuerza de sus ciento diez kilos de peso, golpeó con toda su ira la puerta de entrada del edificio Telefónica. La cancela cedió ante la atenta mirada de los viandantes.

—Eh, ¿adónde vas? —gritó un hombre de aspecto acomodado.

El sevillano se adentró en el edificio y varias alarmas se activaron a su paso. Abordó las escaleras como un poseso y comenzó a subirlas a toda prisa. En cuatro minutos llegó a la parte alta y, utilizando la misma llave, accedió a una de las habitaciones. Se sentó en una de las sillas y recuperó el aliento. Seguidamente, observó la pantalla de su teléfono móvil y vio que tenía seis llamadas perdidas de su último hogar. Pulsó sobre esta y esperó.

—Hola Zeta —dijo sollozando—. Simplemente quería darte las gracias.

Antes de que la recepcionista pudiera ni siquiera responder, la línea se perdió. Manuel abrió una de las ventanas y el frío golpeó sus mejillas. En aquel momento sintió placer. Había logrado completar todas las misiones y estaba a punto de llegar al lugar deseado. Aunque no había podido coger la última dosis, estaba convencido de que lo conseguiría.

—¡Policía! —aquel gritó sonó como un aullido en el interior del edificio.

El inspector salió del hotel con ligereza. Cojeó hasta la esquina de la calle y observó una escena aterradora. Un hombre estaba sentado sobre una ventana en lo alto del edificio Telefónica. Cientos de personas se agolpaban debajo de él y algunos incluso en medio de la carretera.

—El silencio es el desierto de los necios. La paz absoluta llegará cuando el cuerpo físico abandone su cuerpo terrenal y se adentre en el Nirvana. Todo salto temporal necesita un salto atemporal. Yo entregaré mi físico a cambio de la melodía eterna recibida de los benefactores absolutos. Yo entregaré mi físico a cambio de la melodía eterna recibida de los benefactores absolutos. Yo entregaré mi físico a cambio de la melodía eterna recibida de los benefactores absolutos. Atrapad mi alma con vuestros tentáculos y llevadla a lo más alto.

Manuel leyó los últimos matices de la misión en la pantalla de su teléfono móvil y lo dejó caer entre sus dedos. Cerró sus ojos vidriosos y, un instante antes de lanzarse a los brazos de la muerte, los abrió. El inspector Hidalgo y él cruzaron sus miradas por primera y última vez.

CAPÍTULO 11

El hotel Luz de Luna estaba emplazado en un edificio barroco de finales del siglo XVII. La fachada había sido rehabilitada años atrás debido a un derrumbamiento. En su lugar, había sido levantado un fantástico frontal de vidrio y acero templado. Su interior, cimentado con columnas prominentes daba un aire señorial.

Yago se detuvo por un instante frente a la entrada. Estaba custodiada por dos leones de mármol similares a los que hay en una de las entradas del Congreso de los Diputados.

La noche anterior apenas había dormido y, los intervalos que intentaba hacerlo, no podía esquivar de sus pensamientos a Cecilia. Mil trescientos doce ocasos después de abandonar aquella atormentada relación, todavía tenía las brasas incandescentes prendiendo aquel fuego interior imposible de extinguir. Ni la marihuana, ni sus amigos, ni ninguna de las drogas o antidepresivos que se tomaba habitualmente lo habían conseguido. Aquel bosque en llamas avanzaba tan rápido que se preguntaba si algún día lo devoraría por completo.

—Son preciosos —musitó, acariciando con cuidado una de las esculturas con las yemas de sus dedos.

—Como me gustaría tener uno. Son preciosos.

Cecilia y él caminaban cogidos de la mano observando aquellos felinos que tanto les gustaban. Se encontraban en el Tierpark de Berlín, el tercer zoológico más grande de Europa y uno de los más bonitos por su inmejorable ubicación.

—No tanto como tú.

—¿No nos podemos quedar con uno? —preguntó alargando la última sílaba.

—Mi maleta está medio vacía, quizá uno pequeño me quepa.

Yago volvió de su ensoñación al escuchar el silbido de los metales de la puerta giratoria al golpear la estructura. Una señora con un abrigo de pieles y una maleta *Samsonite* de policarbonato le sonrió, y este se echó a un lado. Sin saberlo, estaba a punto de cruzar el umbral de lo terrenal y lo celestial. De lo mundano y lo divino. Del bien y el mal. O, al menos, eso le iban a hacer creer. «Algunos días serán de penitencia y otros de iluminación». Aquella frase se había quedado pululando en las paredes de su mente desde que, veinticuatro horas atrás, la leyera en el e-mail. Aunque él nunca había sido

creyente ni tenía pensado serlo, sentía curiosidad por saber qué escondían esas palabras.

—Señor, ¿necesita algo? —preguntó un hombre uniformado de aspecto cuidado y timbre agradable.

—¿E… —dudó— …es este el hotel Luz de Luna?

—Sí. Desde hace treinta años. Aunque si esta pregunta me la hubiera hecho hace dos cientos abriles le hubiera dicho que era un hospital —respondió, con una risotada más que molesta.

Yago le devolvió la chufla con una sonrisa leve.

—Tengo una habitación reservada.

—En ese caso, bienvenido —extendió la mano—. Mi nombre es Narciso, aunque todos me llaman *el titiritero*. No, no me mires así —volvió a reírse con fuerza—. Ese apodo viene de mi abuelo, era uno de los mejores titiriteros de Madrid. Bueno, yo que voy a decir, para mí era el mejor. ¿Sabes lo complicado que es ese oficio?

Yago se encogió de hombros. El hombre que tenía delante era el prototipo de persona que odiaba e intentaba evitar. En el inmueble que vivía con su hermana había dejado de utilizar el ascensor desde hacía tiempo para no cruzarse con Paco, el vecino del tercero c. Un anciano que, pese a saber que sus padres habían fallecido hacía ya muchos años, seguía preguntándole por ellos.

—¿Sabes lo complicado que es ese oficio? —volvió a repetir, esta vez con el tono más elevado—. Para serte sincero, una vez cogí uno de aquellos trapos e intenté a escondidas imitar a mi abuelo. Lo hice fatal.

—Me imagino que, después de astronauta, el oficio de titiritero será uno de los más complicados —sentenció.

El vigilante de seguridad frunció el ceño y vio cómo el nuevo huésped pasaba por su lado riendo entre dientes. Aquel comentario había dado por finalizado el monólogo del charlatán desconocido.

El vestíbulo del hotel se elevaba seis metros por encima del mármol que cubría el suelo. Ocho vigas de roble de gran tamaño cruzaban de lado a lado el entrador. En la parte izquierda varias estanterías con libros, una máquina de refrescos, una alfombra con motivos arábicos y una mesa rectangular custodiada por doce sillas formaban la zona de descanso. A continuación, la admisión era aprobada en un mueble rehabilitado de madera de nogal tallado a mano.

—Veo que ya has conocido a Narciso —dijo la recepcionista, mientras se retiraba un mechón de pelo de su refinado rostro.

—Sí. La verdad que es muy simpático.

—¿Enrique?

Yago, inconscientemente, estuvo a punto de negar.

—E… s… sí —tartamudeó.

Aquella vacilación pasó inadvertida por ella. Sus grandes ojos negros cautivadores y su larga melena rubia eran motivos más que suficientes para poner nervioso a cualquiera. Fuera por su cuerpo cincelado en el gimnasio, por su grandioso pecho artificial o por una genética envidiable heredada de su madre, lo cierto era que, si bien estaba cerca de sellar las cincuenta primaveras, seguía despertando pasiones en hombres a los que doblaba en edad.

—Mi nombre es Aina.

—Encantado —respondió vagamente.

—¿Negocios?

—¿Cómo dice?

—¿Si el motivo de su hospedaje es por negocios?

—Sí, claro —mintió—. Me dedico a las finanzas. Estamos a punto de cerrar un buen acuerdo.

—Interesante —dijo Aina con una mirada picaresca—. La reserva está realizada a través de la web e hizo el pago íntegro de los trece días. ¿Va a necesitar factura?

Yago asintió. Estaba empezando a incomodarse. Había decidido utilizar un nombre falso para participar en aquel juego. No quería que nadie supiera donde estaba. Ni sus amigos, ni su hermana, ni tan siquiera Cecilia, aunque, a decir verdad, las probabilidades de que esta última se interesara por él eran nulas.

—Si le parece bien, al final de su estancia cuando entregue la llave, se la imprimiré.

—Perfecto.

—Como va a alojarse tanto tiempo me he tomado la libertad de facilitarle la habitación cuatrocientos uno. Es ligeramente más grande que las demás y la ducha tiene una mampara enorme.

—Muchas gracias.

El nuevo huésped cogió la tarjeta y subió hasta la cuarta planta. La habitación olía a jazmín, era cuadrada y rondaba los veinticinco metros. Un armario empotrado con cuatro perchas, dos cajones y una nevera en la parte baja, una cama con las sábanas color canela, un televisor de treinta y dos pulgadas colgado en la pared, y una mesa y

una silla de madera de roble al lado de la ventana formaban su nueva casa. Lo primero que le llamó la atención fueron los sanitarios del baño. ¡Todos eran de color rojo!

Yago lanzó la maleta sobre la cama y, cuando se disponía a deshacerla, su teléfono móvil emitió un pitido y, al instante, se encendió la pantalla.

Día 1. La llegada

Bienvenido a tu casa nueva, tu mundo nuevo. La soledad y el aislamiento desde tiempos ancestrales han inspirado a los más grandes. Antes de nacer, nos vemos sometidos a una prueba de supervivencia en el vientre de nuestra madre. Somos pequeños, frágiles, y nuestra vida pende de un hilo. Nos encontramos en un medio acuático y en un lugar opaco. Aun así sobrevivimos. ¿Por qué no íbamos a lograrlo ahora?

La primera misión será un recordatorio ínfimo de aquellos primeros días. Un homenaje sólido a los principios absolutos de la creación. De la magia. De la naturaleza divina. Esta habitación simulará nuestra primera casa. La oscuridad y el ayuno te acompañarán las próximas veinticuatro horas. Únicamente estará permitida la tecnología para controlar el tiempo. Si superas la prueba, la recompensa será equitativa.

El viento solo cesa cuando su objetivo se ha dado por vencido.

Kratos.

Yago suspiró profundamente. La oscuridad era algo que desde niño lo había atormentado. Aquella primera comanda lo había hecho replantearse si debía abandonar pero, en contrapartida, tenía curiosidad por desvelar cuál sería el tributo que recibiría. Con decisión desplegó las cortinas, cerró la puerta con el cartel de no molestar y, por último, apagó las luces.

CAPÍTULO 12

Habían pasado cuarenta y cinco minutos desde el último interrogatorio. El presunto creador de aquel macabro juego estaba tumbado con los ojos abiertos sobre la cama de un calabozo diminuto. Todo su mundo se había desvanecido como un azucarillo en solo unas horas. Los hechos que habían provocado su detención atormentaban sus pensamientos. «¿Qué eslabón había fallado?».

En la sala adyacente, el inspector Hidalgo lamentaba no dar con la tecla que activara sus sentimientos como él quería. Aquel monstruo, aunque parecía haberse debilitado levemente al nombrar a su abuela, parecía no tenerlos. Permanecía hermético a sus bombardeos. Impasible a sus amenazas continuas.

—Inspector —dijo su fiel ayudante.

Este levantó la mirada que parecía consumirse como la mayoría de cigarrillos que prendía.

—Creo que deberíamos continuar. Quizá…

El inspector levantó las manos y pulsó sus sienes. Ese gesto lo relajaba tanto como la nicotina.

—Prueba tú.

—¿Cómo dice?

—Que lo intentes tú. Necesito estar solo.

El agente Ramírez lo miró con indecisión. No sabía si aquella ofrenda era de verdad o un farol como los que no pocas veces había recibido de sus superiores. En aquel momento recordó sus primeros días en Ávila. Uno de los mandos le pidió encarecidamente que subiera en el asiento delantero de una de las patrullas. Ramírez miró en el interior del vehículo y vio como en la parte trasera se encontraban tres oficiales.

—Sube —lo invitó el conductor.

—Creo que debería sentarme atrás.

—No, sube delante.

Acatando la orden al punto, el novato se subió en la parte delantera y, casi al mismo instante, recibió un puñetazo que adornó su rostro durante semanas. El resto de ocupantes bajó del vehículo entre risas. Al parecer, aquella broma era muy común entre los veteranos.

—¿Qué te ocurre? —gruñó el inspector.

—Me parece raro que me pida usted eso.

—¿Raro? Te pasas el día metiéndote en mis pesquisas, ¿y ahora te parece raro?

La corpulencia del agente Ramírez parecía menguar por momentos dentro de aquel uniforme entallado al límite de la rotura.

—Gracias por confiar en mí —dijo finalmente.

—Haz lo propio. Utiliza todos tus medios para hacer vomitar a esa bestia.

El agente mostró una media sonrisa y, antes de salir de aquella sala, hizo ademán de decir algo más. Finalmente, siguió adelante y cerró la puerta con sumo cuidado, torció a la derecha, pulsó sobre el panel la contraseña que abría el calabozo diez, y entró. Los aires que lo recibieron estaban cargados de flatulencias y sudor. El monstruo ni se inmutó. Siguió con los ojos abiertos, tumbado sobre la cama, mirando a su firmamento particular. El mismo firmamento que solo su mente podía dibujar y que tan alejado estaba del mundo que pisaba.

—Hola Kratos.

El individuo se incorporó quedándose sentado en la cama, cubrió con la capucha de la sudadera la melena que vestía su cabeza y respiró profundamente.

—¿El galgo ya se ha cansado?

—Eso parece. ¿Por qué ocultas tu belleza bajo esos trapos?

El agente Ramírez comenzó la conversación con un piropo. Aunque el monstruo no le transmitía ningún tipo de atracción, sabía que romper su muralla le abriría muchas puertas y, eso, era motivo más que sobrado para utilizar toda la artillería.

—No hay nada que ver. La oscuridad es la belleza mayor de la naturaleza. ¿Alguna vez te has parado a pensar —se levantó— que si fuéramos todos ciegos el mundo sería más perfecto? No sería necesario el físico para atraernos, nadie se sentiría inferior por ser gordo o delgado, o muy alto o muy bajo. La felicidad cabalgaría más rápido que la luz. ¿Has cubierto alguna vez tus ojos con una venda?

—No. Bueno —dudo—, no voy a negar que en algún juego erótico…

—¿Una venda para tener sexo? —elevó el tono—. No, por supuesto que no me refiero a eso. La conciencia real de la vida y de nuestra existencia solo puede divinizarse cuando penetras en el mundo de la oscuridad. Por eso creé este experimento. Me gustaría que la gente comprendiera que no podemos vivir pensando que un zapato es

más valioso que una persona o que una reina es más poderosa que un peón. Si no hacemos algo, si no detenemos esta sociedad, estamos muertos. ¿No lo entiendes?

—A medias. Creo que no se puede cambiar el mundo forzando a que la gente se suicide.

—¿Eres feliz? —preguntó clavando sus ojos en los de su opresor.

Esa misma pregunta se formulaba todos los días al levantarse. Su mente se encargaba constantemente de hacerle creer que sí, pero la realidad era muy distinta. Su destino había sido dictado mucho antes de que él naciera. Tres generaciones eran razones más que suficientes para colgarse el uniforme sin su aprobación. Él hubiera preferido ser arquitecto o ingeniero, pero nadie en su familia lo hubiera aceptado. A sus espaldas tenía la carga de seguir la estirpe de policías nacionales que tantas condecoraciones había cosechado.

Otro de los motivos que le estigmatizaba era su secreta bisexualidad. Su apariencia chulesca y musculada atraía a muchas mujeres, pero también a muchos hombres. No poder mostrar su verdadera cara por la posición que ocupaba en la sociedad lo estaba martirizando.

—Mentiría si dijera que sí.

—¿Lo ves?

—La felicidad es algo relativo.

—Explícate.

—La felicidad de un niño del tercer mundo no es comparable a la de un niño del primer mundo.

—Eso que dices es una tamaña gilipollez.

El agente se incomodó tras el comentario.

—¿Cómo puede ser feliz un niño que no sabe si va poder comer cada día?

—Quizá ese niño que tú dices sea feliz estando con su madre, sus hermanos o jugando con una simple piedra. Además, ¿qué tiene que ver eso contigo? Te he preguntado si eres feliz tú, no un niño de África.

—Sí, soy feliz. Tengo un empleo que me gusta y una familia que me adora.

—Por la desgana de tus palabras, me da a mí que no estás defendiendo la verdad.

—Quizá todos los días no me levante con una sonrisa, pero no

me considero una persona infeliz. Todo lo contrario. Y tú, ¿eres feliz?

Kratos se llevó la mano al mentón e hizo una pausa simulada. Seguidamente, retiró la caperuza que cubría su pelo y comenzó a deambular por la celda.

—Es difícil respirar cuando todo el mundo te asfixia. Es difícil caminar cuando todo el mundo te pone trabas para que te caigas. Es difícil hablar cuando nadie quiere oírte. Es difícil escuchar cuando todos los oídos se alejan de tus palabras. Es difícil amar cuando nadie quiere que lo ames.

—No todo el mundo es como tú crees. Seguro que hay alguien a quien le gustaría oírte, amarte y ser escuchado.

—¿Tú podrías escucharme?

—Para eso estoy aquí.

CAPÍTULO 13

Todavía no había amanecido cuando Mario entró en el vestíbulo del hotel Washington y fue directamente al ascensor. Subió a la planta tercera y, con paso decidido, llegó al punto de encuentro. En la habitación se encontraba un hombre con rasgos caucásicos frente a la ventana. Ambos se saludaron discretamente.

—El dinero primero.

El hombre lo miró con dureza, caminó hasta el camastro y, de entre unos ropajes doblados, descubrió una pequeña mochila de color negro. Abrió la cremallera hasta la mitad y la mostró. Mario sonrió orgulloso. El pobre desgraciado que tenía delante le iba a donar todos sus ahorros por un trueque dudoso.

—*Cuéntolo si quieros* —dijo con dificultad.

—Otro que tampoco sabe hablar. Cada vez me lo ponéis más difícil.

—¿*Eres rasista*?

—Lo era. —respondió, intentando ocultar la realidad—. ¡Quítate la camisa y dame tu móvil!

El individuo aceptó sin rechistar. Mario extrajo de su bolso un estuche de costura pequeño y se sentó en la cama. Con la destreza digna de una zurcidora, cortó el segundo botón de la camiseta y empezó a coser uno ligeramente distinto que había traído él. A simple vista no se apreciaba, pero en el centro escondía una de las cámaras más diminutas del mercado. A través de ella podría ver y oír todo lo que su portador presenciara. Un pinganillo en el oído también le daría la información que necesitaba. Era perfecto. Un plan perfecto.

CAPÍTULO 14

La muerte del sevillano frente a sus narices estuvo presente en los noticiarios de todo el país. Aquel suicidio presenciado por cientos de personas en la Gran Vía madrileña estaba dando la vuelta al mundo. El suceso estaba comenzando a poblar las tertulias sensacionalistas matinales de dudoso agrado. Con el periodismo a precio de saldo, la policía debía actuar rápido o las masas no tardarían en salir a las calles pidiendo la cabeza de la justicia.

El inspector Hidalgo se lamentaba desde su despacho el no haber estado más raudo. Los ojos de aquel chico parecían haberse adueñado de los suyos. Los cerraba y, como un eco duradero, seguían estando ahí.

—¿Seguro que no necesita descansar?

—No.

El agente Ramírez estaba preocupado. El aspecto de su superior estaba desquebrajándose todavía más. Lo miraba con lástima. Aquel hombre tan admirado dentro del cuerpo policial estaba consumiéndose a la misma velocidad que pierde las hojas un abedul en otoño.

—Entonces… —dudó—, …debemos seguir trabajando. La página ha sido borrada ya. El CNI y Google han sido autorizados para eliminar cualquier referencia similar. Se puede decir que el fuego está controlado. Ahora simplemente queda apagar las zonas que todavía están en llamas.

—No sabemos cuántas personas siguen activas —dijo con la mirada apagada.

—Vamos a serenarnos. Tenemos un nombre. Los informáticos han seguido el rastro de todos los movimientos de las cuentas bancarias. Una de ellas, la primera, hizo un movimiento de treinta mil euros que no llegó a efectuarse porque fue cancelada el mismo día. El beneficiario era un hombre llamado Mario Tober Hernández. ¿Y si este fuera el cerebro que andamos buscando y mandó cancelar la transferencia para no dejar huella en su cuenta?

—¿Desde cuándo sabes eso? —gritó.

—Lo ha llamado su secretaria hace media hora. ¿No se acuerda?

¿Tres? ¿Cuatro noches? El inspector había perdido la cuenta de la última vez que había vuelto a casa. Aunque nadie lo esperaba, una ducha y un simple colchón hubieran reseteado aquella mente

atropellada.

—Varias patrullas deben estar a punto de llegar a su casa.

—¡Que nadie le ponga una mano encima! —vociferó nuevamente —. Yo mismo lo haré.

Aquel saco de huesos emanaba humanidad por los cuatro costados cuando se levantó de su trono. El agente solo pudo obedecer y seguirle.

Los vehículos encargados de detener al sospechoso estaban a apenas dos calles cuando recibieron el aviso. El inspector Hidalgo había ordenado que nadie interviniera sin su presencia, y sus palabras pesaban demasiado como para levantarlas.

—¿Y si mientras esperamos se va? —preguntó el agente sentado en el copiloto del primer vehículo de los cuatro que formaban el operativo.

—Hay que obedecer al jefe. No quiero que me vuelvan a sancionar —respondió el conductor, de un rango similar.

—No entiendo ni entenderé nunca estas pausas. Estamos delante de un psicópata y, en lugar de detenerlo, tenemos el deber de esperar a que nuestro superior se cuelgue la medalla.

—Bienvenido a la policía.

La radio del coche patrulla comenzó a emitir una serie de pitidos antes de recibir la nueva orden.

—Aquí el inspector Hidalgo, estoy delante de la puerta del sospechoso. Necesito que acordonéis la calle. Repito, necesito que acordonéis la calle. ¡Ahora!

Los ocho integrantes del operativo obedecieron a regañadientes. Varios de ellos sellaron la intersección de la calle Alcalá con Goya y, otros tantos, hicieron lo mismo con la del General Díaz Porlier.

Una voz amigable de una señora contestó la llamada del telefonillo. Cuando entraron el inspector y su lazarillo en la casa, aquella pobre mujer pensó lo peor. Había pasado los últimos años de su vida esperando esa llamada, pero en aquel momento no estaba preparada.

—¿Dónde está? —gritó el inspector antes de adentrarse en la casa.

Al escuchar la pregunta, el semblante de la mujer pareció mimetizarse con las prendas oscuras que cubrían de luto su cuerpo.

—Esa pregunta llevo esperando que ustedes me la respondan desde hace tres años. ¿Dónde está Ezequiel?

—¿Quién es Ezequiel? —preguntó sin rebajar un ápice su agresividad.

—Mi hijo mayor que desapareció hace mil treinta y nueve días.

La mujer rompió a llorar en un alarido desconsolado y los dos policías se adentraron en la casa intentando apaciguar su dolor.

—¿Mario todavía vive aquí? —preguntó el agente Ramírez, con un tono más sosegado.

La madre apenada asintió. El haberse quedado viuda y poco después haber perdido a su hijo, la habían sumido en una depresión infinita. Esa casa se había convertido en su fortaleza. En su refugio. En el lugar donde difuminar la realidad. Aquella tragedia, cambió a su hijo menor. Mario se volvió más cariñoso y familiar. Se volcó en ayudarle a encontrar la luz en las tinieblas. Su pequeño ahora estaba tranquilo. Había dejado de robar y consumir drogas o, al menos, ese pensamiento la ayudaba a dormir mejor.

—¿Dónde está ahora?

—No lo sé —respondió sollozando—. Se fue de casa el domingo por la tarde y todavía no ha regresado. No quiero agobiarlo con llamadas para que no piense que quiero controlarlo. A veces pienso que Ezequiel se marchó por mi culpa, estoy segura de que está vivo. Algo dentro de mí me dice que está enfadado conmigo por haberle regañado la noche de antes de su desaparición. Yo solo quería pasar más tiempo con él.

—¿Me quiere decir que se fue el domingo y hoy martes sigue sin haber vuelto a casa?

El inspector lanzó una bocanada de humo que hizo toser a la señora.

—Desde hace unos meses está muy raro —dijo la mujer negando con la cabeza—. A veces se va muy temprano y vuelve a mitad de la mañana, y otras se marcha y no regresa en varios días. Tengo miedo de perderlo como al mayor.

—¿Cómo se comporta cuando está en casa? —preguntó el más flojo de los dos entrevistadores.

—Bueno… —dudó— …supongo que como cualquier chico de su edad.

—¿Cómo se comporta? —repitió.

—La mayoría de veces viene y no tiene hambre. Se mete directo al cuarto y no sale en todo el día. El ordenador lo tiene absorbido.

—Vuelva a llamarlo.

El inspector se levantó del sofá y empezó a inspeccionar la vivienda. La oscuridad de la habitación de Mario le provocó un escalofrío. En aquel lugar se había gestado uno de los casos más macabros del Estado español. Como profesional, no podía entender qué podía mover a una persona a desarrollar una conducta tan insensible. Tan miserable.

Dieciocho mil euros en metálico, doce teléfonos móviles, veinticinco tarjetas MicroSD, tres discos duros, cuatro cámaras de botón y otros tantos receptores, dos ordenadores de sobremesa y uno portátil fueron el botín que encontraron entre las sombras.

—Desde este momento su teléfono va a estar vigilado. Así como su casa y cuentas bancarias. Si intenta encubrir a su hijo, todo el peso de la ley caerá sobre usted. Me importa una mierda que seas una vieja depresiva. Si consigue burlar el cordón policial y llega hasta aquí, ¡llámeme! —sentenció el inspector.

—Ya le he dicho que no lo sé —respondió gimoteando—. Se fue de casa el domingo y todavía no ha regresado. No le hagan daño. En el fondo es un buen chico.

—Y yo ya le he dicho que guarda más que habla. Si quiere que reabramos el caso de su hijo mayor, ¡colabore!

CAPÍTULO 15

La primera noche, lejos de resultar una tortura para Yago, le sirvió para hacer un balance de su vida. Aunque apenas podía rescatar algunos vagos recuerdos de sus padres, tenerlos lo hubiera cambiado todo. Aquella anarquía que dirigía sus pasos de seguro no hubiera existido. Eso, por un lado, le hubiera privado de hacer muchas locuras de las cuales no se avergonzaba. Como cuando llevó a casa un pastor alemán malherido y pulgoso. O cuando se enfrentó a un hombre dos veces más grande que él para defender a una pobre mujer que estaba siendo abofeteada y casi pierde la visión de un ojo por la paliza que recibió. También recordó con alegría su primera borrachera con trece recién cumplidos.

El carácter dictatorial de su hermana no era ni de lejos el de su padre y eso él lo sabía. Esa indisciplina había dibujado el mapa geográfico que construía su personalidad. Montañas de orgullo bañados por ríos de ira incontrolable. A pesar de todo, echaba de menos los abrazos de su madre antes de acostarse, las charlas eternas que un padre ofrece a un hijo en momentos trascendentes, el olor a comida de cuchara y no la prefabricada con la que se había criado, el haber tenido una hermana con el carácter de hermana y no de madre. Eso último era lo que más extrañaba.

Desde bien pequeño, su hermana Raquel le había exigido un grado de madurez impropio para su edad. Esa elevada petición de responsabilidad, lejos de lograr su cometido, había conseguido lo contrario. Desobedecerla era una norma básica. Aunque le costaba reconocer que la quería, no soportaba acatar órdenes.

La alarma de su móvil señaló que habían pasado veinticuatro horas. Yago se levantó de la cama y, al desplazar las cortinas, sintió que sus pupilas se derretían como una vela en Semana Santa. Seguidamente, dio un trago largo de agua que recorrió su garganta hasta perderse en su estómago, provocándole un espasmo. Una ducha de agua caliente terminó por despertar sus sentidos. Al salir del baño, la pantalla iluminada le indicó que la segunda misión había empezado.

Día 2. El bautismo

La oscuridad ha cesado por el momento. La luz será la que nos acompañe las próximas horas. Esa claridad que anhelabas te servirá para descubrir quién eres realmente y comprobar que se puede ser invisible en medio de la multitud y visible en medio del océano.

En la recepción, Ricardo te está esperando. Él será tu guía. Sigue sus pasos y pasarás al siguiente nivel.

Cada gota de agua hace el río más grande, más salvaje y más poderoso.

Kratos.

Ricardo ocultaba sus facciones bajo unas gafas grandes y una gorra de color negro que, nada conjuntaba con el elegante traje oscuro que portaba.

Llevaba media hora en el hotel Luz de Luna esperando a su objetivo. El mando le había entregado tres cientos euros a cambio de mostrar las maravillas de La casa de Silbán a un alto ejecutivo o, al menos, eso le habían dicho. Aquel hombre no hacía preguntas, se limitaba a obedecer con la frialdad de un autómata.

—Bienvenido a Madrid —dijo con una voz que intentaba sin éxito ser cordial.

A Yago, el ocultismo de su acompañante le resultó interesante. Aquel hombre le sacaba una cabeza, y eso le inquietó y le transmitió seguridad en partes iguales.

—Gracias.

Se apretaron las manos con una firmeza mutua. Ricardo examinó al empresario al detalle. El pantalón de chándal y la sudadera deportiva lo descolocaron. «¿Qué clase de alto ejecutivo sale del hotel así?», se preguntó.

—¿Cómo has dormido? —preguntó la recepcionista. Su escote parecía más grande que el día anterior. Yago no pudo evitar sonrojarse al darse cuenta que sus ojos habían aterrizado allí inconscientemente.

—Muy bien. La verdad que la cama es muy cómoda —sonrió con diplomacia.

—Debe de serlo. Hace un día que no has salido de la habitación.

—Vaya, qué controlado me tienes.

—No tengo otra faena.

—Estaba muy cansado. El viaje fue largo.

—Déjame adivinar —afinó sus ojos—. ¿Asturiano?

—No, cántabro.

—¿Nos vamos? —preguntó Ricardo, interrumpiendo aquella conversación afable.

—Venga. Tenemos trabajo que hacer.

—Que tengáis un buen día.

Yago subió en la parte trasera de la furgoneta Volkswagen negra sin detenerse. En su mente, en aquel momento, no había nada. Un sentimiento de adrenalina lo movía con una emoción desbordante. Las lunas y la mampara que separaba la parte delantera, estaban totalmente oscurecidas de manera que no podía ver adónde se dirigía.

Miró a su alrededor. Algunas luces de colores vistosos alumbraban tenuemente el habitáculo movidas por el ritmo de la música. Dio un trago largo a la copa que lo esperaba paciente en el centro y respiró profundamente. Aquel líquido golpeó sus sentidos con una fuerza espartana. A los pocos minutos, comenzó a sentir su cuerpo más distendido.

Cuando el vehículo se detuvo, sintió haber viajado en el tiempo. No supo determinar cuánto había permanecido allí sentado. Al salir y comenzar a andar, tuvo la impresión de que el suelo se tornaba cada vez más arcilloso. Los dedos de sus manos parecían cobrar vida, se retorcían unos con otros como serpientes en un baile hipnótico.

—Aquí es.

La voz de Ricardo había cambiado. Ahora era grave y pausada. Su rostro, desprovisto de la gorra y las gafas, reflejaba una actividad bélica desmesurada. Tenía cicatrices que sangraban, a veces poco y a veces con abundancia. El tinte, tan pronto era de color rojo como amarillo e incluso azul.

—¿Dónde estamos?

Yago, al escucharse, comenzó a aceptar que había perdido el control. Una sensación que había experimentado demasiadas veces en sus más que evidentes coqueteos con las drogas pero, en aquel momento, no supo advertir cuál era el detonante de su descontrol.

Tres o cuatro bailarinas de curvas voluptuosas lo recibieron con movimientos sensuales y lanzaron a la marioneta al paraíso. Una sala con melodías arábigas y aguas termales apareció súbitamente tras ellas.

—Bienvenido a La casa de Silbán —dijo una de las doncellas que lo habían porteado—. Bebe este té árabe como muestra de respeto. En este lugar, no volverás a sentirte en soledad. Nuestros ángeles velarán para que tu alma esté completa.

Segundos después de beber aquella mística ofrenda, su cuerpo extasiado desconectó la parte encargada de la conciencia y fue atrapado por los embrujos de las damiselas.

CAPÍTULO 16

—¿Crees que la solución es la muerte?

—No.

Respondió con expresión pétrea. Sus pensamientos estaban lejos. Muy lejos. En un lugar a centenares de kilómetros de allí. En la playa pequeña pero acogedora de Comillas. Sus padres solían veranear allí. Sus aguas, aunque frías, eran la mejor medicina para despejarse y evadirse de las discusiones eternas que, de costumbre, sus progenitores llevaban consigo en la maleta de viaje.

El agente Ramírez, aunque había simulado una empatía inexistente, era incapaz de disimular la aprensión que reflejaba su mirada. El ser que tenía delante se había llevado la vida de varios jóvenes y no parecía importarle nada. La indiferencia que lo abrigaba era de psicópata, y su expresión, vacía y helada, era por lejos la que más intranquilidad le había transmitido en su vida.

—¿Has estado alguna vez en El capricho de Gaudí?

—¿El qué? —Ramírez frunció los labios. Aquella pregunta lo descolocó. Apenas unos minutos antes le estaba hablando de la necesidad de limpiar la sociedad y, ahora, de algo totalmente distinto.

El monumento ubicado en Comillas despertaba los mejores recuerdos de su infancia. Le encantaban sus vidrieras de colores, los suelos pedregosos y sus trabajadas paredes exteriores, las puertas y ventanas de una madera tallada hasta la perfección, las figuras decorativas con formas geométricas de origen vegetal y su fabulosa torre. Pero si había algo que le fascinaba de verdad era la cueva. En la soledad que le propiciaba aquel rincón, se sentía libre y en paz. Le encantaba leer en la penumbra, aunque, cuando entraban los turistas molestos, se encolerizaba mucho.

—Deberías viajar más —dijo, endulzando el gesto.

—No me gusta.

—El capricho de Gaudí es un lugar fantástico. Todo el mundo debería visitarlo una vez en su vida. ¿Sabes qué? —soltó una carcajada—. En una de las vidrieras del baño hay un gorrión tocando el piano y, en otra, una abeja la guitarra. ¿No te parece chistoso? —volvió a reír.

—Sí —respondió esbozando un intento de sonrisa—. ¿Te gusta la música?

—Mucho. Podría pasarme el día entero en mi cuarto escuchando

canciones de rock sin ningún problema.

Kratos caminó hasta una de las paredes y, con los nudillos, golpeó primero dos veces seguidas y una tercera un poco más espaciada. A continuación, volvió a repetir la secuencia. Una tercera. Y justo cuando empezó la cuarta, comenzó a entonar con voz afeminada su particular versión de *We Will Rock You.*

Desde el exterior, el inspector Hidalgo miraba con esperanza los avances de su pupilo. Sus ojos, por primera vez en semanas, brillaban. El monstruo parecía estar abriéndose y eso era bueno. Muy bueno.

Unos pasos a su espalda le hicieron volverse. El imberbe psicólogo se acercaba removiendo varias hojas en sus manos.

—¿Qué es eso tan importante que me querías decir? —preguntó el inspector alejándose de la cancela.

—Buenos días —dijo, mostrando su dentadura alineada y corregida.

Hidalgo devolvió el saludo con un ligero cabeceo.

—Después de analizar los videos de la detención, los interrogatorios y, sobre todo, los gestos y expresiones, hemos llegado a la conclusión de que la persona que está ahí dentro sufre de un trastorno de identidad disociativo.

—¿Qué significa eso? —torció el gesto.

—Que sufre un trastorno mental que le provoca un desorden de personalidad múltiple. En otras palabras, quizá ahora en su mente sea Kratos y en otro momento muestre su verdadera identidad. Aunque, a decir verdad, no se puede determinar cuál es la principal. Cuando eso pase, debemos ser cuidadosos. No sabemos cómo se comportará su otro yo. Quizá sea un cachorrito dócil o el peor de los demonios.

—¿Hay alguna manera de instigar a que aparezca su otra identidad?

—No. Debemos ser pacientes y esperar. Tarde o temprano su cerebro volverá al otro plano. Asimismo, pensamos que su mente puede tener dos o tres conductores. Sino más.

—¿Esperar? —preguntó con una mirada de repulsión—. ¿Han muerto cinco jóvenes de treinta años y tú me pides paciencia?

El inspector anduvo hasta la cancela de entrada del calabozo, dando la espalda nuevamente al psicólogo.

—Créame que, en estos casos, la mejor medicina es la espera —respondió, sin exaltarse ni un ápice—. Todo acto precipitado podría ocasionar una conducta agresiva o quién sabe qué es capaz de hacer.

Por su frialdad, quizá la personalidad de Kratos sea la de un psicópata. De hecho, yo casi me atrevería a diagnosticar que lo es.

—Tú qué sabrás de lo que es la paciencia si solo eres un mocoso. ¿Qué edad tienes?

—Treinta y ocho.

—Pero si pareces un crío.

La ausencia de barba y una piel delicada carente de arrugas le daban una apariencia de falso adolescente. Lo cierto es que aquel hombre, con cerca de cuarenta velas, había pasado la mitad de su vida analizando asesinos en la Brigada Criminal de la policía de Valencia.

—Acabo de llegar a Madrid, y ni yo le conozco ni usted a mí tampoco. Así que, si le parece, hagamos un trato: empecemos nuestra relación de nuevo. Mi nombre es Lucas.

—En esta comisaría, mi comisaría —enfatizó—, el único que hace los tratos soy yo.

El psicólogo guardó el arma de cinco dedos en el bolsillo de su pantalón y vio cómo el inspector Francisco Hidalgo se alejaba lentamente por el pasillo.

Algunos destellos luminiscentes comenzaron a adentrarse en el calabozo sin encontrar defensa que los detuviese. Un avance irrefrenable, como el interrogatorio al que Ramírez estaba sometiendo a su presa. Los minutos y las horas pasaban, y el clima creado en la sala era cada vez más cálido. Kratos parecía estar rindiéndose a la palabrería del agente. Su físico, fornido y esbelto, parecía verse atraído por aquel monstruo aparentemente insensible.

—¿Has pensado alguna vez qué pasaría si el sol se apagase?

El agente Ramírez estaba empezando a sentir la fatiga. La derrota por desgaste estaba extendiéndose más de lo previsto, y el interrogatorio tomaba demasiadas veces divagaciones eternas difíciles de encauzar. Su misión en aquel momento era la de ser paciente y esperar el momento de actuar, pero a su cerebro le costaba mantener las persianas abiertas y concentrarse en su verdadero cometido. Extraer de aquel ser los detalles necesarios para salvar las vidas que todavía estaban en juego no iba a ser tarea fácil.

—No —cabeceó con desgana—. La verdad es que no suelo pensar en esas cosas.

—El sol es la razón verdadera por la que estamos aquí. Las plantas, los árboles y todos los materiales que hay en este mundo existen gracias a su presencia. ¿Alguien le ha dado las gracias? ¿Alguien se ha preocupado en darle los buenos días cada mañana?

¿No crees que a veces somos demasiado avaros?

Ramírez se encogió de hombros. Los tintes de la nueva conversación se estaban alejando una vez más del blanco que pretendía.

—Kratos, ¿puedes decirme tu verdadero nombre? —lanzó, en un alarde de valentía.

Su rostro se oscureció y se llenó de odio. El supuesto autor cerró los puños y golpeó con fuerza una de las paredes. Posteriormente, se volvió hacia él y, con los ojos encolerizados, le propinó un cabezazo. El agente Ramírez sintió como su boca se llenaba de un sabor metálico. Todavía no se había recompuesto de la primera sacudida cuando recibió la segunda, noqueándolo a él y a su musculatura cincelada como un *sparring* novato.

La cerradura emitió un pitido extenso avisando que la puerta había sido abierta. Tras ella, como un resorte, el inspector Hidalgo se lanzó hacia el agresor y lo redujo con una maniobra de defensa magistral.

—Acabemos con esto —dijo el inspector, con la rodilla derecha en su nuca.

—¿Crees que vas a sacarme algo? En estos momentos, la oscuridad es más poderosa que la verdad. Podréis matarme, pero no os libraréis de la soledad que os acompaña. No hay nada más triste que unos ojos ciegos. Y no me refiero a una ceguera permanente.

—Tarde o temprano mostrarás a la putita que eres y, cuando eso ocurra, estaré aquí para verlo —hizo una risa sardónica. Su rodilla presionó todavía más fuerte y Kratos hizo un leve exiguo de dolor—. No tengo prisa, nadie me espera. Podemos estar aquí alargando este interrogatorio hasta que uno de los dos caiga muerto si hace falta.

—Hablas de la muerte como si no la temieras —respondió, con la nariz y la cara aplastadas sobre los azulejos de aquella estancia lúgubre.

El inspector Hidalgo suspiró. Aunque maltrataba su cuerpo de una forma desmesurada con insomnios perpetuos, tragos amplios de *whisky* o sus chimeneas particulares de tabaco, sí temía ser ajusticiado. El Dios que un día veneró estaba tan lejos de sus pensamientos como su única familia. Esteban, su hermano, dos años mayor que él, fue la herencia que recibió de sus padres cuando estos fallecieron. Él se comprometió a hacerse cargo de su atención y cuidados pero, tan solo dos meses después, aquel pobre tetrapléjico fue condenado a pasar el resto de sus días en una residencia. Desde ese día, no había vuelto a saber más de Esteban salvo por el pago de cerca de dos mil euros

mensuales que le costaba su existencia. A veces se había planteado visitarle con el más que inmoral propósito de ayudarle a morir. Olvidándose del elevado coste que suponía su vida, no haberle visto nunca articular palabra o caminar era algo que le atormentaba.

—¿Debería tener miedo?

El inspector comenzó a soltar lentamente la presión que ejercía y se levantó. Kratos hizo lo mismo y ambos quedaron enfrentados. De su nariz aguileña emanaba una línea tenue de sangre.

—En la Edad Media se creía que morir de repente era algo horrible. Una muerte destinada a los suicidas, criminales y los que habían pecado contra Dios. Pensaban eso porque, de esa manera, no les había dado tiempo a confesarse y a recibir la extremaunción. Como criminal que eres, deberías temer a…

—¡Cállate! Solo dices que idioteces. No te das cuenta de que estás en un callejón sin salida. Si colaboras con nosotros, todavía podrías librarte de la prisión permanente revisable.

Kratos se sentó en la cama y se limpió la sangre con la manga de la sudadera. Al ver el color carmesí teñir la prenda, algo en su interior pareció haber conmutado. Alzó la vista y observó la celda y a los tres hombres que tenía delante.

—¿Dónde estoy? —balbuceó—. ¿Quiénes sois vosotros? —gritó con el semblante desencajado.

Hidalgo hizo una media sonrisa al observar el cabeceo del psicólogo. Frente a ellos, acababa de aparecer una nueva personalidad que, al parecer, no había sido invitada por su otro yo a aquella verbena.

—Tranquilízate —dijo el psicólogo—. Ninguno de los aquí presentes está aquí para hacerte daño. Solo queremos ayudarte.

—¿Qué ha pasado? —Su rostro se había transformado. Ya no reflejaba la seguridad y confianza de Kratos. Ahora sus ojos estaban llenos de fatiga y miedo—. No recuerdo nada. Tengo mucho sueño.

—Es normal que lo tengas —respondió el psicólogo con su característico tono pausado—. Llevamos muchas horas con esto.

—¿Dónde estoy?

—Si os parece —dijo, volviéndose hacía el maltrecho agente Ramírez y el inspector—, necesito que me dejéis con mi paciente un rato. Creo que es el momento de exprimir la limonada.

CAPÍTULO 17

—Mario, algo no va bien. No sé en qué andas metido, pero tu casa está infestada de tiburones.

—¿De qué estás hablando, Gonzalo? —preguntó con voz trémula.

—Esta mañana he estado por Goya y he visto que tu portal estaba cerrado por un cordón policial, he mirado hacia tu ventana y he visto la silueta de tu madre…

—¿Qué le ha pasado a mi madre? —interrumpió.

—A su alrededor había varios policías. Estaban en tu casa, tío. ¿Qué has hecho? ¿En qué andas metido ahora? Seguro que tiene algo que ver con el dinero que llevabas el otro día.

Mario colgó el teléfono. Estaba temblando. Tenía ganas de llorar y de evaporarse como una lágrima en la piel. «¡Voy a ir a la cárcel!», pensó aterrado. Su secreto mejor guardado había sido revelado y sus mayores temores estaban al descubierto. Ni un cambio de tarjeta de móvil por semana, ni la hermeticidad con sus allegados había servido de nada. De nada.

Se encontraba en una planta baja que había alquilado recientemente donde había establecido su base de operaciones aquella misma tarde. Apenas doce metros cuadrados con dos mesas y otras tantas sillas, un ordenador y un baño.
Desde allí podía vestir a sus clientes sin necesidad de acudir a los hoteles. Había tomado esa determinación tras el último encontronazo con una recepcionista que le denegó el acceso cuando tenía que finalizar un encargo. «¿Qué voy a hacer ahora?», se preguntó a sí mismo. En aquel momento de fragilidad se acordó de su padre. De sus consejos mientras el cáncer lo consumía implacable como un huracán.

—Prométeme que dejarás de meterte mierda —dijo con una voz tan frágil como su vida.

—Lo haré.

—Prométeme que cuidarás de mamá y nunca más volverás a hacerla sufrir.

—Lo haré.

—Acuérdate de mí.

Ninguna de las voluntades de su padre moribundo tardó en romperse más de lo que dura una estación. Los ojos vidriosos que

creyeron en su palabra eran lo que más le apenaban.

De pronto, como movido por una fuerza invisible, fue hasta el baño. Retiró la tapa de la cisterna del váter y sus ojos volvieron a brillar. Cientos de billetes de cincuenta euros envueltos en bolsas de plástico flotaban en el agua. Aquella despensa monetaria le ayudaría a emprender una nueva vida. Lejos de su casa. De los problemas, y, sobre todo, de la policía. Con una risa maníaca, retiró todos y cada uno de esos botes salvavidas. «Hay dinero. Mucho dinero. Sucio, pero al fin y al cabo es mi dinero». Durante los meses de actividad no se había parado nunca a contarlo. Ahora que lo tenía en sus manos, se sentía orgulloso.

—¡Mil euros al número catorce! —gritó extasiado. Poco después, comenzó a reírse.

Le hubiera gustado compartir aquel botín con sus amigos Yago y Gonzalo. Por lo menos que lo hubieran admirado con sus ojos críticos. Se preguntó si hubieran cambiado de opinión hacia él. Si aquellos papeles llenos de marcas le hubieran otorgado ese estatus en el grupo que tanto tiempo persiguió. Para ellos, siempre sería el bufón. Por mucho que intentará destacar, nunca había conseguido quitarse la etiqueta de perfil bajo. Ya nunca lo haría, su destino había empezado a hipotecarse en el momento que empezó a delinquir.

—¡No os necesito mal nacidos!

Una de sus piernas impactó con resentimiento contra la pared y un azulejo cayó al suelo rompiéndose en mil pedazos. Mario se levantó, metió el dinero en una mochila deportiva de color gris y preparó a sus miedos para salir del escondrijo.

La licencia de taxi número treinta y seis se dirigía a Alcalá de Henares con fluidez. El cielo estaba despejado y solo el paso de algunos aviones dirigiéndose a Barajas lo difuminaban. El taxista había recogido al pasajero hacía dos horas. En ese tiempo había efectuado varias paradas antes de adentrarse en la ciudad donde se dice que murió el mismísimo Miguel de Cervantes. El conductor había aceptado sin replicar. Su mente y sus ojos lanzaban miradas fugaces al taxímetro que, con una tarifa 3, corría tan rápido como su Audi A4.

—¿Dónde lo dejo?

La voz de ese hombre sonaba tan pesada como los ciento cincuenta kilos que descansaban sobre aquel asiento desgastado de lo que un día fuera cuero. Tosió y al mismo tiempo lanzó un pañuelo a su frente embadurnada de sudor. Alzó la vista y observó al pasajero.

—En… —titubeó— …en la calle Santiago.

—¿Número?

—Me da igual.

—¿Cómo que le da igual?

—Sí, no me importa caminar.

Cuando Mario salió del automóvil sintió como sus piernas languidecían. Estaba mareado. Había pasado la mitad de la carrera consultando su teléfono móvil buscando noticias que lo aludieran. Nada. Ningún medio por el momento lo había nombrado. Aun así, la particular sensación de manía persecutoria continuada lo inquietaba más que nunca. Sabía que, si los tiburones estaban dando vueltas alrededor de su casa, no tardarían en encontrar un vestigio que los llevara hasta él.

La otra mitad del viaje había transcurrido llamando y visitando a varios de sus contactos, de dudosa moralidad, pidiendo asilo para refugiarse hasta que pasara la tormenta.

—Señor, ¿qué hora es? —preguntó una mujer afroamericana que cantaba en la acera.

Mario la miró con desprecio. Si algo odiaba más que a los abusones era a las personas de color. Los odiaba desde que, con nueve años, recibiera una paliza por un angoleño tres años mayor que él. Tal suceso lo tuvo recluido demasiado tiempo en su casa como para indultar a toda la raza. Aquello alteró su personalidad hasta convertirlo en una persona frágil y manipulable. Al regresar al colegio su actitud no pasó inadvertida por los abusones que no dudaron en amargarle hasta el agotamiento. Cuando Gonzalo y Yago —sus vecinos en aquel entonces— aparecieron en su vida, estaba en un estado de fragilidad extrema.

—Hola vecino —preguntó Yago—. ¿Te apetece venir a mi casa?

—Vamos, vente —añadió Gonzalo—. Con el tiempo que pasas en casa seguro que debes de ser muy bueno.

—Yo… —tartamudeó— …yo no soy muy bueno.

—Necesitamos un nuevo jugador. Estamos cansados de enfadarnos entre nosotros. ¿Te apetece ser nuestro amigo?

Aquellas palabras fueron de lejos las más hermosas que había escuchado en su corta existencia. No fueron las más bonitas, pero aquel chico respetado llamado Yago despertó en su interior algo que jamás pensaba que volvería a recuperar. La amistad. Desde ese momento, se volvieron inseparables.

Mario volvió de la ensoñación entre lágrimas. Le hubiera

encantado llamarlos y contarles en todo aquel vertedero en que andaba metido, pero no podía. Ninguno de ellos debía saberlo. No quería que su mierda manchara las manos de los que un día lo rescataran de las sombras. Es por eso que había buscado nuevos socios a golpe de talonario. Socios que lo respetaban únicamente porque lo veían poderoso e inteligente. Aptitudes de las que carecía, pero eso ellos no lo sabían.

—Señor.

Este se dio la vuelta y allí estaba uno de sus mercenarios más leales. Sonriente. Mostrando las pocas piezas dentales que todavía resistían a los delirios de su mala cabeza. Tampoco sus ojos, rojizos y brillantes, detonaban nada sano.

—Debemos de escondernos —dijo desesperado, mirando en todas direcciones.

—No. Esta ciudad es muy tranquila. Como ya le dije, aquí no lo van a localizar.

—¡Cállate, joder! —vociferó haciendo aspavientos—. Cuando me puse en contacto contigo te pedí expresamente que me dieras un lugar donde esconderme, no quiero salir de copas contigo.

—Lo siento, señor.

—¿Dónde vives?

El tono de Mario detonaba que estaba nervioso. Aquella conversación intrascendente en un lugar público lo estaba inquietando más de la cuenta. Se preguntó entonces si Héctor, uno de sus tres mercenarios, sería la persona adecuada para ayudarle.

—Aquí al lado.

—Imagino que vives solo, ¿verdad?

Héctor volvió a mostrar su bodega imperfecta.

—Señor, vivo con mi abuela materna desde que mis padres me echaron de casa.

—¡No me jodas!

Mario cubrió su rostro con las manos y comenzó a rascarse la cabeza. Algunos transeúntes se detuvieron al escuchar los gritos.

—Está bien. Vamos para casa ya.

—¿Eso es un sí? —preguntó. Seguidamente, sacó de su bolsillo un cigarro mezclado con marihuana y lo encendió. El humo salió de su boca con abundancia—. Esto hay que celebrarlo.

La señora María Contreras era una mujer dura y paciente. A sus

noventa y siete años de edad seguía con la misma vitalidad que cuando nació. Las dunas grandes y extensas que cubrían su rostro no eran más que marcas de felicidad, como les repetía hasta el agotamiento a sus diecisiete nietos. Los que, aunque ausentes, la mantenían viva.

Cuando Héctor, el pequeño de los cuatro retoños de su hija Conchi, le pidió una cama, no escuchó a nadie. Aceptó de inmediato. Desoyó las negativas de sus siete hijos y le abrió las puertas de casa tanto como le permitió su bolsillo. Este se había comportado muy disciplinado desde el primer día. De momento, y para sorpresa de su hija, la anciana todavía seguía conservando todas las piezas del ajuar y la cubertería de plata.

—Abuela, este es el amigo del que te hablé.

Con la luz que desprendía toda ella, la señora María observaba al invitado. Desde el primer momento le había parecido una persona de fiar, en parte porque se había comido dos platos de sus riquísimas lentejas y, eso, según su larga experiencia, mostraba que ese muchacho no quería hacerles ningún mal.

—Son las mejores que he probado en mi vida —había espetado el invitado.

La anciana sonrió tras el cumplido.

—Me ha dicho Mario que vas a estar unos días con nosotros —dijo con la dulzura de una abuela al referirse a su nieto—. Por mí puedes quedarte el tiempo que necesites.

—Muchas gracias. Es usted muy amable.

A sus espaldas, un solitario y envejecido televisor mostraba la historia de los suicidios como apertura del noticiario. Ajenos a esto, los tres comensales comenzaron a devorar el postre.

CAPÍTULO 18

La vigilancia interpuesta por el inspector Hidalgo al presunto autor de los suicidios colectivos era bárbara. Decenas de agentes infiltrados en las inmediaciones esperaban el momento de actuar. «Tarde o temprano el polluelo volverá al nido», les había dicho. El tráfico había sido restablecido con normalidad y todo aquel espectáculo se había resulto con un aviso falso de bomba. Esa era la versión que había dado el representante de la policía a la prensa y, al parecer, por el momento bastaba para retener a los lobos sensacionalistas que lo acechaban.

La comisaría de la calle Leganitos estaba sufriendo la enésima divagación por parte de uno de sus huéspedes más veteranos. El inspector se encontraba nuevamente en el punto cero de la investigación. Los ordenadores requisados no habían aportado nada reseñable. Uno de ellos estaba totalmente infestado de videojuegos y el otro tenía su memoria prácticamente desierta. En las búsquedas realizadas en el explorador los resultados arrojados eran de los más banales: coches, trucos para ligar y todo tipo de palabras de contenido sexual para saciar su sed de placer. Ni rastro de la página que había originado toda aquella hecatombe. Lo mismo ocurría con los discos duros externos, los cuales estaban ocupados por temporadas enteras de series de Anime. Ningún elemento incautado les iba a arrojar nada nuevo.

—Es más listo de lo que pensábamos.

El agente Ramírez, a varios metros de distancia, no se percató del comentario. Aunque sabía que al inspector le molestaba mucho que él siguiera su propia investigación paralela, no podía evitar hacerlo. El novato no se conformaba con aceptar que no había nada y fue más allá. Los años de diferencia con el inspector jugaban a su favor para rebuscar en el interior de las nuevas tecnologías. Su mente recordó algunos ejemplos que, estando en las últimas semanas de formación en Ávila, le impactaron muchísimo. Al parecer, algunos de los atentados más recientes ocasionados por los terroristas del Estado Islámico habían sido orquestados a través de juegos como *Call of Duty*. Hasta ese momento, nadie había utilizado esos canales para comunicarse. Se le ocurrió que quizá el sospechoso había hecho lo mismo.

—Jefe, mire esto.

El inspector lo miró duramente. Su cuerpo estaba demasiado cansado como para levantarse de aquella envejecida silla. Sus músculos estaban tan entumecidos que ninguna pastilla para el dolor

podía recuperarlos. Únicamente el café y el tabaco le proporcionaban fugazmente un falso alivio.

—¿Qué ocurre?

—He iniciado sesión en uno de los juegos y he recibido un mensaje al instante.

Hidalgo se levantó con dificultades. Cojeaba levemente. Las prisas de los últimos días, unidos a las lluvias y el frío del invierno, no ayudaban a ocultar sus dolencias vitalicias.

Alepo64: Holaaaa. Cuánto tiempo sin conectarte.

—¿Qué hacemos? —preguntó el agente Ramírez al inspector, con una media sonrisa de victoria.

—Síguele el juego.

Hola. He estado un poco liado estos días.

Alepo64: Tengo un encargo.

Al inspector se le erizó el pelo al leer aquellas palabras.

¿De qué se trata?

Tecleó el más joven.

Alepo64: ¿Cómo que de qué se trata? Lo sabes muy bien.

Lo siento. He dormido poco. ¿Dónde nos vemos?

Alepo64 se ha desconectado.

—¡Mierda!

Uno de los informáticos con mayor progresión del CNI fue citado minutos después de que el misterioso Alepo64 se desconectase. Después de varios cigarrillos y otros tantos gruñidos por parte del inspector, el rastreo dio sus frutos.

Dos patrullas de asalto con el inspector Hidalgo al mando salieron bien entrada la medianoche con una apresurada orden judicial en las manos.

—¡Policía! —gritó el inspector, empuñando la reglamentaria.

—Abran la puerta o la echamos abajo —gritó otro agente de gran envergadura, con el ariete a punto de hacer añicos la madera.

La blindada se abrió dos dedos y la policía descargó todo su poder hacia el interior de la vivienda. Una joven asustada de cabellos rosados fue lanzada contra el suelo con violencia. El grupo de asalto recorrió el apartamento con una energía desbordante que duró lo mismo que tarda un vaso en caer al suelo y hacerse en mil pedazos.

—¿Qué estáis haciendo aquí? —balbuceó aterrada.

—¡No hay nadie más! —gritó uno de los integrantes del operativo.

La vivienda era un espacio abierto de cuarenta metros donde solo el cuarto de baño brindaba un ápice de intimidad. Su única habitación, el comedor y la cocina estaban en el mismo campo de visión. En apenas cuarenta metros cuadrados comía, dormía y jugaba al ordenador. Un orden perfecto en lo minúsculo.

—¿Dónde está Alepo64?

La joven se echó a reír.

—Soy yo misma.

—¿Qué te hace tanta gracia? —preguntó el inspector endureciendo el rostro—. Hace unas horas, cuando te conectaste, estuvimos hablando contigo desde la cuenta del que pensamos que puede ser un criminal y nos dijiste que tenías un encargo. Cuando te preguntamos de qué se trataba, te desconectaste. ¿Cómo piensas justificar eso?

—¿Mario un criminal? —hizo una mueca con la cara de desaprobación—. Ese chico no sabe ni atarse los cordones solo. ¿De qué se le acusa?

—Eso no es asunto tuyo. ¿Por qué te desconectaste y qué era ese encargo?

—Un encargo, según nuestra jerga *gamer,* significa que he creado una partida donde debemos recoger la bandera del equipo contrario. Algunos *gamers* lo llaman de otra manera, pero en nuestro grupo desde hace tiempo decidimos llamarlo así. Le daba un toque más —pausó un segundo— interesante —dijo chasqueando los dedos.

El inspector Hidalgo tragó saliva y se preparó para asumir un nuevo paso en falso que dejaría muy mermado su liderazgo en el caso.

—Me desconecté porque Rufus —continuó—, mi gato persa, tiene la horrible manía de mordisquear los cables mientras estoy jugando y, en ese momento, me apagó el wifi. Me enfadé mucho con él, pero la verdad es que es adorable. Mírenlo.

Aquella bola de pelos no se había movido ni un ápice del sillón de invitados donde había hecho su fortaleza. Su mirada reflejaba que estaba disfrutando tanto o más que su dueña de aquel teatrillo de medianoche.

—¿Qué sabes de Mario? —preguntó el agente Ramírez.

—Poca cosa. No suelo intimar con mis compañeros. Es una regla

no escrita que la solemos cumplir casi todos. Y digo casi todos porque una vez Lasinggg, una jugadora de Colombia vino a conocer a Eliot de aquí de Madrid. Ellos dijeron que no pasó nada, pero…

—Me importa tres pimientos tus historias de friki. ¡Coged su ordenador! Vamos a seguir con el interrogatorio en comisaría.

CAPÍTULO 19

Ricardo permanecía impasible frente al mostrador del hotel mientas Aina, la recepcionista, no dejaba de golpear una y otra vez un teclado desgastado que hacía tiempo que había perdido su particular tono blanquecino. La única habladuría que mantuvieron se resolvió con varios monosílabos y una cara de indiferencia que rozaba el desprecio. Era la segunda vez que ese hombre misterioso aparecía por sus dominios y algo le decía a aquella señora con semblante de adolescente que no era trigo limpio.

—¿Segura de que está aquí? —repitió por tercera vez en menos de veinte minutos.

Aina suspiró profundamente, ladeó ligeramente la cabeza para coger aire y asintió. La boca de aquel hombre era lo más horrible que había olfateado en mucho tiempo.

Yago abrió los ojos. Estaba desnudo y desorientado. «¿Dónde estoy?», se preguntó al sentir una sensación de abandono que jamás había experimentado. Tambaleándose, se levantó de la cama y se miró en el espejo. Tenía los ojos hinchados y una tez de piel marfileña. Se dio la vuelta y observó con una mezcla de horror y angustia el suelo del cuarto de baño. Los azulejos color caoba estaban teñidos por restos de comida formando un cuadro abigarrado.

Una punzada en la parte frontal de su frente lo hizo estremecerse de dolor. Al cerrar los ojos su mente fue sacudida por una oleada de *flashbacks*: mujeres desnudas en la penumbra se acercaban a él con sensualidad austera, el humo invadiendo su rostro al dar una calada a una serpiente con decenas de colas, la sonrisa maliciosa de un hombre con semblante familiar observándolo desde la distancia.

Yago volvió al presente y se enjuagó la cara. El agua, a pesar de estar helada, le sentó bien. Muy bien. Sobre todo cuando entró e inundó sus órganos castigados. Volvió a la cama e intentó serenarse. Al encender la luz observó que la abstracta estancia del baño se había extendido por toda la habitación. No sabía qué había ocurrido y tenía ganas de llorar. Se acordó de sus padres y de su hermana. Dudó por un instante si hacerlo o no, finalmente accedió. Rebuscó entre las sábanas hasta dar con su teléfono móvil. La pantalla estaba parcialmente rota. Pulsó el botón central.

1 mensaje nuevo

3 llamadas pérdidas de Raquel

Observar que su hermana —tan o más orgullosa que él— lo había llamado tres veces lo alegró mucho. Un instante más tarde, su mollera fue sacudida por una avalancha de pensamientos negativos. «¡Le ha pasado algo! ¡Joder, le ha pasado algo!».

—¿Raquel? —gritó varias veces antes de escuchar su voz.

—Sí.

—¿Estás bien?

—Claro que estoy bien. Hace días que no vienes a casa, ¿dónde estás?

—En… —dudó— …casa de una amiga.

—¿Te encuentras bien? —preguntó elevando sus palabras.

Yago retiró el móvil de su oreja e intentó serenarse. Su pulso se había disparado por el simple hecho de pensar que a la persona que más quería le hubiese pasado algo. Ahora que todo parecía estar en orden no podía evitar jadear.

—He salido a andar y estoy un poco fatigado.

—¿Andar tú? —se rió—. Hermano, lo sé todo. Creo que no es buena idea. Deberías volver a casa.

Yago empalideció por momentos. Tenía la boca tan deshidratada que apenas le salían las palabras y su cuerpo comenzó a temblar por la fatiga.

—¿Qué sabes? —balbuceó.

—Sé que estás en casa de Cecilia. Con lo desastre que eres, ¿qué otra mujer te iba a dar cobijo?

—Tendrías que haber sido policía —soltó una risita nerviosa—. No se te escapa nada.

—Creo que no es buena idea que te sigas viendo con esa chica. Debes volver.

—Necesito intentarlo una vez más —mintió—. Hace muchos años que no nos veíamos y estoy muy feliz de estar nuevamente con ella.

Con esas palabras concluyó la conversación. Mentirle a su hermana era algo habitual en él. Lo había hecho casi desde que tenía uso de razón. En el momento donde se sintió acorralado, aquella trampa le dio una nueva oportunidad para seguir jugando, pero sabía que el olfato de su hermana, si seguía conversando con ella, terminaría por descubrirlo.

Antes de soltar el teléfono de su mano, descubrió el mensaje.

Día 5. La tormenta

«¿Día 5?» gritó para sus adentros.

Sí, día 5. Has leído bien. Si has logrado superar el bautismo, el limbo está cada vez más cerca. La casa de Silbán es un lugar donde enriquecer cuerpo y alma. Como buen iniciado, recibiste la recompensa. Es normal que no recuerdes nada. ¿Por qué deberías poder hacerlo? Vivimos en un mundo donde todo es tan visible, tan tangible, que nos hace inútiles. El bautismo no es más que una manera de aprender a ser invisibles. A valorar lo intangible. Lo realmente poderoso. ¿Qué es lo poderoso? ¿El dinero? ¿De qué sirve tenerlo si no tenemos inquietudes? La vasta oscuridad del espacio no es más que un reflejo en el que vernos. Sigue por el océano sin temores, pues solo así conseguirás vencer a la tormenta.

Kratos.

Al tiempo que terminaba de leer aquellas líneas, la puerta sonó tres veces. Tras ella, Aina movía una pierna de forma arrítmica luciendo su mejor sonrisa. Su pelo perfectamente alisado se movía suavemente por el venteo del aire acondicionado que descargaba sobre su cabeza.

—¿Qué ocurre? —preguntó refugiado todavía en su fortín.

—El hombre con el que te fuiste el otro día lleva casi media hora en la recepción. Me ha pedido que hable contigo. Dice que es urgente.

—En cinco minutos estoy fuera.

Sin detenerse siquiera a pensar qué le aguardaba tras esa puerta, se enfundó en unos vaqueros desgastados y una americana gris, y salió al mundo exterior. Las deportivas que tanto le gustaba calzarse rechinaban al golpear el suelo. Ya no eran azules, estaban teñidas de barro y ceniza. A cada paso, una estela de polvo se dibujaba a sus espaldas.

La señora Teresa refunfuñó al observar la escena. Llevaba varios años en el oficio de la limpieza y estaba cansada de recoger la mugre de los visitantes. Hizo ademán de replicarle, pero al paso del huésped agachó la cabeza.

Yago llegó a la recepción y el hombre de la gorra oscura extendió su dentadura al verlo.

—Vaya, sigues vivo.

Ricardo golpeó su hombro con camaradería. Había estado presente en aquella extensa laguna de varios días observándolo todo con una fingida cordialidad. Presenciando lo que los ojos de Yago

habían sido incapaces de retener. Utilizando todo tipo de patrañas para hacer con su nuevo cliente —Enrique, el empresario— todo lo que su jefe le había ordenado. Desde abrir una nueva cuenta a su nombre en el banco Santander, la cual, a los pocos minutos, recibió una transferencia de treinta mil euros. Hasta extraer de su propio banco otros tantos miles de euros que entregó en metálico sin replicar. Los primeros servirían de coartada para encubrir al cerebro de todo aquel espectáculo macabro y seguir dando pistas falsas a los investigadores. Los segundos, para pagar a los figurantes y costear todos aquellos lujos que vendrían los días venideros.

—La reunión se extendió en exceso.

—¿Hacéis reuniones de varios días?

Ricardo lanzó una mirada a la recepcionista que la atravesó por completo.

—Sí. Cuando el trato es importante, el tiempo no es ningún obstáculo.

—¿Nos vamos?

—Pareces su padre —disparó Aina.

—¿Quién te dice que no lo sea? —respondió con acritud.

La recepcionista se encogió de hombros y se sumergió en sus pensamientos tras el monitor. Yago esbozó una leve sonrisa de complicidad y, como un autómata, caminó tras los pasos de su guía hasta acomodarse en la parte trasera de la furgoneta. Por el tiempo que permanecieron en movimiento, calculó que no debían haber recorrido más de cinco kilómetros. Un aullido lejano amenazó sus sentidos.

—¿Dónde estamos? —gritó.

El aullido se repitió con mayor vecindad.

—¡Sal del vehículo!

Tras aquella voz autoritaria fueron precedidos cuatro tiros con una secuencia idéntica. Yago, por primera vez desde que se sumergiera en aquella aventura rocambolesca, tuvo miedo. Se sintió solo.

—Ricardo, arranca joder.

—¡Sal o disparo!

Yago obedeció y la oscuridad más absoluta lo envolvió todo. Ni las luces de las puertas le ayudaron a dar claridad a aquel sinsentido. Se echó la mano al bolsillo y no estaba. El teléfono móvil y su linterna se habían quedado tirados sobre la cama de la habitación del hotel. Su

marcha había sido tan precipitada como todo lo acontecido los últimos días. Un motor rugió durante unos segundos hasta desaparecer. Haciendo aspavientos y dando pequeños pasos, intentó localizar la furgoneta con la que había accedido hasta ese lugar.

Varios ladridos lo hicieron retroceder hasta caer al suelo. Golpeó al aire con sus piernas. Los ladridos se incrementaron. Siguió con su particular defensa. Un destello iluminó fugazmente la noche. Sombras espectrales y un bosque frondoso fueron lo único que pudieron captar aquellos ojos asustados. Cuando intentaba serenarse y organizar su mente, unos pasos apresurados se escucharon por varios flancos.

—¡Matadle! —gritó una voz.

Aquella orden golpeó sus huesos como la bala que estaba a punto de destrozarlos. En esos instantes previos a su extinción, sintió que estaba preparado para hacerlo. Preparado para desaparecer. No le importaba haber pasado su vida sin pena ni gloria. En aquel momento, voluntariamente o no, se relajó. El calor y el helor que al mismo tiempo lo azotaban, desaparecieron.

—Hacedlo —respondió con seguridad.

Los ladridos regresaron y con ellos, todo tipo de resonancias: truenos y relámpagos que alumbraban el firmamento hasta perderse, aullidos, pasos golpeando las piedras de un camino, risas maliciosas y, por último, un disparo. Un eco duradero acompañado de una descarga eléctrica que sacudió su pecho a la vez que lo humedecía. Justo antes de perder la conciencia, abrió los ojos y vio la cara de su asesino. La pistola de Ricardo todavía emanaba humo.

CAPÍTULO 20

Cuando Yago abrió los ojos se encontró tumbado de espaldas en medio de una sala gigantesca totalmente desnuda. Las paredes y el techo estaban cubiertos por una especie de telas plásticas de color blanco que proyectaban una luz tenue. El suelo era hormigonado y plano. Nada de piedras ni animales como había escuchado poco antes de recibir justicia por parte de Ricardo. Imaginó que había muerto. Que debía encontrarse en la primera puerta. Se levantó de un salto y escrutó con recelo aquel lugar. No había nada que acaparara su atención.

De pronto, las paredes se apagaron y las tinieblas se adueñaron de la situación. Gritos, pasos arrastrándose sobre un sendero pedregoso, ladridos y un rayo proyectando su magnífica cola en la pared. Nuevamente, oscuridad y silencio. A Yago se le disparó el pulso. Su mente intentaba filtrar toda la información que estaba recibiendo, pero no encontraba el mecanismo al que aferrarse para conseguirlo.

—Eres el elegido —susurró una voz lejana—. El sexto día acaba de nacer.

Día 6. La reflexión

El sexto día no es más que la mejor manera de eliminar los complejos y las vendas que nos cubren. Esta sala es un simple reflejo de ello. Las paredes no son más que telas donde se proyectan todo tipo de ilusiones para estimularnos. Cuando el pánico se apodera de nuestros sentidos, cualquier sonido puede convertirse en realidad y cualquier sombra en el mayor de los gigantes. Así es la vida. Podemos pasarnos todo el tiempo con los ojos abiertos y no ver nada, y cerrarlos y verlo todo.

Aquel texto estaba proyectándose en blanco en una de las paredes, la de su derecha. En las restantes, un océano infinito se perdía en el horizonte. A Yago le gustó mucho la situación, el mar le transmitía una paz que pocas cosas le brindaban.

Tres carabelas de gran tamaño se abrían paso entre las olas con una destreza armónica. «La Pinta, La Niña y la Santa María», pensó recordando la expedición de Cristóbal Colón. No podía ir mejor encaminado.

Nunca podrás cruzar el océano a menos que tengas el coraje de perder de vista la orilla. Dijo Colón.

Aquella frase con más de cinco siglos de antigüedad, a día

de hoy, puede extenderse a todas las etapas de nuestra vida.

Nunca podrás encontrar la felicidad si no aprendes a abandonar la tristeza.

Nunca conseguiremos la paz sin acogernos al perdón.

Nunca amaremos algo nuevo sin desprendernos del pasado.

Los barcos seguían su avance implacable mientras aquellas letras iban apareciendo lentamente sobre la pared. La imagen se amplió hasta mostrar la cubierta de una de las carabelas. En ella, Cristóbal Colón señalaba al frente con su mano derecha, mientras su tripulación, formada por decenas de hombres, lo observaba.

—Nunca se llega tan lejos como cuando no sabes hacia dónde te diriges. Camaradas, estamos cerca de adentrarnos en lugares donde ningún hombre racional ha llegado todavía. No sabemos qué tipos de bestias nos aguardarán. Vuestra fidelidad es digna de admiración.

Una treintena de hombres lo miraban: algunos esperanzados por las palabras del Almirante, otros asustados por el tono solemne que estaba utilizando, y, los más jóvenes, con sonrisas indeterminadas.

—Isabel I de Castilla y Fernando de Aragón nos han dado su beneplácito. Así como los dioses que nos marcan cada día el camino hacia lo desconocido.

La película se difuminó hasta oscurecerse.

El navío en el que te has embarcado está cada vez más cerca de alcanzar el puerto definitivo. Las divagaciones eternas de una sociedad ahogada por la contaminación culminarán en un descubrimiento tan grande como el de América.

Nuestra mente es tan poderosa que no la conocemos ni nosotros mismos.

Kratos.

Las paredes recuperaron su color blanquecino inicial y Ricardo apareció en medio de la sala. Yago dio un respingo y retrocedió unos pasos.

—¡Aléjate! —gritó—. Tú me disparaste.

El que había sido su guía hasta ese momento comenzó a reírse.

—Enrique —como había dicho que se llamaba—, todo ha sido parte del juego. Nada de lo que ha sucedido es real. Nos encontramos en una de las mejores salas de realidad aumentada de Madrid. Kratos busca con esto una metáfora sobre las sombras de la vida. Muchas personas no son lo que aparentan o dicen ser.

—Pero tú me disparaste. Lo vi con mis propios ojos y sentí una fuerte descarga en el pecho. Incluso sentí cómo se humedecía.

—Era solo una imagen en 9d. Y el pecho sí, recibiste una potente descarga con un *taser* —lo mostró—, por eso te desmayaste. La humedad no era más que agua. Desde que entramos con la furgoneta hace muchas horas has estado solo aquí. La idea de esta misión era aprender a utilizar tus sentidos. A no guiarte únicamente por los ojos.

Yago negaba con la cabeza. Todo lo que había visto se le antojaba tan real que no podía creer que no lo fuera. Tenía miedo y una sensación de angustia recorría su cuerpo.

La pared ubicada en el este se levantó y una corriente de aire gélido se adentró en la sala. Ricardo hizo una señal y Yago lo siguió. Justo cuando estaba en el exterior, se dio la vuelta. «Estudios La Moraleja». Leyó en la parte superior. Junto a ella, varias decenas de naves industriales se perdían de vista a ambos lados. La mayoría de ellas no tenían nombres, únicamente estaban etiquetadas por números. Todas tenían un revestimiento metálico de color blanco.

—¿Dónde vamos?

—Sube a la furgoneta. Pronto lo sabrás.

A regañadientes, Yago obedeció las órdenes y se acomodó en el vehículo. Allí le esperaba una bandeja de plata con seis rayas de cocaína perfectamente alisadas, una botella de ginebra, una cubitera y una nevera con refrescos. El joven no pudo evitar sonreír al ver el desayuno que le había preparado el que hasta hacía unos minutos pensaba que era su verdugo.

—Menudo recibimiento —comentó.

—Sabía que te gustaría. Cada una de esas líneas representa los días que llevas con nosotros. No queremos hacerte daño, nuestro único propósito es que aprendas el valor verdadero de las cosas.

La puerta del otro lado se abrió y una mujer exuberante se adentró pegando sus caderas contra las suyas. Yago apretó los labios y arrugó los dedos de sus pies. Eso significaba que estaba nervioso e incómodo. Después de una ojeada fugaz, solo pudo advertir que su acompañante era rubia y tenía los ojos más azules que había visto nunca.

—Mi nombre es Ivana —dijo a la vez que se lanzaba a conocer sus mejillas.

—Yo soy Ya… —vaciló— …Enrique. Mi nombre es Enrique —repitió.

—Relájate. Estás muy nervioso.

Ivana lanzó uno de sus tentáculos sobre su entrepierna y este se estremeció. Aunque había frecuentado más burdeles de los que le hubiese gustado, estar ante una mujer tan cerca sin ir puesto le resultaba difícil.

—Venga, tómate el desayuno. Se te va a enfriar.

Una, dos, tres, cuatro, cinco…y seis. La acompañante festejó la capacidad pulmonar de su cliente con un aplauso clamoroso mientras este se recomponía del esfuerzo sirviéndose una copa.

—Eres un chico valiente.

—Más de lo que aparentan mis nervios —respondió con la seguridad que le proporcionaban los estupefacientes.

Cuando la furgoneta se detuvo, Yago empezaba a encontrar los motores de su cuerpo a un ritmo más acelerado de lo que él mismo podía soportar. Estaba excitado y con la sensación de estar perdiendo nuevamente el control pero, en ese momento, con las atenciones que le había prestado Ivana en el trayecto, le compensaba sentirse así.

—Hemos llegado —dijo Ricardo al abrir la puerta.

El semblante picassiano de Enrique —o Yago—, según quién fuera el que lo llamase, no desentonaba para nada con el de los personajes que poblaban el antro en el que se habían adentrado. Un local que más bien podría describirse como una cueva. Estalactitas y estalagmitas adornaban la entrada y continuaban por una rampa que desembocaba en una sala no menos luminosa.

Ricardo se detuvo a conversar con los porteros y, antes de retomar la ascensión que lo llevaba a la salida, hizo una señal con la mano simulando que le disparaba.

—Menudo imbécil.

—No te enfades. Aquí somos vip —dijo Ivana susurrándole en el oído.

—¿Qué significa eso?

Yago tuvo que gritar para que su acompañante lo escuchara. La música tecno retumbaba tan alta que resultaba laborioso comunicarse.

—Que podemos hacer lo que queramos. Hay varias salas privadas —señaló unas puertas ubicadas en un altillo al que se accedía por una escalera— a las que podemos entrar sin que nadie nos moleste.

—No conocía este lugar.

—Poca gente sabe de su existencia. Aquí suelen venir únicamente personas pudientes que buscan saciar sus pensamientos

más oscuros. Te sorprendería la cantidad de políticos a los que he acompañado.

—Tengo sed —dijo Yago, obviando el último comentario.

Ivana cogió su mano y lo arrastró entre la multitud hasta las escaleras. Un seguridad repeinado les abrió el paso y los acompañó hasta la habitación número tres. Una cama, una nevera, una mesa baja rodeada con varios sillones y un baño alumbrados por una luz cobriza se escondían tras la puerta.

—¿Ginebra con?

—Tónica.

Yago se sentó en el sofá y levantó los brazos estirando su espalda. Su acompañante se encontraba de espaldas sirviendo las copas y este aprovechó para examinarla. Vestía un pantalón de cuero negro y un corsé de encaje que realzaba sus pechos.

—Ah, se me olvidaba —se volvió de golpe. Sacó una pequeña cajetilla de madera del tamaño de una pitillera de su bolso y se la entregó—. Esto es para ti.

—¿Un regalo?

—Hoy es el día de reflexión y el jefe quiere compensarte el mal trago que pasaste anoche con unos vuelos.

Al levantar la tapa de aquella tabaquera le sorprendió ver la cantidad de droga que podía almacenarse en algo tan minúsculo. A simple vista pudo contar una docena de bolsas y una veintena de pastillas de colores y formas diversas. Algo que le alegró, dado que desde que saliera de la furgoneta no había vuelto a castigarse.

—Poco a poco —susurró acariciando sus labios con el dedo índice.

—Toma —dijo ofreciéndole una pastilla.

—No. Yo no consumo.

—Mejor.

Yago cogió una de color azul y un trago de ginebra la empujó hacia lo más profundo de su ser. Segundos después, se abalanzó sobre ella.

CAPÍTULO 21

A pesar de la negativa del inspector Hidalgo, el psicólogo había decidido conceder una tregua al presunto fundador del trágico juego y dejarlo dormir. La reciente personalidad mostrada era dulce y extremadamente sensible. La presencia de los tres hombres había hecho que rompiese a llorar en varias ocasiones.

—¿Y si ahora despierta con otra identidad?

—Es una posibilidad.

—¿Qué es una posibilidad? —gritó el inspector desquiciado.

El psicólogo dio un sorbo a un nuevo café. Había perdido la cuenta de las veces que había visitado la máquina del despertar, como él mismo la había apodado.

—La personalidad de Kratos, por lo visto, no tiene la intención de colaborar ni de dormir. Eso significa que, si no aprovechamos las otras personalidades para que lo haga, posiblemente acabe muriendo por un infarto o similar debido al cansancio. Creo que es preferible que descanse a que muera, ¿no crees?

Hidalgo se encogió de hombros. Sabía que aquel hombre de indumentaria estricta y movimientos refinados tenía razón, pero el pensar que en ese instante algunas personas podrían estar cerca del suicidio lo estaba machacando.

El agente Ramírez entró en la sala de descanso a toda prisa.

—Se ha despertado.

Las piernas maltrechas del inspector no fueron un impedimento para lanzarse a la carrera por los pasillos de aquella comisaría envejecida ubicada en la calle Leganitos. El monstruo, como así lo habían apodado los policías que días atrás lo apresaran, se encontraba sentado a los pies de la cama con los codos en las rodillas y las manos cubriendo su rostro.

—¿Qué he hecho? —gritaba en un llanto desconsolado—. ¿Por qué estoy aquí?

Cuando el inspector Hidalgo se disponía a abrir la cancela del calabozo, el psicólogo lo cogió de su antebrazo.

—Solo yo.

Sus ojos endemoniados lo atravesaron. Apretó los dientes y asintió.

—Más vale que lo hagas bien. De lo contrario, ya puedes ir

olvidándote de volver a volver a Valencia.

El ambiente que se encontró el psicólogo era de lo más apacible. No cabía duda que aquella identidad no era la de Kratos. Pues, por el gimoteo doliente, mostraba arrepentimiento, lo que propiciaba una oportunidad única para actuar.

—Hola.

Silencio.

—Hola —repitió.

Nuevamente no obtuvo respuesta. El psicólogo se quedó con los brazos cruzados durante varios minutos. Estaba acostumbrado a tratar con pacientes y criminales sin recibir réplica alguna. El monstruo únicamente emitía pequeños sollozos y una respiración entrecortada.

—Sabes una cosa. Yo a tu edad también tenía el pelo largo como tú. Me encantaba el rock e incluso llegué a ser batería en un grupo.

El psicólogo comenzó a deambular por la pequeña sala. Sus palabras sonaban más como una divagación que como un dialogo entre dos personas.

—Más tarde, algunos problemas personales y una herencia capilar desafortunada por parte de mi familia paterna, me condenaron para siempre a ser calvo. Al principio estaba muy acomplejado. Intenté por todos los medios entorpecer mi destino, pero finalmente lo acepté y me afeité por completo.

El monstruo levantó la cabeza y lo observó. Sus ojos brillaban como luciérnagas en la noche. En ellos se podía observar una tristeza y soledad profundas.

—¿Cuándo podré irme de aquí? —preguntó con un hilo de voz —. Todavía no sé qué está ocurriendo.

El psicólogo dio un largo suspiro.

—No te preocupes. Estás aquí para aclararnos ciertos asuntos.

—¿Qué tipo de asuntos?

El monstruo pareció inquietarse.

—Quizá esta pregunta te resulte un poco extraña, pero me gustaría que me respondieras con sinceridad. ¿Alguna vez has tenido la sensación de que habías llegado a un lugar sin recordar el camino? Por ejemplo, hoy, ¿recuerdas cómo llegaste aquí?

—Muchas veces —respondió negando con la cabeza—. Empezó hará cosa de unos diez años. Había quedado con un chico guapísimo. Estaba como un adolescente en su primera cita. Salí de casa y nunca

llegué a conocerlo. Durante el camino perdí la razón y la memoria. Cuando recuperé la cordura no sabía qué había pasado. Creo que estoy desarrollando Alzheimer —rompió a llorar.

El psicólogo se sentó en la cama e intentó consolar al que ahora se había convertido en su paciente. Las últimas palabras no hacían más que confirmar que esa personalidad no era consciente con los actos que cometía la otra.

—No te preocupes, todo va a salir bien. Me gustaría que me hablaras de todas las veces que recuerdes donde hayas perdido y más tarde recuperado la memoria. De los lugares y situaciones que te has encontrado por esa falta de… —alargó la vocal unos segundos— …si me permites la expresión, hibernación de tus actos.

—La verdad es una sensación muy extraña. Como cuando vas tan bebido que no recuerdas largos períodos de una noche de fiesta o incluso no recuerdas el haber estado con alguien. Algo así. ¡El Alzheimer es una mierda! —gritó.

—Dime algún ejemplo.

El psicólogo cogió su teléfono móvil, lo dejó en el suelo y le dio al botón de grabar sin que su paciente se percatase de nada.

—Varias veces he despertado del estado de letargo, como yo le llamo, en un pub a las afueras de Madrid. Siempre con el mismo hombre, feo y aburrido como él solo.

—¿Recuerdas el nombre del local o de este hombre?

—Sí, claro. El hombre se hace llamar Ricardo el seductor, aunque ese apodo no sé muy bien quién debió ponérselo. El local es algo así como Yellow World o Yellow Hood. No sé exactamente cuál es de los dos.

El inspector Hidalgo, escondido tras la cancela, dio un respingo al escuchar la confesión. Aquel local había sido investigado años atrás por tráfico de drogas y prostitución. El tal Ricardo el seductor era un viejo conocido de la policía.

—¡Lo tenemos! —gritó dirigiéndose al agente Ramírez.

CAPÍTULO 22

La señora María entró por segunda vez en el cuarto en el que su nieto y el invitado dormitaban. Eran las doce de la mañana y el único atisbo de vida había sido un movimiento vaporoso por parte de Mario al darse la vuelta. Su nieto permanecía con su dentadura carcomida señalando las humedades del techo. De los diecisiete descendientes, él era su preferido. Fuese por la marca de nacimiento que compartían detrás de la rodilla derecha, o por la dura lapidación sufrida por su familia, lo cierto era que Héctor era de lejos al que más quería. Verlo ahora tan cerca de su vida era el mayor trofeo que podía recibir alguien de su edad.

Mario abrió los ojos y vio la silueta de la anciana en el umbral de la puerta.

—Buenos días.

El invitado carraspeó y, en su afán por recuperar la nitidez en sus ojos, sintió un pinchazo en la sien.

—Buenos días —respondió la señora María—. ¿Te apetece desayunar algo?

—Sí. Tengo hambre.

La mesa del comedor con la que se encontró estaba repleta de manjares. Magdalenas, galletas y cruasanes de chocolate poblaban aquel mueble de casi un siglo de antigüedad cubierto por un mantel de plástico negro con lunares rojos.

—¿Quieres chocolate o prefieres un café? —la pregunta salió de sus labios como un susurro pausado. Aquella voz centenaria ya no era tan fluida como a ella le habría gustado pero, aun así, se sentía toda una afortunada de conservarla.

—Un café. No he descansado muy bien.

—Quién lo diría —replicó con una media sonrisa—. Después de doce horas en la cama.

—Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Me he dormido casi a las ocho.

La señora María cogió la cafetera y vertió la cafeína en el interior de la taza que sostenía el invitado con cara de no haberse despertado todavía.

—Si algo te quita el sueño, soluciónalo. Si es por alguien al que le has hecho algo malo, pídele perdón. Si has discutido con tus padres,

llámalos. Si es una chica y te importa, díselo. La vida es el aquí y ahora, el mañana nadie nos lo puede asegurar. Te lo digo yo que tengo noventa y siete años.

—Gracias, es suficiente —retiró la taza y dio un pequeño sorbo. Aunque se quemó la punta de la lengua, no hizo comentario alguno ni gesto de dolor—. Ojalá fuese tan fácil.

—Una de las frases que seguramente me hayan ayudado a ser más feliz dice así: «si un problema tiene solución, no debes preocuparte, y si no la tiene, menos aún».

Mario bostezó y, seguidamente, hundió una magdalena en el humeante océano amarronado.

—Cómo sois los jóvenes —suspiró la anciana y prosiguió—. Cómo se nota que no habéis sufrido una guerra. Eso sí que eran problemas. ¿Sabes lo que se siente cuando cuatro de tus cinco hermanos se van de casa un día cualquiera y no regresan jamás? ¿Sabes lo difícil que es levantarte cada mañana sin saber si vas a poder llevarte un pedazo de pan al estómago? ¿Sabes lo que es eso?

El invitado negó con la cabeza y comenzó a arrepentirse de haberse sentado a desayunar.

—Vuestra generación lo ha tenido todo, quizá ese haya sido el error. Veis problemas donde no hay problemas y, si los hay y os dan la solución, seguís viendo problemas. Sea lo que sea lo que te pase, soluciónalo.

—Tiene usted razón. Soy un cobarde —añadió con un hilo de voz —. He dejado a mi madre sola. La pobre debe de estar atacada.

—Llámala.

—¡No! —gritó Héctor incorporándose a la conversación—. No llamarás a nadie.

La anciana interrogó a su nieto con la mirada.

—Abuela, cuando te pedí una cama para mi amigo te dije que no hicieras preg…

—No las he hecho —interrumpió con el ceño fruncido.

—Tu abuela tiene razón, los problemas hay que solucionarlos. No puedo estar escondiéndome toda mi vida.

—Mario, Mario, Mario —dijo Héctor, pidiendo calma con las palmas de las manos extendidas—. Tío, creo que te estás rayando. No eres ningún criminal, solo debemos esperar unas semanas aquí cuidando de mi abuela y todo se olvidará.

—Está bien, prométeme que llamarás a mi madre como

acordamos.

—Sabes que es muy peligroso. Su teléfono estará pinchado.

—¿Y si la llamo yo? —preguntó la anciana.

CAPÍTULO 23

La habitación número tres de aquel tugurio similar a una cueva había sufrido la enésima batalla campal en el interior de sus tabiques. La moqueta que vestía el suelo estaba atestada de cristales, colillas, pañuelos, restos biológicos de todo tipo y hasta un pintalabios mordido.

Yago se despertó en mitad de aquella guerra tumbado en uno de los sofás que había visitado antes de perder la cordura.

La ropa de su acompañante parecía haber sido arrancada con violencia y estaba esparcida encima suyo. El pulso se le disparó cuando examinó sus manos y su cuerpo desnudo, y vio que su piel estaba manchada. Por la luz cobriza de la sala no pudo advertir qué era aquel tinte. Con dificultades se abrió paso hasta llegar al cuarto de baño. Allí se encontró a Ivana, su acompañante de aquella noche, desnuda contra el suelo con varios cortes en su espalda. A escasos centímetros de ella descansaba un cuchillo de grandes dimensiones también teñido.

—Ivana —susurró entre llantos.

Tras varios segundos de indecisión, se arrodilló en el suelo y le dio la vuelta. La parte delantera y su rostro habían sido castigados duramente. Con angustia le buscó el pulso en el cuello, pero no encontró movimiento alguno en aquel cadáver exangüe.

—¿Qué he hecho?

A su regreso a la habitación comenzó a dar vueltas como un animal enjaulado. Estaba nervioso y sentía un dolor insoportable en el vientre. Tenía miedo y estaba indeciso. No sabía qué hacer, ni cómo salir de aquel agujero. De fondo, todavía se escuchaba el zumbido de los altavoces martilleando las paredes y baldosas de aquella caverna. Su teléfono móvil comenzó a sonar. Se levantó, y en su afán por encontrarlo, a poco estuvo de cortarse con los cristales de una botella que, sin saberlo, él mismo había roto aquella alocada noche. Bajo el sofá, con sus calzoncillos cubriendo la pantalla, lo localizó.

—Mierda. Ahora no —masculló una fracción de segundo antes de responder—. Ho… Hola.

—Yago, ¿dónde estás?

La voz de Raquel sonaba tan dulce como siempre. A pesar de sus discusiones sonadas y sus desencuentros habituales, no tardaban más de un día en reconciliarse.

—Si-si —tartamudeó—, sigo aquí… en ca-casa de Ce-Cecilia.

—¿Así que vais en serio?

—Creo que ambos necesitábamos retomar la relación —se retiró el teléfono de la oreja y lo aprisionó contra su pecho para cubrir el micro. Suspiró varias veces con la boca totalmente abierta y prosiguió —. Según hemos estado hablando, ninguno de los dos había pasado página.

—Me haría muy feliz que vinierais a casa. Con ella, claro — matizó.

—Eso llevará tiempo. Queremos empezar con calma y no creo que sea buena idea. Te recuerdo que vuestra relación no terminó muy —concluyó con la consonante alargándose más de la cuenta.

—Ha pasado mucho tiempo. Por mi parte está todo olvidado.

—Ella todavía se acuerda de vuestro desencuentro.

—Esto te podrá sonar raro pero la casa está muy vacía sin ti. Incluso he salido a buscarte por el parque y por ese bar cochambroso que tanto os gusta.

—No deberías preocuparte tanto por mí. Cuídate, ahora tengo que colgar.

Justo después de concluir la conversación dio una arcada que a punto estuvo de vaciar su estómago. Se daba asco a sí mismo por mentir a su hermana y por haber llegado tan lejos en aquella aventura. Su mano derecha estrechó el terminal con fuerza y este crujió. La pantalla, todavía iluminada, le permitió vislumbrar un mensaje nuevo.

Día 7. La muerte

«**Jesús le dijo: Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque muera, vivirá, y todo el que vive y cree en mí, no morirá jamás. ¿Crees esto?**».

Juan 11:25-26

A veces debemos desprendernos de las pieles que cubren nuestros miedos para dar salida a nuestras aptitudes verdaderas. Las inseguridades generan fracaso, y el fracaso frustración. Vivimos en una sociedad frustrada donde solo unos pocos, mal o bien pagados, trabajan en algo que les agrada. El resto, deambula por el mundo ajeno a él. Buscando la felicidad en hacer cosas que no pueden permitirse, únicamente para integrarse en esa sociedad que, hagan lo que hagan, los ha rechazado antes de nacer.

Los gobiernos nos hacen esclavos de un sistema tan antiguo como los primeros padres. En el colegio ya nos adoctrinan definiendo el ciclo de la vida como nacer, crecer, reproducirse y morir. Esta definición podría ser aceptada en un producto, pero no en nosotros. ¿Qué hay de los sentimientos?

A los treinta, debemos plantearnos si esta partida que estamos jugando nos está divirtiendo o todo lo contrario. Si no nos divierte, ¿qué hacemos? Resetear o marcharnos, apagar y volver a intentarlo. Pero, ¿cómo desconectar algo que está siempre activo? Lo sé, sonará extraño, pero yo pude hacerlo, salí de una partida que no podía ganar y ahora estoy aquí para ayudar a otros. Hoy puedes ver lejos mis razones, pero cuando concluyan los trece días estarás preparado para empezar de nuevo.

Las montañas son más blandas que algunas mentes humanas.

Kratos.

Ricardo observaba desde la garita de seguridad todos los movimientos de Enrique. Había visto con sus propios ojos cada copa que entraba en sus entrañas, cada substancia que recorría sus fosas nasales, y cada una de las embestidas recibida por su acompañante. La misma mujer que, aprovechando que dormitaba, desgarró sus vestiduras y situó en el cuarto de baño su copia exacta de silicona.

Ivana había realizado la misma operación con todos sus clientes y ninguno de ellos se había percatado de que, aquel cuerpo, nunca estuvo vivo.

—Creo que es el momento —dijo Ricardo con la inexpresividad que lo caracterizaba.

—Me encanta ver la cara que se les queda al entrar en el cuarto de baño —dijo Ivana a su espalda.

En la garita había cuatro monitores. En cada uno de ellos se mostraban ocho cámaras. Un total de treinta y dos ojos que controlaban todas las salas privadas, la zona de baile, baños, pasillos e incluso el exterior. En ese momento, se encontraban ellos dos solos. Eso era posible gracias al suculento acuerdo económico al que había llegado Kratos con la sala.

—¿Lo has visto alguna vez? —preguntó la meretriz.

—¿A quién?

—Al jefe.

—No. Siempre utiliza intermediarios —mintió—. Si me permites

un consejo, no hagas preguntas.

Ricardo le entregó un sobre blanco con quinientos euros en su interior y desapareció sin despedirse. Cuando cubrió los escalones que separaban el sótano donde se ubicaba la garita de seguridad y la zona de baile, se detuvo y comenzó a toser. En la pista, algunas caras conocidas y otras nuevas movían sus mandíbulas como rumiantes en el pasto. La droga en aquel local era tan habitual como la prostitución. Las autoridades lo sabían, pero por alguna razón extraña estaba permitido un antro así en la capital.

Yago se había terminado de vestir cuando su guía lo sorprendió tras la puerta. Estaba asustado, nervioso e inquieto.

—Ha pasado algo —dijo con sus ojos todavía desorbitados.

Ricardo, totalmente ajeno a las verdaderas intenciones del cerebro de todo aquel sinsentido, se limitaba a seguir las instrucciones sin siquiera plantearse la moralidad de estas. Para Enrique —el empresario— le había pedido expresamente que le hiciera creer que había matado a su compañera aquella noche de una manera salvaje.

—¿Qué es todo esto? —preguntó, en una interpretación de sorpresa penosa.

Yago retrocedió sobre sus pasos y, sin hablar, gesticuló para que este le siguiera. Ricardo se echó las manos a la cabeza al descubrir el cadáver. Incluso hizo ensayo de cubrir su rostro para agregar un dramatismo mayor.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Ojalá lo supiese, pero no recuerdo nada. Maldita caja llena de especias…
—apretó los puños.

—¿Tiene pulso? —preguntó al mismo tiempo que lo comprobaba.

—No sé qué ha pasado, joder. Hay que llamar a la policía. Les diremos qu…

—¿Policía? —sonrió.

—Pero, joder —comenzó a sollozar—, ha muerto una persona. Supongo que tendría familia, alguien estará preocupado por ella. Deberíamos, joder, deberíamos…

Ricardo se acercó hacia él y le golpeó la cara.

—¡Cállate! Vamos a hacer las cosas como yo diga. A partir de este momento vas a seguir mis instrucciones. Si te digo que te calles, lo harás. De lo contrario, seré yo mismo quién te mate.

Ricardo salió de la habitación y al poco entró con una camilla ayudado por uno de los vigilantes corpulentos que custodiaban el acceso a la cueva. Aseguraron el cadáver en ella y lo cubrieron con una sábana. Acto seguido, bajaron por la escalinata. Yago, ya en el exterior de la habitación tres, observó como descendían a un nivel más bajo que el de la sala principal. Los picassianos, acostumbrados ya a las decenas de intervenciones que cada semana hacía el personal por sobredosis, ni se inmutaron.

—¿Tienes fuego?

Yago levantó la vista y frente a él, un hombre de unos setenta años, bien parecido y trajeado, sostenía un cigarrillo manchado entre las manos. Sus ojos estaban tan cerrados que parecían estar cosidos.

—No. No fumo.

—Yo tampoco.

Ambos se quedaron enfrentados hasta que el más joven decidió poner fin a aquella situación bajando por las escaleras. La música estaba tan elevada que sus oídos lanzaron una punzada de dolor. Este abrió la boca para intentar apaciguar el castigo. Ya en la parte baja, alzó la vista y observó los detalles de la caverna: sus paredes estaban revestidas por una corteza rocosa muy conseguida, el techo se elevaba seis o siete metros por encima de sus cabezas y, de él, colgaban estalactitas de tamaños grandes y formas diversas que descendían hasta la altura justa para que nadie pudiera dañarlas, el suelo lo formaba el mismo tapiz que las paredes, y en sus extremos subían estalagmitas deterioradas por la erosión de los clientes.

Mientras estaba examinando la sala con atención, sintió una repentina fuerza que lo lanzaba para detrás.

—Salgamos de aquí.

—¿Qué has hecho con el cuerpo?

—Olvídalo. Te llevaré a tu hotel y con eso habrá acabado nuestra relación para siempre.

CAPÍTULO 24

Carolina era una adolescente con un alto coeficiente intelectual y cuya proyección estudiantil rozaba la excelencia. Nacida en Toledo, se había mudado a Madrid hacía unos años para cursar la carrera de arquitectura que tanto ilusionaba a su padre. Al instalarse en la capital, decidió destruir su apariencia de empollona y enfundarse en un *look* más alocado. Casi todos los meses visitaba la peluquería para cambiar el color de pelo por otro más llamativo que el anterior.

Aunque echaba mucho de menos a sus padres, la felicidad que le proporcionaba ser una *gamer* casi profesional lo compensaba. Ya no tenía limitado el tiempo de batalla, ahora podía jugar hasta altas horas de la madrugada sin que nadie la reprimiera. Y lo mejor de todo, en el mundo virtual se había convertido en Alepo64. Una jugadora respetada y temida en el universo artificial.

—Señor, creo que todo lo que ha contado es cierto —dijo el experto informático del CNI—. Hemos peinado el ordenador y únicamente hay registros de conversaciones de lo más banales.

El inspector Hidalgo había convertido su despacho en una sala de interrogatorio improvisada. Su mesa había sido despejada de un zarpazo y rodeada por cuatro sillas. Carolina estaba tranquila y había contestado a todas las preguntas con la serenidad que le proporcionaban los ciento ochenta puntos de coeficiente intelectual.

—Así que tu padre es Alfonso Valverde García —preguntó, no sin antes carraspear varias veces.

—Sí, el mismísimo alcalde de Toledo. Supongo que ahora me dirá que sería un escándalo para su reputación que su hija blablabla blablabla blablabla. A lo que yo le responderé que, como le informe de la situación que hemos vivido esta noche tanto en mi casa como en este gallinero, seguramente su cabeza quedará muy mermada, por no decir que pasará el resto de sus días, en el mejor de los casos, en una pensión cochambrosa bebiéndose la sopa de la tía Lola. Así que vamos a tomarnos esto como una simple reunión de amigos.

El inspector pareció incomodarse. Había perdido la cuenta de las veces que había intentado acobardar a aquella adolescente y, en contrapartida, había terminado arrinconado él.

—Les he dicho todo lo que sé. Me gusta jugar al ordenador sin más, no indago en la vida privada de mis compañeros. Únicamente los selecciono por sus habilidades con el teclado y el ratón. Y con ratón me refiero al objeto —soltó una pequeña risita pícara.

—No estamos intentado coaccionarte ni nada por el estilo —dijo el agente Ramírez, que se encontraba en el lado opuesto de la mesa—. Han muerto muchas personas y, si no frenamos esto, morirán todavía más.

Carolina miró a los tres hombres que tenía delante. Sus rostros reflejaban cansancio y preocupación en partes iguales. Siguió con la mirada examinando el despacho y observó en una de las paredes las cinco fotografías de los hombres que se habían suicidado. Todas ellas apuntaban a una parte superior donde se encontraba el rostro de Mario rodeado por un interrogante en color rojo. Ver a su introvertido amigo virtual al frente de aquel espectáculo tétrico la estremeció.

—¿Cómo saben que ha sido él? —dijo señalando la fotografía.

—Aquí las preguntas las formulamos nosotros. Tú limítate a responder con la mayor exactitud posible.

El inspector Hidalgo se acercó a la pared que la joven había señalado y estiró de un cordel que hizo caer una cortina ocultando los detalles de la investigación.

—¿Es siempre tan agrio?

El informático y el agente Ramírez no respondieron, pero la tensión en sus miradas confirmó la respuesta. De pronto, la quietud propia del integrante del CNI se vio alterada. Se levantó de la silla con una sonrisa tan exagerada como la anchura de sus lentes y señaló a la brillante adolescente.

—Soy Mario, voy a estar ausente durante un tiempo. Este es mi nuevo número.

Al escuchar las palabras del informático, Carolina se sonrojó y comenzó a sudar. Aunque de camino a la comisaría había borrado de un plumazo todos los mensajes de su móvil, no contaba con que aquel cerebrito podría recuperarlos con la misma facilidad.

—¿Qué has dicho? —preguntó el inspector.

—Al parecer la señorita pensaba que era más inteligente que nosotros. He recuperado todos los registros de llamadas y mensajes de su teléfono, y me he encontrado con esto.

—¡Eres un genio! —festejó dando varias palmadas—. ¿Qué tienes que decir al respecto?

Carolina o Alepo64 menguó varios centímetros ante la mirada dura y fría del inspector. Aunque nunca llegó a responder ese mensaje, había mentido en su relación con Mario. Es cierto que nunca llegaron a intimar, ni tampoco a verse en persona, pero su relación había superado desde hacía tiempo la barrera de la ética *gamer* de la que ella

tanto presumía.

—Espera, espera, que hay más —el informático señaló la pantalla excitado. Si algo le encantaba de su trabajo era encontrar petróleo de donde parecía haber solo deposiciones—. En el último mes has recibido diez mensajes de Mario en los que te informaba de un cambio de número.

—Pensaba que no era importante —su voz había perdido la seguridad y ahora sonaba dócil e imprecisa—. Es cierto que hablábamos con bastante frecuencia, pe-pero no tenía ni idea de su doble vida.

—¿Tan inteligente que pareces y no te extrañó que cada dos días te pidiera que registrases un número nuevo y borraras el anterior?

—Me dijo que su madre tenía problemas de liquidez y el banco los estaba ahogando. No pregunté más.

—Pero eso es absurdo —añadió el agente Ramírez—. ¿Cómo iba a tener constancia el banco de cada uno de sus nuevos números?

Carolina se encogió de hombros. Por primera vez en aquel combate había recibido un golpe, un golpe que la había dejado contra las cuerdas y sin margen de reacción. Ahora sus oponentes únicamente debían seguir golpeando hasta noquearla.

—¡Llámalo! —gritó el inspector.

—¿Cómo dices?

—Que llames al último teléfono ahora.

—Hace tiempo que no hablo con él —replicó, a sabiendas de que no serviría de nada.

—¡Ahora!

El bramido del inspector se escuchó hasta en la parte más alejada de la comisaría. Carolina, con las manos temblorosas, cogió su móvil —que se encontraba encima de la mesa al lado del ordenador portátil que el informático había utilizado para rastrearla— y obedeció.

—Hola Mario, soy Alepo64.

Al escuchar la dulce voz de su amiga, Mario sintió una macedonia de sentimientos encontrados. Alegría, por haber recibido la llamada de su amiga Alepo64 y confirmar así que no era el único que sentía algo más que un vínculo competitivo. Y tristeza, por estar exiliado sin poder comunicarse y seguir avivando ese fuego que estaba empezando a prender. Aunque ella en el interrogatorio había respondido con una sinceridad más que creíble, lo cierto era que no eran meramente compañeros de equipo.

—Carolina —respondió con una sonrisa extensa—. Al fin te has atrevido a llamarme.

La joven *gamer*, junto al inspector Hidalgo, el agente Ramírez y el informático del CNI, estaban de pie con las manos apoyadas en la mesa del despacho. El

manos libres estaba conectado y todos podían oír la voz del fugitivo.

—Responde —dibujaron los labios del inspector sin emitir sonido alguno.

El informático conectó un cable en la salida del auricular y levantó el pulgar. Un instante después su ordenador señaló un punto en el mapa. Este lo amplió mostrando que la llamada se había descolgado en algún lugar de Alcalá de Henares.

—Hace días que no hablamos y me gustaría saber si estás bien.

—La verdad es que estoy pasando una mala racha. Mi madre me ha echado de casa y estoy en casa de un amigo.

En casa de la señora María, su nieto comenzó a hacer aspavientos y a gritar para que su amigo colgara. Este, lejos de finalizar, se atrincheró en el cuarto de baño y cerró el pestillo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó al escuchar el forcejeo—. ¿Qué es todo ese ruido?

—Nada, no es nada. Va todo bien.

—Mario, sea lo que sea puedes contármelo. ¿Por qué te ha echado tu madre de casa?

—En realidad no me ha echado, me he ido yo. No me quedaba otra opción, no, no había otra. Carolina, esto… —tartamudeó— esto… estoy metido en un buen lío. En un lío enorme.

—Cuéntame qué ha pasado por favor. Me estás asustando.

—Escuchar tu voz es lo más bonito que me ha pasado en días. Estoy metido en la mierda, pero sé que tú me ayudarás. Sé que lo harás.

La joven tenía los ojos vidriosos. Aquella conversación había destapado el paradero de su amigo pero, ¿qué más podía hacer? Seguir encubriéndolo la haría cómplice y eso desencadenaría una serie de acontecimientos fatales para su futuro y el de su familia. En su balanza mental, Mario era un peso insignificante que, aunque le doliera, no tenía ninguna posibilidad de vencer al lado contrario.

—¿Qué puedo hacer por ti?

—¿Crees que podrías alojarme en tu casa por un tiempo? Ya sé que es pequeña y el gato duerme en el sofá, pero me conformaría con echarme en el suelo. De verdad, serán solo unos días.

—Dile que sí —musitó el inspector.

—Pues… —dudó— …la casa es diminuta y meterte en ella rompería los principios básicos que siempre he defendido de los *gamers*. No creo que sea una buena idea.

El inspector presionó con fuerza la muñeca de la joven y esta hizo un grito ahogado.

—Lo tenemos localizado con exactitud —bisbiseó el informático.

—Dile que sí —repitió Hidalgo.

Al otro lado de la línea, comenzó a escucharse una serie de golpes. Héctor estaba aporreando la puerta con la intención de arrebatarle el teléfono a su jefe. El martilleo asustó a los allí presentes.

—¿Qué es ese ruido? —preguntó Carolina.

—Nada. ¿Me ayudarás?

—Sí.

—Gracias, te llamaré en breve. Te quiero.

Cuando la puerta del baño se abrió, la conversación había finalizado. Héctor y Mario se enzarzaron en una discusión que a punto estuvo de llegar a las manos si no habría sido por la intervención de la anciana.

En la comisaría, Carolina estaba totalmente rota de dolor. Había traicionado al único hombre que le había mostrado interés en toda su vida. En contrapartida, el inspector Hidalgo y su lazarillo estaban pletóricos y con la esperanza de atrapar a su presa en las próximas horas.

CAPÍTULO 25

El silencio y la amargura se habían adueñado de la habitación cuatrocientos uno del hotel Luz de Luna. Habían pasado más de veinte horas desde que Yago entrase por la puerta y se dejara caer literalmente sobre la cama. La noche se convirtió en día, y la claridad nuevamente en oscuridad. El inquilino había permanecido inmóvil con los ojos abiertos todo el tiempo. Lamentándose e intentando buscar respuestas a sus pensamientos. No entendía qué había pasado, ni por qué había matado a Ivana, la exuberante prostituta que tanto le atrajo desde un primer momento.

—¿Por qué lo hice? —gritó sin apenas fuerzas.

El objetivo de Kratos se había cumplido sobradamente, un nuevo jugador había caído en sus garras. Ahora, solo tenía que seguir imbuyendo su fatídico propósito hasta terminar con él. El mensaje que tanto ansiaba fue recibido con las pocas fuerzas que lo sustentaban.

Día 8. La penitencia

Ahora que conoces el sabor de la muerte deberías plantearte si aquello que has hecho es lo correcto o no. Sentirás amargura si la ves con los ojos ciegos, aquellos que solo ven una chica joven y con oportunidades. Si los abres, no tendrás esa percepción de ella. Ivana no era más que una prostituta oportunista que se dedicaba a desplumar y engañar a todo tipo de hombres. Primero los drogaba y luego los desangraba. ¿Por qué crees que no bebió ni tomó nada de lo que le ofreciste? Necesitaba estar serena para el engaño. Ella era mala, más mala que el diablo, por eso acabaste con ella. Los días anteriores te quitaron la venda y aprendiste a usarlos. No te culpes por lo que has hecho, deberías felicitarte.

Falta una hora para que finalice el octavo día. Llevas muchas horas lamentándote pero, ¿realmente estás arrepentido? Te propongo un juego, debajo de la cama hay un cúter. Hasta que recibas el nuevo mensaje a las doce de la noche, por cada vez que pienses en la muerte de Ivana te harás un corte en el brazo, solo así recibirás en tu piel el castigo que crees que mereces y saldarás la deuda contigo mismo. Si no aparece en tus pensamientos, no tendrás marca alguna.

La penitencia es la única llave hacia la paz interior.

Kratos.

Cuando leyó la última línea estaba totalmente empapado. Consultó el reloj y observó que eran las once y cuatro de la noche. Faltaban cincuenta y seis minutos para cambiar de día y quería ocupar su mente con algún pasatiempo para no tener que pensar en Ivana y, en contrapartida, pagar la dolorosa penitencia.

Como un resorte, saltó de la cama y se lanzó al suelo. Tal como le había informado Kratos, un cúter con el mango de color naranja lo esperaba bajo sus sábanas junto a unos calcetines y varias bolas de polvo. El tacto del arma era áspero y frío. Aunque a primera vista estaba sin estrenar, lo examinó a conciencia en busca de alguna marca que detonara lo contrario.

—Se lo merecía —dijo con desprecio, todavía arrodillado a los pies de la cama—. Solo era una prostituta oportunista. Seguro que intentó robarme y me di cuenta. Se pensó que era como uno de esos abuelos cascarrabias con los que solía acostarse, pero no. Le salió el tiro por detrás. Menuda puta.

Hablar en alto le levantó el ánimo. Tanto que pensó que debía beber algo. La nevera le dio lo que necesitaba. Una cerveza al punto de frescura que descendió por su garganta como el mejor de los manjares. Eructó y se quedó mirando fijamente la tele. Estaba apagada, pero algo llamó su atención. El vago reflejo que recibió fue suficiente para verse en él, desnudo y todavía manchado con la sangre de Ivana.

—Joder, joder, joder. Era tan joven y guapa. ¡Mierda! —gritó, consciente del pensamiento negativo que había provocado—. No, no ha sido…

Yago miraba al techo como si Kratos lo estuviera vigilando Convencido de que sus actos estaban siendo presenciados y creando una conversación tan racional como absurda. Puesto que allí estaba él solo.

—Lo sé. La he cagado, debo pagar el castigo.

Su mano derecha empuñó el arma con dudosa destreza. El tembleque, unido a su falta de práctica, hizo que la incisión fuera más extensa de lo previsto. Su antebrazo izquierdo comenzó a sangrar al instante tiñendo las sábanas de color carmesí. Yago se fue al baño y cubrió la extremidad con la toalla de manos. La penitencia le resultó más satisfactoria de lo esperado. Lejos de sentirse mal, su cuerpo reaccionó segregando cientos de endorfinas que lo hicieron sonreír.

—Tenías razón. Ahora estoy muchísimo mejor.

El cuerpo que el espejo mostraba distaba mucho al de varias semanas atrás. Sus ojos estaban hinchados y rodeados por unas ojeras

vistosas, la barba seguía su avance irrefrenable como la maleza lo hace en un descampado abandonado. Había perdido tres o cuatro kilos marcando todavía más sus costillas. En ocho días, se había transformado en un ente con huesos de semblante infausto.

—Joder, esta cerveza me está abriendo el apetito. ¿Dónde está esa caja que me regalaste?

Nuevamente miró al techo. Salió del cuarto de baño y encontró su petición en la mesilla de noche. Ricardo, antes de marcharse, la dispuso ahí estratégicamente. Después de varios jugadores con un perfil idéntico, eran tan predecibles sus reacciones que Kratos se anticipaba a sus exigencias. Al abrirla, observó que las especias —como así las llamaba él—, se habían reducido a la mitad.

—Jefe, creo que pronto deberás reponer esto.

Yago abrió una nueva cerveza y volvió a sentarse en la cama. La herida seguía emanando sangre. Al verla pensó el motivo que lo había llevado a abrir su cuerpo con la cuchilla.

—Ivana —suspiró.

Con la mirada perdida en sus pensamientos, hundió nuevamente la herramienta de corte en su espalda. Volvió a sonreír y dio otro trago a la bebida.

—¡Qué fresca está!

Esa vez ni se molestó en ir al baño a limpiarse. Consultó el reloj y vio que marcaba las once y siete. En tres minutos había castigado su cuerpo dos veces, pero no parecía importarle. Su mente había asimilado que debía soportar la tortura para dejar salir los pensamientos negativos y continuar avanzando.

Cuando inició la aventura, nunca imaginó que llegaría tan lejos. Ahora, totalmente sumergido en ella, solo deseaba cumplir los cinco días restantes y llegar al abismo prometido. Ese que le llevaría al nivel más alto. ¡Al Nirvana!

CAPÍTULO 26

Eran las doce de la noche y el pub Yellow Hood estaba comenzando a recibir sus primeras visitas. Personas de todo tipo que entraban y salían a los pocos minutos con la fiesta metida en la cartera. Uno de tantos locales tapadera que la policía seguía de cerca. Cuatro veces había sido registrado en los últimos años y su actividad seguía tan viva como el primer día.

Los dos taburetes que custodiaban la entrada en aquel momento estaban vacíos. El agente Ramírez tomó la delantera, abrió la primera puerta y, a continuación, la contrapuerta. El inspector Hidalgo fue el primero en entrar. El lugar era estrecho, alargado y plagado de luces de colores. La barra cubría toda la extensión del local. Tras ella, dos mujeres que no debían superar los veinte.

Al aproximarse, los cinco supuestos clientes y las dos camareras parecieron inquietarse. Uno de ellos hizo intención de marcharse, pero el inspector interrumpió la fuga.

—¿Adónde crees que vas?

—Es tarde, tengo que irme a casa.

—Vacía tus bolsillos en la barra.

Este dudó por un instante, miró hacia el grupo y solo uno de ellos asintió levemente con la cabeza. Los demás permanecían cabizbajos. Una de las camareras cogió su bolso.

—¡No te muevas! —gritó Ramírez.

Los bolsillos de aquel adolescente asustado se vaciaron mostrando unas llaves, un paquete de tabaco, una bolsa con varias dosis de cocaína y una tarjeta de puntos desgastada de una gasolinera.

—¿Lo has cogido aquí? —preguntó el inspector incapaz de contenerse. Sabía que ese era otro tema, pero aprovechó el momento para confirmar sus conjeturas.

—Sí —respondió en voz calma.

—Recoge tus cosas y márchate. Vosotros —señaló a lo demás—, salid de aquí.

El inspector cogió la dosis de cocaína y vertió su interior en el retrete. Mientras tanto, su compañero comprobó que no quedaba nadie en el local y bajó la persiana casi hasta el suelo. Las camareras no se movieron una migaja. Los dos misteriosos hombres no se habían presentado y ninguna de ellas sabía cuál iba a ser la siguiente escena

de aquella película que estaban presenciando.

—¿Dónde está Ricardo? —preguntó Hidalgo.

—Hace mucho que no viene por aquí —respondió una de ellas, con el cabello casi rapado.

—Define mucho.

—Pues… —miró a su compañera— …unos quince o veinte días, ¿no, Sara?

—No lo sé. Me gustaría saber quiénes sois vosotros. Estoy un poco asustada.

—Somos policías. Estamos investigando una serie de…

El agente Ramírez detuvo la réplica al sentir el olor a tabaco golpear su faz. Miró a su derecha y observó cómo la mirada del inspector Hidalgo lo estaba desmenuzando. Aunque le había insistido una y otra vez la importancia de no aportar más datos de los necesarios, él seguía sin controlar su instinto de lanzarse a la conquista de cualquier mujer u hombre que se cruzase en su camino.

—¿Podéis llamarlo?

—Si es por el asunto de la droga, nosotros no tenemos nada que ver. Nos limitamos a servirla como si fuera una copa más —dijo Sara.

—No estamos aquí por eso, pero si vosotras sois las que facilitáis la venta sois cómplices del delito. Mi consejo es que dejéis este trabajo si no queréis tener problemas con la justicia.

Las palabras del inspector rebajaron un punto de dureza. En el fondo sabía que esas dos jovencitas estaban ahí para costearse los estudios o pagarse los caprichos. Por su apariencia, no parecía que ninguna de las dos hubiese siquiera coqueteado con aquello que despachaban.

—¿Tenéis el teléfono de Ricardo?

Ambas negaron a la vez.

De pronto, un fuerte trastazo resonó en el exterior del local. Alguien había levantado la puerta metálica. Los dos policías se escondieron tras la barra y desenfundaron sus armas.

—¿Qué coño está pasando aquí? ¿Por qué está la puerta de mi bar cerrada?

El inspector reconoció la voz de Ricardo e hizo un gesto a su compañero. Este recorrió la barra por la parte interior agazapado y se preparó para salir por la parte más alejada de la puerta, justo donde se encontraban los baños.

—¡Policía!

La sonrisa de Ricardo se prolongó en el tiempo al observarlos cómo se descubrían empuñando las pistolas en alto. Lejos de asustarse o salir huyendo, se sentó en un taburete y guiñó un ojo a la camarera de pelo corto. Ella, como de costumbre, apartó la mirada. Su carácter, altivo y desafiante, las incomodaba tanto como su aliento. Su posición de jefe le permitía, según su criterio, acariciar las nalgas de sus empleadas cuando considerara menester.

—¡Levántate he dicho!

Gritó por tercera vez el inspector con la cara completamente barnizada y su barbilla oscilando levemente de un lado a otro. Desenvainar la pistola era algo poco habitual en los tiempos que corrían y esa falta de costumbre lo había llevado a sentirse como un bisoño, de los que pueden cometer errores. En su posición, cualquier error lo mandaría a la jubilación en el mejor de los casos.

—¡Qué sorpresa! Pero si es mi gran amigo el galgo. ¿A qué se debe tan inesperada visita? —preguntó con la serenidad de un psicópata.

—¿Qué relación tienes con esta persona?

El inspector dio una señal a su ayudante y este caminó hacia él sin dejar de apuntar con el metal al individuo. Ya con la posición asegurada, se echó mano al bolsillo y cogió el papel. Ricardo lo examinó y comenzó a reírse.

—¿Todo esto es por Kratos?

Más risas.

—Rubia, ponme un *whisky* doble.

—Me ha confesado que ha estado aquí en varias ocasiones, ¿para qué?

—Para jugar a las canicas.

La camarera depositó la petición de su jefe sobre la barra y, antes de que pudiera alcanzarlo, el agente Ramírez se adelantó y lo lanzó al suelo. Ricardo lo miró con dureza y asintió varias veces.

—Veo que cada vez traes a los niños más preparados. Has tirado al suelo una copa de *Ardbeg*. Seguro que tú sí que sabes valorarlo. Ponle al inspector una copa también.

—No me gustaría tener que llevarte engrilletado, pero no me lo estás poniendo nada fácil. ¿Qué asuntos teníais entre manos? —preguntó Hidalgo.

—Kratos me daba la información de sus clientes y yo seguía las

pautas con cada uno de ellos. Yo recibía tres mil euros por hacer de taxista durante cinco o seis días y luego desaparecía.

—¿Dónde los llevabas?

—Pubs, puticlubs, salas de juego, drogas y desfase en general. Nada más.

—Nada más —repitió el inspector con una sonrisa sardónica—. Nada más. ¿Sabes que Kratos es el creador del juego por el cual ya han muerto cinco personas?

Sus puños impactaron en la barra descargando toda la rabia contenida. La cara del interrogado empalideció súbitamente.

—¿Qué dices? Eso no es posible. Si parecía una mosquita muerta.

—Lo que oyes —añadió el agente Ramírez sin dejar de apuntar con el arma su cabeza.

—Yo no sabía nada de eso. Me los presentaba como, como, co-como simples empresarios.

—¿Empresarios? Todas esas personas a las que acompañaste están muertas.

El agente Ramírez lo miraba con la firmeza propia de un veterano. Al contrario que su superior, él sí se sentía seguro con la pistola entre sus manos. Su quietud le había permitido ser uno de los mejores acertantes de su promoción. Por su mente pasó en aquel momento la descabellada idea de matarlo. De agujerearle el cráneo y luego llevarlo al crematorio de su amigo Javi. No habían sido pocas las veces que, en Ávila, algunos de sus superiores bromeaban con lo fácil que podía ser para un policía deshacerse de un cadáver. Ahora que lo tenía tan cerca, estuvo tentado de apretar el gatillo.

—Baja el arma —ordenó Hidalgo, al captar la tensión de su compañero—. No es necesario, de momento está colaborando.

Ricardo suspiró y maldijo no haber cogido la suya. De ser así, quizá ahora estaría huyendo a toda prisa por las calles de Madrid. No era la primera vez que aquel policía de aire funesto visitaba su casa, y eso no le gustaba nada. En aquel momento, la única vía posible era responder con la mayor exactitud posible.

—Has estado colaborando con el presunto cerebro de una trama criminal y eso no te va a eximir tu responsabilidad pero, si nos ayudas a frenar esto, el juez podrá ser benevolente contigo.

—¿Qué? ¿Me juzgarán por hacer de taxista?

—¿A cuántas personas has acompañado los últimos días?

—Uno, Enrique, un pardillo muy vicioso. Cada pocos días empezaba un nuevo encargo. Hoy, de hecho, he quedado con Kratos.

—¡Mientes! Kratos está detenido.

—¿Entonces? ¿Para qué me queréis a mí?

El interrogado se echó la mano al bolsillo de la camisa, sacó un paquete de cigarrillos y rompió el lacre que sellaba el cierre, les ofreció y el inspector lo aceptó.

—No quiere colaborar.

El inspector Hidalgo dio una calada majestuosa y se tragó el humo. La nicotina recorrió su organismo hasta reactivarlo.

—Queremos encontrar a ese tal Enrique y salvarle la vida. ¿Dónde está?

—No lo sé —mintió—. Cuando me fui del pub estaba bastante ocupado con una búlgara. Prostituta, claro.

Las dos camareras permanecían inmóviles ante tan atípica situación. Ninguna de ellas pensó al despertarse que su día iba a terminar de aquella manera.

—¿Qué pub?

—Bufff. No lo recuerdo.

—¿Nos estás tomando por gilipollas?

El agente Ramírez, todavía con la mente ocupada pensando en disparar, lo encañonó nuevamente. Este levantó los brazos y, en sus ojos, por primera vez pudo olerse el miedo.

—No dispares.

—Me has dado una idea —dijo mirando a su compañero.

El inspector Hidalgo rodeó la barra y se aproximó hacia Ricardo con los grilletes en la mano. Este, tras sopesar sus limitadas opciones, decidió no resistirse.

—Ya que no recuerdas el nombre del pub —cosa muy típica en una persona como tú—, he pensado que lo mejor será que nos acompañes.

CAPÍTULO 27

Una mosca sobrevolaba su particular universo cuando sintió una gigantesca sombra acercarse. Viró a su izquierda, luego a su derecha y continuó su avance implacable. Había olfateado unos alimentos y, ahora que se encontraba tan cerca, comenzaba a sentir las viandas atravesar su minúsculo organismo. Finalmente, aterrizó en un plato de carne cruda y se lanzó a devorar su festín.

La señora María, que se había recorrido media casa tras ella, cogió el matamoscas y se detuvo unos segundos a estudiar la presa. Alzó la mano y golpeó el plato con firmeza. Este, después de varias sacudidas, terminó en el suelo convirtiéndose en mil pedazos.

Esa situación no hizo más que elevar la tensión reinante. Su nieto y el acompañante habían discutido duramente tras la conversación con Alepo64.

—¿Está bien? —preguntó Mario.

—No, no estoy bien. ¿Por qué habéis tenido que enfadaros?

La anciana barrió los rastros del proyecto de comida que tenía preparado en el mármol y los lanzó al cubo de basura con tristeza. Había comprado esa misma mañana tres piezas de entrecot en la carnicería de la esquina con la idea de satisfacer a sus invitados. Un gasto que, con su precaria pensión de apenas cuatrocientos euros, suponía todo un lujo.

—No se preocupe. Yo bajaré a por más.

—¿De verdad? Esta carne me ha costado un ojo de la cara.

—Seguramente hoy será la última noche que pase en su casa y me gustaría que nos diéramos un homenaje. ¿Qué le apetece cenar? No tenga pena en pedirme lo que quiera. Ha sido muy hospitalaria conmigo y me gustaría agradecerle el gesto.

—No, no te preocupes. Me conformaría con que hicierais las paces.

—Dígame, ¿qué le apetece?

—Hace tiempo que no me como unas gambitas y un buen salmón, pero seguro que deben de estar por las nubes.

—Perfecto. No se preocupe por el precio.

Mario salió de casa y deambuló por las calles de Alcalá de Henares como un ciudadano ejemplar. De esos que llevan una vida correcta y no tienen que huir de la justicia.

La conversación con Carolina lo había hecho pensar y olvidarse de todo. Se imaginó con ella, en su casa, jugando al ordenador y viendo series de anime. Besándola cada vez que volviera de la universidad. Su idea era esperar varios años hasta que nadie lo buscara y luego irse a vivir al extranjero. Cruzar la frontera y comprarse una casa al sur de Francia. Al lado de sus primos. Cogiendo la uva en sus viñedos. Más tarde, cuando ella terminara la carrera de arquitectura, se reuniría con él. Cada vez que pensaba en ello, más perfecto le parecía aquel proyecto.

—Señor.

Cuando se dio la vuelta estuvo a punto de salir corriendo pero su valentía no era tan elevada como le hubiera gustado. Una pareja de policías lo miraba amenazante. En aquel momento sintió que su fantasía se había vaporizado.

—¡Suba encima de la acera o le tendré que denunciar!

—Lo siento.

Mario respondió con un hilo de voz y obedeció con una precisión quirúrgica. Ambos policías lo miraron, hicieron un comentario en voz calma y se marcharon. Este último detalle lo inquietó un poco. Pensó en abandonar y regresar a salvo pero, finalmente, decidió acercarse al mercado municipal. Una vez allí, hizo acopio de los víveres que necesitaba y, dando la mínima conversación a los vendedores de los puestos de carne y pescado, salió del edificio.

La señora María estaba asomada por la ventana y lo vio avanzar con ligereza desde la lejanía. Cada varios pasos se daba la vuelta y echaba un vistazo. La manía persecutoria perpetua que lo acompañaría el resto de sus días se había acentuado.

—Menuda cara traes —dijo la anciana al recibirlo.

—Hace mucho calor.

—La verdad que sí. Venga, tómate algo fresco.

Mario entró con las bolsas en la casa y las depositó en el banco de la cocina. La señora María no pudo resistirse y revisó los filetes de carne y de salmón que había comprado.

—Vaya pinta tiene todo esto. ¿Y las gambitas? —preguntó con dulzura.

—Creo que están abajo del todo. Ha sido lo primero que ha guardado la pescadera, así que, a no ser que se hayan movido, deben estar debajo.

—Ah, sí —sonrió, moviendo las decenas de ondulaciones

maravillosas que dibujaban su imagen—. ¡Qué grandes son!

—¿La ayudo a preparar la comida?

—No, no. En la cocina y en la cama, cuanta menos gente mejor.

—Debe de estar cansada, quizá debería…

—¡No! Si quieres hacerme feliz, habla con mi nieto y solucionad vuestras diferencias.

Mario obedeció sin objetar nada, cosa rara en él ya que lo hacía siempre. Su madre le decía que nació replicando, puesto que desde el primer día parecía balbucear cada vez que alguien le hacía una carantoña. Con el tiempo, ese balbuceo se convirtió en habla y, más adelante, sobre todo tras la desaparición de su hermano, en gritos y agresividad.

—No deberías haber cogido el teléfono —dijo Héctor en un tono pausado y casi somnoliento. La última calada lo había dejado noqueado.

—Necesitaba hacerlo. Eres tú quien no ha respetado mis normas.

Mario se sentó a su lado e intentó utilizar un tono más sosegado.

—Nos estamos jugando la libertad, creo que es normal que me enfade. No me gustaría volver a Alcalá Meco —respondió Héctor.

—No vas a volver allí, pero joder, aquí el jefe soy yo. A ti y al resto, os he pagado religiosamente cada uno de los encargos. Dentro de un tiempo volveremos a retomar este asunto, ahora debemos o, mejor dicho, debo esconderme. Esa, esa, esa chica, tío, es-es —seseó —, es la única persona que se ha interesado por ayudarme.

—Ves —gritó—, yo para ti siempre he sido una mierda. Te he abierto las puertas de mi casa, bueno, la de mi abuela, y mi ayuda no cuesta.

—Te agradezco mu…

—¡Una mierda! —gritó todavía más.

—No, Héctor, no —intervino la anciana preocupada—. En mi casa no voy a tolerar ni un insulto más. Este chico desde el primer momento me ha mostrado educación y, si por el único motivo que lo estás machacando es por la conversación que ha tenido con su novia, amiga o lo que Dios quiera que sea, quiere decir que nunca has estado enamorado.

Un silencio incómodo se prolongó durante varios segundos. La anciana, tras escuchar un chasquido en la cocina, se fue a comprobar qué había ocurrido.

—Mi abuela tiene razón. Quizá me ha molestado tanto porque nunca me ha querido nadie.

—Lo siento, tío, te aprecio mucho y no debería haber dicho que la única que me ha prestado ayuda ha sido ella.

Héctor se levantó y lanzó su mano, su amigo la estrechó enérgicamente. Ambos firmaron la paz haciendo señales de humo con marihuana.

—Hoy será la última noche que dormiré aquí. Mañana, cuando te levantes, seguramente estaré con Carolina. Este dinero —mostró un sobre con varios miles de euros en su interior—, quiero que lo utilices en hacer feliz a tu abuela. Quiero que me lo prometas.

—Lo haré.

Su amigo respondió con una sinceridad fingida. Nada más acariciar aquellos billetes, por su mente pasaron cientos de caprichos en los que su abuela no figuraba en ninguno de ellos. Solo un día después de la marcha de Mario, aquel montante fue gastado íntegramente en una motocicleta de tercera mano.

CAPÍTULO 28

Día 9. La mirada del egoísmo

Las nuevas marcas que dibujan tu cuerpo son rasguños efímeros comparados a las grandes heridas de nuestro sistema. El mismo sistema que nos ha dañado y contagiado de dolor y envidia. De rabia y falsedad cercana que nos humilla y lanza a la lona sin contemplaciones. Un sistema totalmente estructurado para hacer de nosotros meros peones sin oportunidad de progresar. ¡Mediocres! Algunos progresan sí, pero, ¿cuál es el coste que deben pagar?

Para el día de hoy te propongo que camines por los principales lugares de interés de Madrid. Escucha a sus gentes y huele sus calles. No cojas el teléfono, simplemente, déjate llevar…

Los granos minúsculos de arena juntos no son nada, pero unidos son capaces de crear el mayor de los ejércitos.

Kratos.

Cuando el reloj de Yago señaló la medianoche, su cuerpo había sido dañado un total de treinta y siete veces. La sangre corría por su pecho, espalda y extremidades a toda prisa hasta ser absorbida por las sábanas. Fuera por las cervezas, por las drogas que había consumido o por la pérdida de plasma, lo cierto es que estaba tan mareado que no pudo ni sanar las laceraciones.

Habían pasado cerca de once horas cuando despertó, todavía se sentía ingrávido cuando puso el primer pie en el suelo. Las vestiduras de la cama fueron arrastradas tras él, pegadas por la tinta que su mismo cuerpo había expulsado. A pesar de todo estaba contento. Aquellas marcas, como así le había dictado Kratos, habían compensado el asesinato de la prostituta búlgara en la cueva. Ahora estaba en paz consigo mismo.

Media hora después de abrir sus párpados, enjuagar su piel hasta dejar de sangrar y engalanarse en unos vaqueros claros y una camisa negra, salió al exterior de su trinchera. Su cabello lucía brillante y portentoso. El agua fría, y sobre todo Morfeo, habían mejorado su aspecto hasta prácticamente reiniciarlo.

—Buenos días, Enrique. ¡Qué elegante!

Aina extendió su sonrisa hasta golpear los pómulos. Agrupó algunas reservas en una montonera y entrelazó sus manos sobre el

mostrador. Aquella mañana un jersey de cuello alto ocultaba sus atributos para lamento de sus clientes.

— Buenos días —respondió Yago con alegría—. ¿Qué tal estás?

—La verdad es que muy bien, ¿y tú?

—También.

—¿Hoy no viene a recogerte el chófer?

—¿Quién? —preguntó extrañado.

—El de la gorra.

—Ah —sonrío—. No, no creo que venga más por aquí.

—Mejor, la verdad es que no me transmitía confianza.

—Ricardo es un poco serio.

—Yo creo que es el típico que va con ese semblante oscuro para parecer un mafioso, pero no deja de ser un estúpido.

—No podrías haberlo definido mejor.

Ambos se rieron hasta que Yago se encogió al sentir el castigo de los estigmas que él mismo se había provocado a lo largo y ancho de su cuerpo.

—¿Qué te ocurre?

—Debo de haber dormido en una mala postura, tengo el costado fatal.

—Déjame que vea.

La recepcionista salió del mostrador y se acercó a él con su particular balanceo de caderas a lomos de unos tacones rojos.

—No, no es necesario —dijo Yago retrocediendo.

—Venga va, quítate la camisa. Cuando tenía tu edad estuve trabajando unos años en un quiromasajista. Quizá se te haya montado algún tendón.

—No, de verdad.

El sudor y la sangre se mezclaron en una combinación dolorosa difícil de camuflar. Aina, lejos de amilanarse, se tomó aquello como un juego.

—Te has pasado toda la semana mirándome con deseo y lanzándome piropos cuando llegabas moribundo por las mañanas, ¿y ahora tienes vergüenza de quitarte la camisa para que te haga un masaje?

—Por favor —suplicó juntando las palmas de sus manos ante el

avance de la recepcionista—. ¡Déjame en paz! —gritó, con el timbre más elevado del que pretendía.

—De acuerdo —dijo Aina arrugando los labios. Y con el mismo contoneo volvió a atrincherarse tras el mostrador.

Yago salió del hotel con presteza, subió a un taxi y pensó durante gran parte del trayecto lo cerca que había estado de descubrir su cuerpo a la recepcionista. Su pulso tan pronto estaba en el brazo como en la espalda. Las incisiones sangraban levemente, pero sangraban. La camisa negra que había utilizado para ocultarlas se estaba oscureciendo por franjas.

Cuando el transporte se detuvo, estaba en medio de la Gran Vía. Se acercaba la hora del vermú y aquella arteria de Madrid estaba tan concurrida que le costaba abrirse paso entre la marabunta de viandantes. El semáforo de peatones marcó el verde obligándole a apretar el paso. Ya en el otro extremo, se lanzó por la calle Montera con la misma densidad de personas. Varias prostitutas de color lo abordaron a escasos metros de un policía al que no parecía importante su presencia. Aquello se había normalizado tanto como el respirar, o como los asalariados de los decenas de locales de los *compro oro*.

—Tengo prisa —repitió por segunda vez.

—La do po cuarenta euro —dijo con dificultades una de las muchachas que no debía superar los dieciocho inviernos.

Yago consiguió zafarse de ellas y continuó avanzando hacia su objetivo. Alzó la vista y observó a la gente. La mayoría de viandantes que se cruzaba en su camino caminaban cabizbajos absorbidos por sus teléfonos ajenos al mundo: una mujer apuesta y con semblante jovial empujaba a un anciano en silla de ruedas, un chico cogido de la mano de su novia lanzaba miradas furtivas a todas las mujeres que cruzaban su particular frontera visual, un joven pedía dinero mostrando una receta médica, un perro famélico arrastrado por su dueño al que no le importaba dejar los excrementos en el suelo a escasos metros de un barrendero. A pesar de estar en la edad de la tecnología y los avances, el ser humano todavía seguía comportándose del mismo modo primitivo que los primeros pobladores.

Finalmente llegó a la puerta del Sol. El primer lugar que había decidido visitar en busca de su objetivo diario: escucha a la sociedad. Se acercó hasta la escultura del oso y el madroño donde se arremolinaban docenas de personas. Un guía que levantaba un cartel en el que se podía leer *free tour* era escuchado por todos.

—¿Veis este fabuloso cartel del Tío Pepe? —lo señaló—. Uno de los símbolos de nuestra ciudad que fue cambiado de ubicación por

dinero. Sí, la llegada de la compañía de la manzana a la capital obligó a los propietarios del edificio a retirarlo. Unos años después fue reubicado en el número once, en la esquina de Preciados y frente a la Casa de Correos. ¿Qué os parece?

—El dinero manda —dijo uno de los oyentes con acento argentino.

—Desgraciadamente es así, pero emblemas como este son los que han dado personalidad a esta plaza. ¿Qué ocurriría si llegara una marca y decidiera eliminar la placa del kilómetro cero que tanto os gusta fotografiar?

—Si hace un buen desembolso, nada —respondió el mismo sujeto. El guía negó con la cabeza— La plata maneja el mundo, ¿vos creés que hubiera podido venir a España sin ella?

—El dinero es importante, pero nuestros principios creo que deberían estar por encima. No todo tiene un precio.

—Creeme, boludo, todo tiene un precio —dijo, mirando a su esposa.

Aquello provocó un murmullo generalizado. Yago, desde la distancia, lo miró con desprecio. Le dieron ganas de patearle la cabeza por tal humillación pública. Ninguno de los presentes salió en defensa de la sonrojada mujer.

—¿Sabéis qué significan los símbolos del oso y el madroño de esta escultura?

Yago, al que le hervía la sangre, decidió alejarse de aquel círculo y entrar en la tienda de la manzana. Como si regalasen sus productos, cientos de personas esperaban pacientes a adquirir el nuevo modelo. Un objeto de lujo por el que ya se pagaban más de mil euros. Como un comprador más, anduvo hasta el final de la ringlera.

—Tía, ¿cómo vas a pagarlo? —preguntaba una adolescente atacada por el acné a su amiga.

—Ya le he dicho al casero que este mes no podré pagar el alquiler. Lo primero es lo primero.

—Joder, pero si decías que no tenías dinero ni para comer, ¿qué vas a hacer?

—Lo tengo todo pensando. Estaré unas semanas o meses comiendo pasta, que es barata, y luego, cuando me recupere, ya podré seguir con mi vida.

—¿Te compensa?

—Joder, tía, pareces mi madre. Claro que me compensa. Sabes lo

que voy a vacilar en la uni.

—Tienes razón. Eso lo compensa todo.

La ironía pasó por alto y ambas quedaron en silencio sonrientes. Esperando el turno para adquirir esa joya tecnológica que tanto necesitaban para respirar o seguir viviendo. No importaba tener que pasar penurias, lo importante era estar a la última moda para ser aceptado por la sociedad. Valía la pena el sacrificio, o al menos, eso pensaban la hilera de personas que iban a financiar ese objeto de lujo cada vez menos exclusivo ante la mezquindad humana.

Yago observó los diferentes perfiles que formaban la hilera. Desde adolescentes caprichosos acompañados por sus padres o abuelos, hombres trajeados con aparente poder, trabajadores del sector servicios enfundados en sus uniformes reflectantes, hasta estudiantes con trabajos precarios.

—Disculpa que te moleste… —dijo dirigiéndose a la joven que había prestado oídos furtivamente.

—¿Qué pasa? —respondió ella en tono cortante.

—No he podido evitar escucharos, y me ha llamado la atención que hayas dicho que vas a dejar de pagar el alquiler para comprar el teléfono.

Las dos amigas se miraron con cara de incredulidad.

—¿Y a ti que te importa imbécil?

La joven disparó sus palabras a propósito. La muchedumbre que se agolpaba alrededor de los mostradores se volteó para mirar la escena.

—Nada, simplemente opino que es una mala decisión.

—¿Me conoces de algo para juzgar mis actos o decisiones? —preguntó sin reducir un ápice el tono.

Un vigilante de seguridad que se encontraba en la puerta cogió a Yago del brazo y este salió del local sin hacer ninguna observación más.

Ya en la plaza, observó a los hombres que se camuflaban bajo disfraces infantiles. Se preguntó el motivo por el cual habían terminado así. Uno de ellos se acercó hasta él.

—Hola.

—Hola. Me he percatado que nos estás mirando demasiado y me estoy rayando. ¿Quieres una fotografía o estás buscando problemas? —preguntó al descubrir su rostro bajo el disfraz de Pocoyó.

Por su acento y apariencia parecía mejicano. Tenía tatuada una cruz en el pómulo izquierdo y una cicatriz en la barbilla que se perdía cuello abajo.

—No, para nada —respondió nervioso—. Solo quería conversar con usted. No me gustaría tener problemas con nadie.

—¿Conversar de qué? —preguntó, frunciendo el ceño—. ¿No serás policía o algo parecido?

—No. Me interesa saber cómo habéis llegado a trabajar en un lugar como este.

—¿A qué te refieres?

—A estar aquí en la calle disfrazados.

—¿Te molesta nuestra presencia?

El otro animador, descubrió sus facciones bajo la máscara de Mickey Mouse y, sin mediar palabra, lanzó un puñetazo certero en su rostro. Yago cayó de espaldas. El hombre de la cruz tatuada se abalanzó sobre él y golpeó su cabeza hasta que su cuerpo quedó inerte. A continuación, ambos corrieron hasta desaparecer.

CAPÍTULO 29

Las luces rojizas del atardecer ocasionadas por la fusión del sol y las montañas de la sierra madrileña comenzaron a difuminarse dando la bienvenida a la noche. El frío había tomado por rehenes a sus calles. Una fina llovizna acompañada de granizo martilleaba el metal de los vehículos y farolas en una sinfonía hipnotizante.

—Me gusta la lluvia —dijo uno de los dos guardianes que custodiaba la entrada a la única discoteca de Madrid que tenía permiso no oficial para abrir las veinticuatro horas del día.

—¿De verdad? —replicó con aprensión su hermano.

Ambos estaban sentados en unos taburetes, iban enfundados en unos elegantes trajes oscuros con camisa blanca y corbata gris, tenían la cabeza afeitada y eran exageradamente corpulentos.

—A mamá también le gustaba. Recuerdo cuando vivíamos en la casa de la abuela en Brasov, podía permanecer horas mirando por la ventana.

—Aunque me lo propusiera con todas mis fuerzas, no creo que pudiera rescatar nada de mi estancia en Rumania.

—Es normal, cuando nos vinimos yo tenía siete y tú —pausó unos segundos—, si no me equivoco tres.

—De siempre nos hemos llevado cuatro años. Eso no cambia ni con la lluvia ni con los anabolizantes.

El más joven soltó una risotada y su hermano no pudo más que sonreír. Un vehículo estacionó frente a ellos y aquella conversación tan distendida llegó a su fin. Los dos hermanos se levantaron de sus aposentos y adoptaron una posición defensiva. Adelantaron levemente el pie izquierdo y cruzaron las manos sobre el bajo vientre.

—Creo que son polis —masculló el mayor.

Dentro del vehículo, el agente Ramírez, que había permanecido en la parte trasera todo el trayecto, quitó los grilletes a Ricardo y se prepararon para salir.

—Vamos a repasar una vez más el plan —la voz del inspector Hidalgo era de lo más aseverada. El tiempo seguía su avance irrefrenable y necesitaba respuestas—. Entraremos dentro y le pedirás las grabaciones de los últimos días. Si se te ocurre hacer alguna tontería, no dudaré en dispararte. Créeme, a estas alturas no tengo nada que perder —sus ojos parecían dos volcanes a punto de erupcionar.

La mente de Ricardo era como una lavadora dando vueltas a toda velocidad. Tras esa fachada de mafioso, se escondía un pobre desgraciado que había pasado toda su vida buscando la felicidad en prostíbulos y haciendo ilegalidades a cambio de su enriquecimiento. En aquel momento, se sintió como un animal a punto de ir al matadero. Sabía que entrar en ese antro supondría eliminar su coartada y descubrir que Enrique había salido del local junto a él. Aquella mentira unida a la cantidad de antecedentes que llenaban su mochila lo llevarían de vuelta a la soledad de la cárcel. A los golpes y peleas en el patio, a sobrevivir en un lugar privado de libertad, a las noches en vela intentando que su compañero de celda no se lanzase encima de él y le hiciera todo tipo de perversiones.

—No tengo nada que ocultar —respondió en un tono que transmitía todo lo contrario.

—Eso ya lo veremos.

El agente salió del vehículo, abrió un paraguas y el inspector se camufló debajo. A diferencia del portero, Hidalgo odiaba todo lo relacionado con la naturaleza. Empezó a odiarla a una temprana edad, justo a esa en la que empiezas a almacenar vivencias. Un día, mientras caminaba hacia el colegio de la mano de su abuela, un coche pasó por encima de un charco y toda su ropa quedó empapada. Aquella imagen se grabó en su mente como algo negativo.

Ricardo, tras recibir la señal acordada, siguió a los policías. La lluvia y el granizo lo alejaron por un instante de sus pesquisas.

—Buenas noches —dijo el inspector Hidalgo.

Los porteros devolvieron el saludo con educación.

—¿Conocen a este señor?

Los dos hermanos se miraron de reojo durante varios segundos.

—¿Lo conocen o no? —vociferó.

—No lo hemos visto en la vida —respondió el guardián de mayor edad.

Ricardo apretó los puños lamentando la réplica. Los dos hermanos no habían captado las señales que, desde que se había formulado la pregunta, les había lanzado a modo de guiños.

—Parece que tendremos que añadir dos más —el inspector hizo una risa sardónica y se volvió hacia su compañero.

—¿Dos más a qué? —dijo el mismo portero.

—Voy a formular nuevamente la pregunta —dijo Hidalgo intentando sosegar el tono de sus palabras.

—Sí —se adelantó el pequeño de los dos torreones que custodiaban la cueva—. Lo conocemos. Mi hermano debe de haber sufrido un lapsus.

—Es verdad —sonrió, forzadamente—. No me había fijado bien en su cara. Ahora que lo he vuelto a ver, he recordado que es cliente nuestro.

—Eso nos facilita mucho las cosas —dijo el agente Ramírez—. Por vuestro semblante, os podéis imaginar que somos policías. No venimos aquí a drogarnos ni a escuchar esa basura de música con la que recibís a vuestros parroquianos.

—¿A qué habéis venido? —respondió el mayor de los hermanos.

—Necesitamos las grabaciones de los últimos siete días.

—¿Para qué?

El tono chulesco del portero estaba comenzando a irritar al inspector. Por un momento se le cruzó por la mente la idea descabellada de reducirlos y así facilitar su colaboración. Después de examinarlos fugazmente y observar que las moles que tenían delante debían de medir cerca de dos metros y superar holgadamente los ciento treinta kilos, desestimó el pensamiento.

—Tenemos dos caminos. El fácil y el difícil. En el primero —tosió—, en el primero —tosió nuevamente—, uno de vosotros dos irá con mi compañero a vuestra garita y le descargará la información solicitada en este USB —dijo Hidalgo a los porteros mientras les mostraba un dispositivo de color azul de 128Gb—. En el segundo camino, yo, inspector jefe de la Policía Nacional de Madrid os llevaré esposados y se os juzgará por desobediencia y obstrucción.

—Acompáñale.

El hermano pequeño obedeció al punto. El agente se adentró en la cueva tras él. Cruzaron el pasillo de estalactitas y estalagmitas, y abrieron una pesada puerta que conducía a la pista de baile. En ella, apenas una docena de hombres bailaban torpemente al ritmo del martilleo.

—¡Qué locura!

Sus palabras se diluyeron en el ambiente sin llegar a ningún receptor. El coloso siguió avanzando y, justo antes de llegar a la barra de la derecha, se lanzó escaleras abajo hasta el puesto de control.

—¿Qué estás haciendo aquí? —gritó el jefe de seguridad, con su ya normalizado lenguaje.

—¡Nada de gritos!

El agente Ramírez extendió su placa sobre el rostro del vigilante y este enmudeció.

—¿Qué ocurre señor agente? —dijo con voz trémula.

—De momento, nada.

—¿Qué puedo hacer por usted?

—Necesito las grabaciones de los últimos siete días.

—Pero eso…

—Las necesito ya —dijo lanzando el dispositivo de almacenamiento.

—Para eso necesitareis una orden judicial.

—No, no necesitamos nada.

El inspector Hidalgo dio un nuevo giro de muñeca. Solo habían pasado unos segundos desde la última vez. Llevaba veintisiete minutos frente a la torre de vigilancia y estaba comenzando a impacientarse. Se echó la mano al bolsillo del pantalón y cogió su teléfono. Posteriormente, mantuvo pulsada la tecla de subir y el nombre de su compañero, de su escudero, de su lazarillo, apareció en la pantalla. Unos segundos más tarde, la voz de la operadora le informó que el número al que estaba llamando estaba apagado.

—Allí abajo no hay cobertura —dijo el portero sin tan siquiera dignarse a mirarlo.

—¡Quizá haya caído en las redes de alguna prostituta! —vociferó en tono burlón Ricardo.

—¡Cállate la puta boca! Esta vez te has metido en un buen lío. Voy a hacer todo lo que esté en mis manos para que te juzguen por encubrimiento de cada uno de los suicidios.

El teléfono emitió pitido y comenzó a sonar.

CAPÍTULO 30

La mente de Mario se llenó de pensamientos positivos al observar su imagen reflejada en el espejo del ascensor. Aquella mañana se había despertado temprano para ducharse y adecuar su aspecto para empezar con buen pie la convivencia con su amada. También había pasado por una floristería para comprar un ramo de rosas azules y una caja de bombones de chocolate. A Carolina le encantaba el chocolate, tanto o más que jugar al ordenador.

El ascensor se detuvo y, a la vez que las puertas ocultaban sus hojas en los laterales, Mario dio un largo suspiro de esos que hacen daño. Una luz lúgubre lo recibió acompañada de una corriente. Miró a su derecha y vio que la ventana diminuta que aireaba la escalera estaba abierta. Sintió el impulso de cerrarla. Dejó los bombones en el suelo y apoyó cuidadosamente las flores, se acercó e intentó moverla, pero estaba atrancada.

—¡Mierda!

Tras varios intentos y los mismos golpes decidió abandonar. Volvió a la escalera, recogió los obsequios y enfiló por un pequeño pasillo que terminaba en una puerta de madera desgastada. Alzó la vista y lanzó su dedo índice contra el timbre. Su pulso se disparó al escuchar unos pasos acercarse a la blindada. La cerradura crujió varias vueltas antes de descubrirla.

—Hola preciosa. Esto es para ti.

—Ohhh, muchas gracias —dijo la joven de cabellos rosados—. Pero qué guapo te has puesto.

Mario lanzó sus labios contra los suyos, pero en el último momento se encontró con una mejilla moteada de pecas. Aunque era la primera vez que se veían de forma presencial, no habían sido pocas las veces que habían intercambiado palabras y piropos a través de la cámara.

—¿Qué pasa?

—Nada. Vamos dentro.

Aquella mañana, la mirada de Rufus transmitía tristeza e inquietud. Seguro que, de saber hablar, aquel gato le hubiera avisado de la emboscada que estaba a punto de sufrir.

—¿Quieres tomar algo?

—No. Quiero que me cuentes qué ocurre.

El invitado se sentó en el sofá ocupando las dos plazas. Carolina se mantuvo de pie en la cocina, frente a la nevera. En la ratonera de cuarenta metros en la que vivía, apenas había espacio para nada. La policía había tenido serios problemas para ocultar dos micrófonos en un lugar con las paredes desnudas y unos pocos muebles.

—Ya te he dicho que está todo bien. Me gustaría saber el motivo por el cuál has decidido mudarte a mi casa.

—Pues porque me gustas. Porque te quiero.

—No. No me vengas con tonterías.

Mario se mordió el labio para no derrumbarse. Por un lado, sentía la necesidad de contarle la verdad, pero a su vez tenía miedo a que no la aceptara.

—¡Vamos! —suplicó ella con un tono afable.

Carolina se acercó hasta él y lo abrazó. Sus labios se encontraron en un beso eterno de esos que se para el tiempo, que las palpitaciones se disparan y la sangre hierve imparable.

—Gracias —dijo enjugándose las lágrimas—. No sabes el tiempo que llevo deseando este momento.

—Cuéntame qué pasa —insistió la joven, retirándose los cabellos rosados que camuflaban sus ojos.

—Estoy metido en un buen lío. Me gustaría que me ayudaras. ¿Puedo confiar en ti?

Aquella pregunta entró como un puñal en lo más profundo de su alma pero, ¿qué más podía hacer? O colaboraba con la policía, o su brillante expediente y el de su familia se vería manchado de por vida.

No muy lejos de allí, exactamente en el coche particular del inspector Hidalgo, se encontraban él junto a su inesperable compañero escuchando atentamente los movimientos a través de los dos micrófonos ocultos debajo del sofá.

—¿Crees que se lo va a tirar? —preguntó el inspector, a la vez que masticaba con brusquedad una hamburguesa y daba un sorbo sonoro al refresco.

—¿Qué más dará eso ahora?

El agente Ramírez, a diferencia de su superior, comía pausadamente y con la boca cerrada, todos los ingredientes de su hamburguesa estaban todavía en el interior del pan y no había resto alguno encima de su cazadora.

—Yo creo que es importante para determinar qué clase de persona es esa chica. Quizá ella esté también metida en el ajo.

—No entiendo la similitud —dijo arqueando los labios y levantando las cejas.

—Es muy sencillo. Si se lo folla, podemos entender dos cosas: o lo hace por lástima, ya que es consciente de que va a pasar una larga temporada en la cárcel, o lo hace porque realmente es una psicópata. En el caso de que no suceda nada, nos reflejará que no siente ningún tipo de empatía y únicamente le importa su culo y el de su patrocinador. El ilustrísimo alcalde de Toledo.

—Yo creo que lo justo y normal sería que no sucediera nada.

El inspector lo miró con una sonrisa cansada y los labios teñidos de mayonesa. Apuró la hamburguesa que tenía entre manos y, para lamento de su compañero, lanzó su envoltorio por la ventanilla.

En la vivienda, los dos enamorados se encontraban sentados en el sofá mirándose.

—Desde bien pequeño —comenzó Mario—, mis compañeros de clase me hicieron creer que era inferior a ellos. Todos los días se burlaban de mí. ¡Todos!
—gritó—. ¿Sabes lo duro que es no tener ganas de vivir? Después de unos años, mis vecinos Gonzalo y Yago me tendieron la mano y yo acepté su amistad. Con ellos me sentía seguro y feliz, pero seguía sintiéndome inferior a ellos.

—No entiendo el porqué.

—Ellos siempre tenían mejores cosas que yo. Desde ropa de marca, móviles o cualquier objeto que yo me compraba, el suyo siempre era superior.

—Me estás hablando de un complejo materialista. ¿No lo ves un poco triste?

—Cuando creces pensando que eres inferior en todo, lo único que puede ayudarte a ser superior es el dinero. Durante años viví obsesionado en conseguirlo, pero con mis trabajos precarios no lograba ahorrar un duro. Después vino el peor episodio de mi vida. La desaparición de mi hermano me cambió para siempre.

—¿Qué edad tenía tu hermano? Nunca me habías hablado de él.

—Hay tantas cosas que no sabes de mí. Tenía treinta años cuando desapareció. Yo en el fondo creo que sigue vivo, mi madre dice que algunas veces lo ha visto mirando a la ventana desde la calle. Me gustaría hablar con él y pedirle que vuelva. El vacío que dejó en mi vida fue tan grande que tomé demasiadas decisiones equivocadas.

—¿Qué decisiones?

—¡Vamos! No tardará en confesar y el tiempo se nos echa encima —dijo el inspector desde su improvisada oficina.

El agente Ramírez se cercioró que el ordenador portátil seguía grabando la conversación para poder utilizarla como prueba delante del juez.

—Durante un tiempo estuve vendiendo y consumiendo droga a la misma escala —en su voz era tangible el arrepentimiento—. Los primeros meses me gastaba todo el dinero en fiesta, ropa y prostitutas. Un tiempo después me serené y decidí pensar en algo que me enriqueciera de verdad.

Carolina escuchó horrorizada sus palabras hasta que, unos minutos más tarde, la puerta de su vivienda fue derrumbada por segunda vez esa semana, junto a los sueños y esperanzas que Mario tenía puestos en aquella casa. En esa relación. En Alepo64. En Francia. En los viñedos. En su amada Carolina…

CAPÍTULO 31

Cuando Yago recobró la conciencia se encontró acostado en una cama de hospital, monitorizado y con un gotero entrándole a través de una vía por la mano derecha. Intentó serenarse y localizar su último recuerdo, pero fue en vano. Le dolía tanto la cabeza que apenas podía pensar. Esta vez el castigo no era debido a la deshidratación correspondiente a una noche de copas. El mal que lo estaba martirizando era externo. Tangible.

—¡Se ha despertado! —proclamó a los cuatro vientos una enfermera.

Un médico de cara larga y cejas pobladas entró con presteza acompañado de cerca por un policía uniformado y de mirada estricta.

—¿Cómo te encuentras?

—Un poco mareado. ¿Qué estoy haciendo aquí?

—Recibiste una paliza en la puerta del Sol —respondió el policía con voz de niño consentido—. Cuando nos llegó el aviso, estabas inconsciente. ¿Puedes recordar algún dato del incidente?

Cerró los ojos e intentó rescatar algún vestigio del momento. Estaba en la tienda de la manzana siendo lapidado verbalmente por la adolescente a la que había recriminado gastarse el dinero del alquiler en el nuevo dispositivo. Luego se vio acompañado por el vigilante a la puerta. Esa vivencia era la última que había sido grabada en su mollera.

—No. ¿Me robaron?

—Según algunos testigos presenciales, estabas hablando con dos animadores callejeros cuando, de pronto, uno de ellos comenzó a golpearte y luego se sumó el otro. La cartera y el móvil los tienes ahí. Así que, en principio, parece ser que no querían robarte.

Yago cogió el teléfono y vio que alarmantemente le quedaba un ocho por ciento de batería. Al pulsar el botón central advirtió que tenía un nuevo mensaje de Kratos pero, en ese momento, decidió no descubrirlo.

—¿Tienes idea de por qué te han dado una paliza?

—No. Que yo sepa no tengo enemigos.

—Hemos detenido a media docena de animadores. Luego, más tarde, cuando ya estés en plenas facultades, haremos una rueda de reconocimiento y hablaremos de si vas a denunciarlos. Mi consejo es

que lo hagas.

—De acuerdo —asintió con desgana.

El médico ladeó su cabeza y le dijo algo al policía. Este levantó el pulgar y el sanitario salió de la habitación. El agente de la autoridad se situó a los pies de la cama y se mantuvo con expresión pétrea durante varios minutos.

—¿Ocurre algo? —preguntó con impaciencia.

—Sí. Cuando los médicos te desnudaron para examinar posibles lesiones, vieron que tu cuerpo estaba lleno de cortes. Múltiples incisiones de diferente profundidad y tamaño.

Yago comenzó a sudar y sintió que todo se movía al recordar el motivo por el cual se había autolesionado.

—¿Cómo o quién te los ha hecho?

—No tengo ni la menor idea —fingió—. Supongo que me los provocaron los que me mandaron aquí.

—Eso pensaba yo, pero el doctor me ha confesado que esas heridas llevan más de veinticuatro horas sangrando. La paliza la sufriste a mediodía y ahora son las doce y cuarto de la noche. Por lo cual —sonrió—, tendrás que inventarte otra razón para convencerme.

—Es usted muy listo. Verás… —dijo alargando la consonante varios segundos— …me da mucha vergüenza contarlo. La verdad es que practico sexo sadomasoquista.

El policía con voz de niño consentido lo miró incrédulo. Dio unos pasos por la habitación y volvió nuevamente a los pies de la cama.

—Vas mejorando. Me gusta tu manera pensar. Podrías ganarte la vida como buen político. Se te dan muy bien las mentiras.

—Es la verdad.

—Me lo creería si no fuera porque en las últimas semanas han aparecido varios pacientes más en diferentes hospitales de Madrid con los mismos síntomas. Todos llegaron allí después de una paliza y tenían su cuerpo colmado de cortes.

—¿Y qué tiene de malo eso?

—El hombre que responderá esa pregunta está de camino. Mi misión únicamente es vigilar que no salgas de aquí.

Las tinieblas aparecieron fugazmente al recibir aquella confesión. La voz del policía se escuchaba en la lejanía casi como un susurro.

—Está bien, me habéis pillado. ¿Puedes dejarme unos minutos a solas? —suplicó.

El agente se acercó a la ventana y se aseguró de que estaba cerrada con la llave de seguridad. Acto seguido entró en el baño y no encontró lugar por donde escapar.

—Cinco minutos tienes para cagar o hacer lo que te apetezca. ¡Aprovéchalos!

Yago esperó a que la puerta de la habitación se cerrase para coger su móvil y examinar su contenido.

Día 10. La salida

Si estás leyendo este mensaje es porque la sociedad todavía no te ha dado el golpe de gracia. Tarde o temprano lo hará. Mientras lees estas líneas desde cualquiera de los hospitales de nuestra ciudad, debo informarte que la policía lo sabe todo. Hemos intentado por todos los medios ocultarles lo que sucedió en la discoteca, pero alguien ha cantado. En la misión que empezaste hace diez días te prometí que, cuando esto terminara, llegarías al Nirvana. La sociedad no nos merece. La sociedad no te merece. El sistema querrá enterrarte en una cárcel, pero no lo conseguirá. Ahora es cuando tienes que ser fuerte y obedecer todas mis instrucciones. Créeme, yo vengo del futuro y sé que lo conseguirás.

Lo primero que debes hacer es cambiarte y prepararte para escapar. No subestimes tu fuerza. Piensa que solo vas a tener una oportunidad, así que hazlo lo mejor que puedas. Una vez hayas burlado a la policía, apaga tu teléfono y hazlo desaparecer. De esta manera nadie podrá localizarte. Cuando llegues a la habitación del hotel, tendrás uno nuevo encima de la cama. Enciéndelo, y te daré las pautas para seguir adelante. ¡Mucha suerte!

Nada puede abrigarte más que la confianza en ti mismo.

Kratos.

Cuando Yago apoyó los pies en el suelo, sintió que el mundo se le caía encima. «¡Mierda! ¿Qué hago ahora?» pensó, con el hilo de cordura que sostenía aquel frágil castillo de naipes. Con los ojos todavía pegados, lanzó una mirada furtiva sobrevolando la habitación en busca de su vestimenta. No tardó mucho en localizarla en el interior de una bolsa de plástico ubicada sobre el armario que hacía las veces de cama. Con dificultad, se desprendió de la bata de hospital, cruzó sus brazos por el interior de la camisa negra y se enfundó en el interior de los vaqueros claros, ahora manchados de sangre, con los que había salido hecho un pincel aquella misma mañana.

—¡Nirvana! —dijo con la voz temblorosa.

Lejos de idear un plan de escape, decidió salir fuera de la habitación e improvisar. Tampoco tenía mucho tiempo, y quedarse en el interior limitaría sus posibilidades a cero. El policía con voz de niño consentido ya le ha había notificado que en breve llegaría alguien al que le tendría que dar todas las explicaciones. Sus dedos entraron en contacto con la manivela y tiraron con fuerza hacia abajo. La puerta cedió para atrás y todos sus sentidos se pusieron en guardia. Cuando salió al exterior, se encontró con un extenso pasillo despoblado a ambos lados. Cerca de la una de la madrugada era muy improbable que algún paciente recibiera visitas.

—¡Quieto! —gruñó una voz en la lejanía.

Miró a su izquierda y vio al policía acompañado de dos hombres corriendo a toda prisa.

—¡Solo queremos protegerte! —gritó el más anciano.

Restaban nueve o diez habitaciones para llegar a su objetivo cuando el inspector Hidalgo tuvo que detenerse por un ataque de tos. El agente Ramírez aminoró el paso levemente para esperarlo, pero bastó una mirada del superior para borrar ese pensamiento y seguir avanzando.

De pronto, Yago recordó el mensaje de Kratos y decidió ponerse en movimiento. Los primeros pasos, lejos de ser torpes y pesados, lanzaron su cuerpo movidos por la adrenalina con agilidad atlética. En plena huida, vio que una enfermera abría una puerta con la acreditación que tenía colgada en el cuello y entró tras ella. Un segundo más tarde, el acceso se cerró dejando a los tres policías fuera de su alcance. Médicos, enfermeras y celadores se cruzaban a su paso con miradas heladas.

—¿Dónde hay un ascensor?

—Ahí —respondió uno de ellos.

El inspector Hidalgo llegó hasta sus compañeros y destrozó el cristal de la puerta corredera de una patada. Un enfermero cayó de espaldas con las manos levantadas.

—¿Dónde ha ido? —gritó con una respiración que chiflaba como un silbato de adiestramiento.

—Creo que está bajando —dijo el policía que tenía que custodiarlo.

—¿Crees?

El inspector Hidalgo se dio la vuelta y lanzó un puñetazo certero en su nariz. La sangre y los gritos se adueñaron de la escena. El ascensor se detuvo en el sótano dos. El agente Ramírez, muy atento,

pulsó el botón de llamada con insistencia, pero aquel medio no volvería a funcionar hasta veinte minutos después. Para entonces, Yago los había perdido de vista sobradamente.

CAPÍTULO 32

Las horas posteriores en la comisaría fueron eternas. El aire que se respiraba era denso. Aciago. Habían estado a apenas unos metros del objetivo cuando este se había esfumado. De nada sirvieron los siete coches patrulla que aparecieron súbitamente y peinaron cada palmo del hospital. La búsqueda se detuvo cuando una de las cámaras captó el momento donde el prófugo salía por una de las puertas de la sala de mantenimiento.

El inspector Hidalgo estaba sentado frente a su mesa de despacho cabeceando continuamente. La cafeína ya no reportaba efecto alguno en su organismo. La ausencia de una cama forzaba a su cuerpo a dormitar sin su consentimiento. Robarle horas a Morfeo, lejos de premiarle con algún beneficio, lo había machacado como pocas veces.

—Mentiroso… —dijo tras su ordenador portátil el agente Ramírez que, muy atento, revisaba las imágenes grabadas por las cámaras de seguridad de la discoteca.

Al salir de esta, fue arrastrado literalmente por su superior al vehículo. Al parecer había recibido una llamada de la central informándole de la llegada de un hombre con unas heridas idénticas a los anteriores suicidas. El inspector actuó tan rápido que se olvidó de Ricardo. Para cuando recayó en él, este ya había recorrido varios centenares de kilómetros en dirección a Marruecos. Allí, junto a sus colegas productores de hachís, podría esconderse una larga temporada.

—¿Qué… ppppppp —balbuceó Hidalgo con un salivajo colgando de su ennegrecida dentadura.

—El farlopero ese resulta que sí que estuvo con él en la discoteca.

—¿Con quién?

—¿Cómo que con quién?

El inspector tragó saliva. Lanzó una mirada fugaz a la infinidad de vasos que vestían su mesa y localizó uno que todavía tenía un poco de café. A pesar de estar álgido y amargo, no hizo mueca alguna. Estaba acostumbrado. Un instante más tarde, encendió un cigarrillo, presionó su entrecejo e intento serenarse.

—¿Cuánto he dormido?

—Cerca de diez minutos —respondió, casi al mismo tiempo que recibía la pregunta.

—¿Qué me estabas diciendo?

El humo salió de sus pulmones con torpeza. El hostigamiento recibido durante años los había convertido en una masa negra sin apenas funcionalidad. Él lo sabía, pero no parecía importarle.

—Ricardo, el indeseable que dejamos escapar, parece que sí que acompañó al hombre que estamos buscando —dijo con prepotencia.

Fuera el cansancio o el sueño, o quizá un sucedáneo de ambas, lo cierto es que el inspector pasó por alto el dardo envenenado de su compañero. En el fondo sabía que tenía razón. Aquel individuo se había fugado por su mala praxis. La misma mala praxis que los había condenado a entrar en una espiral de sinsentidos de retroceso difícil. Habían logrado detener al cerebro de todo, pero seguían sin saber cuántas personas habían mordido la manzana envenenada.

—Eso ya lo sabíamos.

—¿Entonces para qué fuimos allí?

—Para confirmarlo —respondió con una tranquilidad desconocida.

Ese día parecían haberse intercambiado las funciones. El novato había tomado el mando y se refería a su jefe con un tono altivo. Casi humillante. Como si hubiera decidido dejar de pagar el peaje de aquella autopista invisible llamada inexperiencia.

—Interesante.

—Lo es —tosió, y casi al mismo tiempo dio una nueva calada que salió por sus fosas nasales—. Sabía que Ricardo me estaba mintiendo. Lo único que me interesaba era el nombre del chaval.

Ramírez extendió los brazos y cogió una nota.

—Yago Herrero Sáez. Huérfano desde una edad muy temprana. Se crio con su hermana. Ha sido detenido varias veces por conducción temeraria, hurtos sin violencia y por consumo de estupefacientes en la vía pública.

—Una joyita.

—Bueno, los hay peores.

—¿Cómo has conseguido su nombre?

—Por suerte, al estar fichado, hemos extraído una fotografía con un primer plano de su cara y el motor de búsqueda de la base de datos ha hecho el resto.

—¿Hoteles?

—Hemos consultado el registro y no consta ninguna habitación

de hotel a su nombre, por lo menos en Madrid.

—¡Joder! —gritó.

—Hoteles, comisarias y hospitales ya han sido avisados.

—Debemos seguir exprimiendo a la presa. Quizá nos pueda dar otro dato para saber cuál será su próximo movimiento.

El inspector recogió el ancla y comenzó a navegar por el mar de pasillos y habitaciones de la comisaría. En el exterior del calabozo se encontró con el psicólogo sentado. Por su expresión, parecía resignado. Tantas horas con un psicópata desgasta, pero si a eso le sumas un trastorno disociativo, el castigo mental es todavía mayor.

—Buenos días.

—Déjate de formalismos. ¿Alguna novedad?

—Poco después de idos, volvió la personalidad infumable de Kratos. Lleva horas conversando consigo mismo. De verdad que lo he intentado varias veces, pero no he aguantado más de diez minutos su monserga.

Hidalgo carraspeó. Aunque no tenía ninguna fe en aquel hombre, el verlo allí alejado y despreocupado le hirvió la sangre. Si algo le había enseñado la vida era que, en un interrogatorio, los mayores premios se consiguen después de muchas horas de insistencia. Para él, una personalidad múltiple no justificaba nada, ya que en cualquier momento podía ablandarse y, no estar presente, suponía perder el tren.

—Eres un inútil —dijo esbozando una sonrisa más que forzada.

—Y tú un desgraciado y un…

La réplica entró como un aullido en sus oídos sin provocar respuesta alguna. Sus sentidos estaban puestos en la cerradura electrónica que su compañero estaba abriendo. Ambos policías entraron en el calabozo sin intercambiar palabra. Kratos detuvo su monólogo durante un instante, los miró con indiferencia y prosiguió.

—Los tiburones agreden a los semejantes que están por debajo en jerarquía por esa misma razón —su voz sonaba como un susurro donde sus labios apenas se despegaban—. Son lobos solitarios a los que nada ni nadie les importa. Recorren grandes distancias en busca de alimento. Una vez leí que un tiburón marcado en Sudáfrica llegó a las costas de Hawái. A Hawái, ¿no es increíble? Todos los tachamos de asesinos, pero yo creo que no son asesinos indiscriminados. Solo lo hacen por seguir subsistiendo.

—Está peor de lo que pensaba —bisbiseó Pedro.

—Oye, guapito, habla más alto. ¿Ya te has recuperado?

Su faz estaba oculta por unas cascadas de cabellos que descendían por su frente ocultando sus facciones. Tenía la ropa sucia, y en el suelo había algunas migas de pan y un refresco. Con la ventana cerrada, el hedor a flatulencias y sudor era horrible. El agente Ramírez, como si hubiera leído la mente del inspector, abrió el portillo y una corriente renovadora barrió la sala.

—Necesitaría muchos golpes más como ese para causarme dolor. Estabas hablando de tiburones, ¿crees que por tu personalidad podrías ser uno de ellos?

Aquella pregunta cogió desprevenida a la presa. El tono utilizado era tan correcto que incluso le había resultado casi tan placentero como autolesionarse.

—Todos sentimos mayor afinidad por ciertas cosas. Si me hablas de animales, te diría que soy un tiburón. Si me hablas de coches, un Tesla, siempre he ido por delante del resto. En cambio, si me hablas de qué tipo de plato podría definirme, te respondería una hamburguesa con patatas.

—¿Kratos es un asesino?

—¿Qué clase de pregunta es esa? Que yo sepa no he matado a nadie. Únicamente he creado unas pautas para reconducir la vida de algunos esclavos de esta sociedad dictatorial.

—Pautas —repitió el inspector.

—Hoy en día la tecnología nos permite actuar como dioses. Yo puedo estar aquí retenido el tiempo que queráis, pero el sistema, como el río que busca su camino seguirá su curso hasta el mar. Cada día que avanza reciben automáticamente el siguiente capítulo sin que nadie pueda pararlo. Todo está orquestado para guiarlos hasta el Nirvana.

—Eres un monstruo —dijo el agente Ramírez con rabia.

El inspector Hidalgo intentaba mostrar frialdad y dureza en su expresión. Lo cierto era que interiormente sentía repulsión hacia el ser humano que tenía frente a él. El que lo había llevado días antes a replantearse su trabajo o incluso su existencia. Resultaba paradójico que el causante de la muerte por suicidio de varias personas estaba a punto de derribar a su perseguidor. Quizá cuando decidió implicarse en el caso, no estaba preparado para la carga emocional que iba a suponerle.

—Ese es de los insultos más flojos que he recibido en mi vida. Podríais haber trabajado un poco más el apodo. ¿Monstruo? ¿Qué entendemos como monstruo? ¿Alguien diferente a los estereotipos de

la sociedad? Esa definición también podría encajar con la de un loco. ¿Sabéis qué dijo Edgar Allan Poe?

Silencio.

—La ciencia no nos ha enseñado aún si la locura es o no lo más sublime de la inteligencia.

—Ahora va a resultar que encima de asesino eres un genio —dijo el inspector.

—Mi sistema era prácticamente perfecto. De no ser por la traición que sufrí, jamás hubierais atrapado a Kratos.

Aquel seudónimo le daba tanta seguridad como una pistola. Era su particular coraza para defenderse de la sociedad. Del sistema que tanto odiaba y que lo había obligado, según su parecer, a actuar. Mientras trazaba las líneas de su proyecto, se comparó con Hitler. Se imaginó extendiendo su doctrina como un virus por todo el planeta. Afortunadamente fue atrapado cuando preparaba las pautas para una docena de ciudades españolas.

El silencio, solo interrumpido por el viento golpeando la ventana contra la pared, se adueñó de la escena. Los dos policías miraban con aprensión aquella figura oculta tras una mirada apagada y unos cabellos largos, sucios y encrespados. De pronto, tras esa cortina comenzó a escucharse un sollozo.

—¿Qué hago aquí? ¡No me hagáis daño!

El monstruo se levantó y empezó a retroceder hasta pegar su espalda contra la pared.

—No queremos hacerte daño. —dijo el agente Ramírez—. Estamos aquí para ayudarte.

—¿Dónde está Yago?

CAPÍTULO 33

Después de escapar del hospital, Yago deambuló toda la noche por las calles de la capital como si acabara de robar un banco. Cada vez que tenía que atravesar una calle, se ocultaba en los portales varios minutos para examinar la viabilidad de la operación. Los nueve kilómetros que lo separaban del hotel se convirtieron en una tortura para sus articulaciones. Una camisa no era suficiente cobertura para combatir los cinco grados que lo azotaban.

Cuando entró en el recibidor del hotel, tenía los brazos entumecidos y la tez de la cara como la de un británico después de una sesión de playa. Eran las nueve de la mañana y Aina, como siempre, estaba ocupada en sus quehaceres detrás del mostrador. Su semblante era severo. Al verlo, no modificó ni un ápice su dureza. La última vez que cruzaron palabras, Enrique, el extraño empresario que se hospedaba en su hotel, no fue para nada cortés y educado con ella. Después de haber conocido hombres de todo tipo, no tenía el mínimo interés en seguir entablando una conversación con alguien que no mostraba su verdadera cruz. La cara, la que sus ojos le permitían observar, no era para nada la de una persona de fiar.

—Buenos días.

La exuberante recepcionista, por educación, respondió con una sonrisa enigmática. De esas que no sabes si se están riendo de ti, sienten pena o repulsión, o quizá le gustaría patearte la cara.

—¿No tendrás un pañuelo? —dijo con la voz arañada por el helor.

Aina levantó la mirada y, por primera vez desde que había entrado, lo miró a los ojos. A pesar de tener la cara amoratada y con restos de sangre seca por toda la cabeza, no sintió ningún tipo de empatía. Aquel chico que entró en su hotel diez días atrás no se parecía en nada al que tenía delante. Si algo había aprendido al estar casada diez años con un maltratador era que no hay que sentir compasión cuando el karma impone su ley. Por su mente rondaron varios perfiles que se adaptaban a su *modus operandi*. Fugitivo, traficante de drogas, traficante de armas, proxeneta, prestamista, sicario, o incluso asesino a sueldo fueron sus apuestas.

—La verdad que no —respondió con aspereza.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Ahora mismo no. Estoy muy ocupada —mintió, a sabiendas de que no se lo creería.

Yago estaba tan cansado y congelado que ni siquiera preparó una réplica. Sabía que su comportamiento con ella había sido esquivo y arisco y, para una dama del calibre que tenía delante, un rechazo era algo imperdonable. Al menos, en la realidad que él se había imaginado así era. Lo cierto es que la recepcionista nunca tuvo intención alguna de flirtear con él. Fue Yago el que, desde un primer momento cada mañana al aparecer en su hotel enajenado, la buscaba para saciar sus necesidades más primitivas. En su película, esa escena no aparecía. El alcohol y las drogas la habían desechado por el desagüe de lo inservible. Por el que se esfumaron los fotogramas de la noche en la cueva y permitieron a Kratos hacerle creer que había matado a la prostituta búlgara, cuando lo cierto es que se quedó dormido con pastillas de colores que, lejos de ser éxtasis, eran potentes somníferos.

—Ah, se me olvidaba. Ha venido un mensajero hace un rato y te ha dejado esto.

Yago cogió el paquete con idéntica frialdad a la recibida. Subió a su habitación y recuperó la temperatura perdida durante la noche en la ducha. El agua golpeaba con fuerza su cabeza entumecida y las decenas de heridas que poblaban su cuerpo. Intentó ajustar el torrente de agua para apaciguar el castigo sin éxito. Aquel grifo tenía tan poco recorrido que le resultó imposible. A pesar de eso, estuvo cerca de una hora bajo la lluvia.

De vuelta a la habitación, se acostó sobre la cama sin prenda alguna. El calor de los radiadores era suficiente para mantener la temperatura corporal en un perfecto estado de confort. Acto seguido, cogió la caja y de ella extrajo un teléfono móvil usado y un pequeño recipiente cilíndrico y transparente, en cuyo interior había varias bolsas.

Pin: 7821

Pudo leer en una pegatina adosada en la parte trasera del terminal. Mientras esperaba a que se encendiera aquella chatarra tecnológica, abrió el cilindro y vertió su contenido en la cama. Tres bolsas amarillas, una verde y dos blancas.

Has logrado escapar de los vastos tentáculos del sistema y sus secuaces. Ya nada podrá detener tu cometido. Estás muy cerca. Descansa. Las horas venideras serán las que determinarán el Nirvana. Las fuentes de la sabiduría te han elegido.

No temas si el camino es angosto y pedregoso, el final es solo el principio.

Kratos.

El mensaje recibido iluminó su rostro. Rendido a los pies de Kratos, aquel texto era como el maná que necesitaba para seguir avanzando. Por alguna extraña razón, sentía estar seguro de hacerlo. Seguro de llegar al final del sendero con la esperanza de cruzar a un nuevo mundo o a un nuevo cuerpo. Para él, el Nirvana era eso. Hacer un reinicio a su actual jugada de póquer llamada vida.

Tumbado boca arriba en la cama de su fortín, tenía la sensación de haber completado su aventura. Pensó en Raquel, su hermana, la única persona que había permanecido a su lado en todas las etapas de su vida. Cerró los ojos y la vio. Con su particular semblante cansado. Con su nariz aguileña que tanto la había castigado en su adolescencia. Con sus arrugas prematuras causadas al asumir la tutela de su hermano pequeño con tan solo dieciocho años.

—Han llamado otra vez del colegio.

—No me encontraba bien y me he quedado descansando en casa de Gonzalo.

—He llamado a su casa, y también a la de Mario. Ellos tampoco han asistido.

—Sabes de sobra que no me gusta el colegio.

—Yago, tienes solo doce años. No es que te guste o no te guste; se trata de que, si sigues sin ir, me quitarán tu tutela.

—Quizá es lo que quiero. Estoy harto de que me grites, de que pienses que soy un niño.

—Es que lo eres. ¿De verdad lo que quieres es quedarte solo?

—Sí.

Yago enjugó las lágrimas que brotaban de sus ojos al volver de la ensoñación. Aquella fue la primera ocasión en que los hermanos se separaban. Raquel se marchó de casa y tardó varias horas en regresar. Ese día entendió el significado de la palabra soledad. También se enteró de que tenía novio, al preguntarle por un morado que adornaba su cuello. A partir de ese momento, las faltas de respeto fueron cada vez más frecuentes e hirientes. El niño dejó de serlo de la noche a la mañana. Sin avisar. Sin preparar a aquella madre improvisada para combatir esa difícil adolescencia.

Volvió a cerrar sus párpados e imaginó a Cecilia. Su único amor. Dibujó su esbelta silueta, sus labios y pelo excelso. El lunar que brillaba en su mejilla izquierda y la mancha de nacimiento en el pecho. La imaginó con todas las virtudes que hermoseaban su cuerpo porque, para él, no tenía defectos.

—Esta es mi prima Cecilia.

Dijo Gonzalo en uno de los primeros cumpleaños que celebraban fuera de casa. Tenían dieciséis años y se encontraban en un pub que, teóricamente, no podía venderles alcohol. En la práctica, los jóvenes de Madrid iban allí porque era el único que lo hacía.

—*Yo soy Yago.*

Ambos se miraron y sus almas quedaron conectadas al instante. El horizonte que los rodeaba se volvió vertical. Únicamente estaban él y ella. Nadie más a su alrededor. Desde ese primer contacto, sus vidas se unieron y descubrieron por primera vez la sexualidad en todas sus formas. Juntos, reían. Reían mucho. Tanto que a veces les dolía la barriga. Siguieron creciendo y ella se fue a la universidad a cursar magisterio. Ya no podían verse tanto como les habría gustado, pero intentaban aprovechar cada beso, cada caricia y abrazo, cada palabra y sonrisa. Con el tiempo la personalidad de Yago cambió. Ya no se conformaba con verse algunas horas a la semana. Quería más. Y más. Bastante más. Tanto que se volvió loco. La espiaba en la universidad. Observaba con cada de una de las personas que hablaba. Se desquiciaba cuando otros chicos se acercaban a ella. Los gritos, como una tormenta repentina, anegaron su amor de odio. Los celos lo alejaron de la vida que habían imaginado. De pronto, Cecilia desapareció como un amor de verano. Ella lo era todo para él. Quizá ese fue el principal problema.

—Te quiero.

Susurró, como tantas y tantas noches desde su ruptura. Ninguno de los nuevos vicios que aterrizaron en su vida se acercaba una milésima parte a la felicidad que le brindaba Cecilia. Jamás volvería a estar en sus brazos. Tampoco besaría sus labios ni escucharía su dulce voz. David, ese hijo imaginario al que habían dado nombre en una de sus divagaciones eternas mirando a la nada, no nacería nunca. Al menos, fruto de su unión.

Con los ojos pegados por las lágrimas, el sueño se adueñó de su cuerpo.

CAPÍTULO 34

El inspector Hidalgo, el agente Ramírez y el psicólogo al que había despedido el primero de ellos de malas maneras, estaban todavía asimilando la confesión de la presa. «¿Cómo es posible? Nos ha engañado a todos. ¡A todos!» vociferaba el inspector con toda la potencia que le brindaban sus pulmones alquitranados.

Desde el principio, la investigación había sido un conglomerado de adversidades y movimientos infructuosos. Movimientos que, lejos de acercarse a una jugada magistral de ajedrez, los habían tenido en jaque todo el tiempo. Cuando entraron en el apartamento de Carolina —o Alepo64 en la jerga *gamer*—, se encontraron a los dos jóvenes abrazados.

—Perdóname.

Mario la miró sin entender nada.

—¡Al suelo!

El grito lanzado por el inspector golpeó su alma. En aquel momento le hubiera gustado desaparecer. Vaporizarse y reencontrarse en alguna parte con su hermano. Imaginó por un momento el llanto desconsolado de su madre y rezó para que Dios lo castigara con la muerte.

—Gracias, Carolina. Una interpretación digna de Hollywood.

—¿Los conoces?

Silencio. La joven asintió entre sollozos, pero no dijo nada. Cualquier aporte no habría reparado aquella dolorosa traición. El inspector rebasó el umbral de la vivienda acompañado de su lazarillo. Por su semblante jovial parecía estar disfrutando del espectáculo. El hombre que tenía delante era el causante de sus migrañas, de su insomnio y de su cansancio. Ahora que tenía el trofeo tan cerca, todo cobraba sentido.

—Cierra la puerta —ordenó el inspector.

—¿Lo engrilleto?

—Sí.

El agente Ramírez obedeció al punto sin encontrar resistencia.

—¿Los conoces?

Mario hizo un grito ahogado cuando las esposas entraron en contacto con sus muñecas. Desde el momento que fue conocedor de que la policía había abordado la casa en la que vivía con su madre,

había soñado aquel momento con amargura. Una pesadilla muy tangible cuando crees estar por encima de la ley, por encima del bien y el mal, por encima de las personas que respetan y cuidan a los demás, por encima de los que se levantan cada mañana y trabajan dignamente.

—¿Cuántos jugadores siguen en activo? —preguntó el inspector.

—¿Qué? No entiendo a qué te refieres.

—Lo sabes muy bien.

El inspector se acercó a la nevera y la abrió. Cogió una botella de agua y comenzó a beber.

—No, no lo sé.

—Vamos a ver, chaval. Lo sabemos todo. Has estado esquivando nuestros ataques desde el principio, pero fuiste tonto al pensar que no revisaríamos el destinatario de las transferencias —dejó la botella encima de la mesa del ordenador y lo miró con recelo.

—De no ser por ese detalle, hubiera sido muy complejo llegar hasta ti —dijo el agente Ramírez.

—¿Qué transferencias?

Mario no entendía que estaba pasando. Su rostro había mutado del miedo a la esperanza en cuestión de segundos.

—¿De qué están hablando? —preguntó mirando a Carolina.

—Saben que has sido el autor de la web esa de los suicidios. Por tu culpa han muerto cinco personas. Debes confesar la verdad para frenar esta mierda.

—¡No! —gritó—. Yo no he hecho nada de eso. ¿De verdad pensáis que yo soy tan inteligente como para hacer eso?

Mario comenzó a reírse para sorpresa de los presentes. Después de su respuesta fue trasladado a comisaría donde fue interrogado durante horas. Lejos de inventarse una coartada que lo salvara de su delito confeso, decidió contarlo todo y conducirlos al local que había alquilado y convertido en la sala de operaciones. Allí encontraron varios libros de autoescuela; cuestionarios de coche, motocicleta y camión; un ordenador; cinco diminutas cámaras adosadas a pequeños botones de camisa; un costurero; varios miles de euros ocultos debajo de un azulejo; tres pinganillos y decenas de móviles.

Al parecer tenía razón. Mario era el cabecilla de una red que se dedicaba a facilitar las respuestas a los exámenes de tráfico. Héctor y dos socios más se encargaban de captar a los clientes a través de webs, foros o a pie de calle en las puertas de las mismas autoescuelas a

cambio de grandes sumas de dinero. Marroquíes, rumanos y argelinos acudían a él sin tan siquiera apuntarse en la autoescuela. Mario lo hacía por ellos. Al igual que coser el botón a una camisa determinada que les había pedido que vistieran el día del examen. Venidos de toda España, dichas operaciones siempre se llevaban a cabo en hoteles. Allí era más complicado ser localizado.

Mario no tenía nada que ver con los suicidios. El cerebro había utilizado sus datos para crearse una cuenta de banco para desviar los fondos que ingresaba. Al inspector le resultó muy extraño este último detalle. ¿Quién podía tenerlos en su poder?

—¿Has introducido tus datos personales últimamente en Internet?

El inspector no se daba por vencido. Había contrastado cada uno de los datos y detalles que le había facilitado, pero estaba convencido de que la respuesta que buscaba estaba más cerca de lo que el mismo Mario pensaba.

—No.

Su respuesta fue tajante y sin matices. Como todas las que había dado desde que fuera apresado. Consciente de que la pena que iba a recibir no sería inferior a diez años, colaborar con la policía era lo único que podía disminuir la condena.

—¿Sabes de alguien que pudiera tener tu DNI?

—Sí, mi hermano, pero desapareció hace ya unos años. Solía utilizarlo de manera habitual para hacer compras por Internet ya que, debido a una deuda de un vehículo que compró y dejó siniestro, no podía tener nada a su nombre.

—¿Tú hermano? Háblanos de él —dijo el psicólogo.

—Era deportista y muy buena persona, pero el ejército lo cambió. Cuando volvió de Irak no era el mismo. Tenía pesadillas, se despertaba súbitamente en la noche escuchando disparos. Aun así, no dejó el oficio. Cuando no estaba de misión, venía a casa. La noche de su desaparición mi madre le dijo que se quedara, que no saliera, ya que lo veíamos muy poco. A él le molestaba mucho el control sometido por mi madre y decidió marcharse igualmente, dijo que había quedado con una chica que estaba conociendo, pero nunca más regresó.

—¿Quién era esa chica?

—No lo sé. Quizá ni existía. La policía que llevó el caso nunca encontró una pista de su paradero.

—¿Crees que sigue vivo?

—No me cabe la menor duda.

El agente Ramírez se acercó al monstruo. Estaba acostado en la cama. Con la mirada tan perdida como su vida. Esa que había perdido lentamente sin percatarse que el siniestro gusano de la locura había eclosionado en su cabeza.

Todo empezó a una temprana edad. Nadie en su familia vio más allá de unos celos. Había nacido su hermano pequeño y todo encajaba. Sus cambios repentinos de humor y sus malas formas.

Con la muerte de su padre su conducta pareció reconducirse. Un espejismo que duró unos meses. Quizá años. Quién sabe. Lo cierto es que, con el distanciamiento propio de los hermanos en la adolescencia, las horas de soledad crecieron. Al igual que su odio a la sociedad. La misma sociedad que se había encargado de estigmatizar sus defectos hasta el punto de querer quitarse la vida.

CAPÍTULO 35

Las campanas comenzaron a sonar con insistencia despertando a Yago de un sueño placentero. La oscuridad más absoluta lo recibió. Palpó con sus manos a ambos lados. Estaba blando. Las campanas volvieron a golpear otras nueve veces. Unos segundos de descanso y otras nueve veces. Estiró todo lo que pudo uno de sus brazos hasta alcanzar el interruptor. La luz deshizo las tinieblas y su corazón le dio las gracias en silencio. Campanas. Pausa y campanas. Aquella sinfonía lo transportó a su infancia.

Caminaba por la calle de la mano de su hermana. Era domingo. Y lo mejor de todo era que ya no estaba enfadada. Estaba guapísima como pocas veces. Se había despertado temprano para arreglarse y hacer el desayuno. La noche anterior había llegado gritando a las tantas. Su gesto era diferente al que el propio Yago conocía. Después de tantos años todavía se preguntaba si aquel día llegó drogada o cuál era el motivo de su actitud desproporcionada.

—¿Qué te pasó anoche?

—Nada. Salí al cine con unas amigas y me fui a casa.

Estaban cerca de la iglesia y las avisadoras, como así las llamaba el párroco, cantaban con fuerza para que los feligreses acudieran a la homilía. Yago no había tomado la comunión, pero su hermana se empeñaba en que tenían que ir a misa, por lo menos a la del domingo.

—Llegaste gritando. Me despertaste y, cuando te pedí explicaciones, me cruzaste la cara.

—No digas tonterías —Raquel frunció el ceño.

—¿No son tonterías? —respondió con un principio de rabieta.

—Ayer llegué a casa y tú dormías. Te arropé y me acosté sin más. Debiste estar soñando.

Su respuesta parecía sincera y convincente, pero él estaba seguro de lo que había sucedido. A pesar de eso, no quiso seguir con la conversación. Alzó la vista y vio en lo alto las campanas girando a toda velocidad. Ancianos, niños y no tan niños comenzaban a entrar en la casa del Señor con sus mejores prendas. El sacerdote había empezado el sermón y evitó mirar hacia los impuntuales. Raquel tiró de la mano de su hermano y se sentaron en uno de los pocos bancos libres que quedaban. No había decidido ese sitio al azar, a su lado estaba Ezequiel. El militar. El hermano de Mario. El que desaparecería años después sin dejar rastro.

Yago cogió el teléfono que había recibido horas antes y apagó la

alarma. Alguien la había fijado premeditadamente a las cuatro en punto de la mañana. Al silenciarla, apareció un mensaje en la pantalla.

Día 11. El delirio del prófugo

La caña del badajo se mueve a toda prisa de un lado a otro de la campana. El tañido es incesante y violento, pero a la vez armónico. Ninguno de sus movimientos es aleatorio. Todo está sincronizado como un reloj suizo. Como la vida misma.

Nos pasamos el tiempo maldiciendo nuestra suerte o desgracia sin pararnos a pensar que el destino está escrito. Todo sigue unas directrices grabadas en el mismo espacio infinito. El que tememos y nos negamos a descubrir. Todo ahí afuera es peligroso nos dicen. No hay oxigeno ni gravedad. Las temperaturas son extremas. Es imposible sobrevivir unos minutos sin un traje espacial. El miedo solo genera inseguridad y, a su vez, la inseguridad genera desconfianza. Es lo que los mandatarios han perseguido desde siempre. Una sociedad temerosa es más manipulable que una fuerte. La hipocresía domina el mundo desde tiempos remotos. Nadie habla de la pobreza ni del repartimiento desigual de la riqueza. A nadie le importa que la gente muera. Somos números en una sociedad demasiado contaminada por los números.

¿Crees que alguien se acordará de nosotros cuando nuestras luces se apaguen? ¡No! Hoy vivimos en un cuerpo, con una familia, con unos recursos. y el reinicio nos llevará a otro lugar. Quién sabe si mejor o peor, pero es necesario intentarlo. Es casi una obligación moral intentarlo. Esa es la verdadera teoría de la evolución y no la de Darwin.

El día 11 ha empezado y nada ni nadie lo detendrá. Ahora eres un prófugo, pero no temas, como ya te dije, todo saldrá bien. Faltan dos días para llegar al Nirvana y estoy seguro de que lo conseguirás. Sal a la calle, haz lo que quieras, coge provisiones y disfruta.

La policía nos controla. La policía paraliza todo movimiento diferente. La policía golpea a los diferentes.

Las almas al igual que la energía no se destruyen, solo se transforman en otras formas de vida.

Kratos.

De pronto, unos inquietos pasos rompieron el silencio dominante. Por el golpeo intuyó que se trataba de los tacones de Aina, pero había más pisadas. Al menos dos calzados más la acompañaban.

Uno de ellos podría ser Narciso, el vigilante de seguridad que le había recibido el primer día, ¿pero el otro? Yago estaba petrificado. Tenía el corazón en la garganta estrangulando el paso de aire. La recepcionista murmuró algo que no pudo captar y una voz masculina le respondió en el mismo tono.

El prófugo cogió el móvil y las provisiones, se metió en unos pantalones vaqueros desgastados y cubrió su torso con una cazadora negra. Unas llaves se escucharon al otro lado. Yago corrió hacía el balcón y salió al exterior. La adrenalina extinguió los efectos del invierno. Estudió sus opciones mirando al vacío. Una caída de quince metros lo esperaba. Aunque estuvo tentado de saltar, se dijo a sí mismo que no era el momento. Ninguna de las posibilidades era viable. El balcón de la habitación contigua estaba a unos tres metros. Deslizarse a la de abajo era demasiado peligroso y arriesgado. Al alzar la vista hacia la fachada no encontró lugar donde agarrarse. Solo un gran escalador podría haber resuelto esa prueba. No era su caso.

Finalmente, entró en la habitación con los brazos en alto, pero no había nadie. Esperaba encontrarse frente a frente con la policía. La que había burlado en el hospital. La que se había pasado horas peinando sus rincones. Imaginó cuál sería su suerte cuando lo apresaran. Por los gritos de los policías cuando se encontraba bajando por el ascensor, intuyó que recibiría un castigo ejemplar. Había matado a una mujer. Prostituta, pero mujer. Quién sabe si tendría hijos o marido. Quién sabe qué condicionante la había llevado a vender su cuerpo. Él no tenía derecho a arrebatarle su vida.

Afuera, Aina se esforzaba por abrir la puerta de la habitación de un cliente. La cerradura electrónica se había bloqueada y solo podía acceder utilizando una llave maestra.

—¿Suelen fallar mucho? —preguntó el inquilino, con el gesto agotado.

—La verdad que no. Las tarjetas suelen desconfigurarse al entrar en contacto con los teléfonos, pero las cerraduras, que yo recuerde, no.

La recepcionista insistía e insistía, pero la puerta seguía sin ceder. El hombre resoplaba a cada nueva embestida.

—Entonces, ¿por qué tienes una llave maestra?

—Que no haya pasado no significa que no pueda pasar.

—¿Estás segura de qué es esa llave?

—¡Sí! —respondió después de un suspiro ruidoso.

La llave, al enésimo intento, encontró el camino. Aina se

despidió del inquilino con una sonrisa forzada. Él no le dio ni las gracias. Por su indumentaria polvorienta y equipaje escaso intuyó que se trataba de un trabajador. Quizá un electricista o un fontanero que había ido a la capital a resolver alguna avería. También encajaba con el perfil de un obrero. En los últimos meses se estaba construyendo mucho en los alrededores. Según comentaban los viajeros, un magnate chino estaba comprando docenas de locales por la zona. Lo que significaba que no había horarios de trabajo. Lo único que importaba era terminar. Para los asiáticos, existía algún tipo de inmunidad. Ningún organismo se preocupaba por controlar las jornadas interminables de trabajo.

—Hola.

Aina hizo un grito ahogado. Sus piernas le pedían correr. Su corazón también, pero la silueta de Yago en medio del pasillo se lo impedía. Su aspecto era horrible. Tenía los ojos hinchados y la frente empapada de sudor. La ropa arrugada como un trapo y los cordones de las zapatillas reptando por el suelo. Al verlo sintió miedo. Horror. Incluso náuseas al recibir el hedor que desprendía.

—¿Qué haces despierto a estas horas? —las palabras salieron de su garganta con desesperación. Casi como una súplica ante la muerte.

—¿Dónde están?

Su cabeza, al igual que sus desorbitados ojos, viraban en todas direcciones. Estaba nervioso. Intranquilo. Frotaba sus manos hasta crujirlas movido por un sentimiento irrefrenable.

—¿Qué dices? ¿Qué te has tomado?

—Te he escuchado hablar con alguien. Los pasos. Sé que están aquí. ¡Salid aquí cabrones! —gritó.

—Le he abierto la puerta a un señor que acaba de llegar de trabajar. Al parecer se le había borrado la configuración de su tarjeta. Y como vuelvas a gritar, llamaré a la policía.

—He escuchado por lo menos pasos de tres personas distintas. Tus tacones, y dos pares de zapatos más. De eso estoy seguro.

—No, te equivocas. ¿Quién te persigue?

—Eso no importa. Si cuando llegue a la recepción está la policía esperándome, te mataré antes de que me apresen.

Aina retrocedió ante la amenaza y vio cómo salía corriendo escaleras abajo. A continuación, llamó a la comisaría.

CAPÍTULO 36

—¡Cuidado! —gritó el agente Ramírez.

—La he visto —mintió al frenar en seco su automóvil en un paso de cebra a escasos metros de una anciana.

—Ya te he dicho que, si necesitas que conduzca yo, me lo digas. Llevas demasiadas noches sin descansar.

—¿Quién necesita dormir habiendo café?

El inspector levantó la mano y se disculpó con la anciana que todavía estaba recriminándole el sobresalto con el bastón en alto. Dio un nuevo sorbo y reanudó la marcha.

—Me parece todo muy extraño. Todos los suicidas anteriores habían registrado sus entradas en hoteles u hostales. Yago no. No consta que esté hospedado en ningún lugar. Es como si se hubiera esfumado.

—Creo que puede haber utilizado uno falso. Revisando los datos recopilados en el atestado, encontré un nombre anotado en una hoja que no correspondía con ninguno de los suicidas. En un principio le resté importancia, pero creo que puede ser nuestro hombre.

Hidalgo lo miró con aprobación. Su aprendiz estaba demostrando una gran entereza y madurez, y eso era motivo más que suficiente para confirmar su valía. Desde el principio lo había machacado, pero se había mantenido infranqueable a sus derroteros. Todo lo contrario que los anteriores. Ninguno de ellos había superado sus gruñidos y empatía.

—Es el único nombre —prosiguió— ajeno a la investigación. Deberíamos buscar en la base de datos de los…

—¡Hazlo! —gritó, con un tono lo suficientemente elevado para marcar quién estaba al mando.

El inspector decidió no estacionar. Continuó la marcha como si estuviera realizando una ronda con un coche patrulla. Como tantas y tantas había vivido en el pasado antes de escalar a su actual posición.

Recordó una de sus primeras veces. Conducía su compañero, un policía que le doblaba tanto en edad como en tamaño. *El gordo y el flaco* los llamaban al entrar en comisaría. Estaban a punto de llegar a la base cuando un camión de basura se estampó contra ellos. Cuando despertó, tenía dos vertebras fracturadas, la pierna derecha machacada y un vendaje aparatoso en la cabeza. Su compañero, el mal llamado gordo, murió en el acto. Desde aquel momento su

personalidad empezó a cambiar. Las bromas y sonrisas por su parte se extinguieron como los dinosaurios al impactar el meteorito.

Habían pasado dos horas desde la consulta cuando el agente Ramírez recibió la respuesta que esperaban. Se dirigían al hotel Luz de Luna. Ninguno de los dos había escuchado antes hablar de él. Aina, la exuberante recepcionista los recibió con desgana. Estaba esquiva e inquieta. Todo lo contrario a lo que solía ser ella.

—¿Está aquí hospedado Enrique Giménez Campos?

Aina revolvió su trasero en la silla al escuchar el timbre desgastado del inspector Hidalgo. Empezó a hacer leves movimientos con sus cejas y mordió su labio inferior. No había que ser un lince para interpretar sus gestos y saber que estaba nerviosa.

—Nnnn…nnnn no —tartamudeó.

—¿En qué habitación?

—¿Quiénes sois?

El agente Ramírez desplegó su lustrosa placa con orgullo. Como siempre que la descubría de su funda, hizo una mueca vaporosa de superioridad elevando el mentón hacia arriba. Un gesto involuntario pero cargado de simbolismo.

—Os he llamado hace dos horas. ¡Dos horas!

—¿Qué está diciendo, señorita? —preguntó el inspector, que parecía menguar todavía más su tamaño.

—Enrique hace unas horas que se marchó. Estaba raro. No paraba de mirar a ambos lados con el semblante desencajado. Luego me amenazó que si llamaba a la policía me mataría. Os llamé en cuanto se fue.

—No teníamos constancia de esa llamada. Le pido disculpas.

—¿Cómo es posible que supiera que vendríamos? —preguntó el agente Ramírez mirando a su compañero.

—Después de escapar del hospital, no me parece tan raro. Lo que todavía no sabemos es por qué huyó.

—Su cuerpo ahora mismo estará gobernado por quién sabe qué sustancias. Lo más seguro es que fuera puesto y se asustara al vernos.

—El pipiolo que debía de encargarse de él no se lo puso muy difícil.

—¿Habéis venido a discutir vuestras historias a mi hotel? —preguntó Aina sin levantar la vista del ordenador.

—Tiene usted razón, señorita. ¿Podría facilitarnos la entrada a su

habitación?

—Pues…

El inspector no iba a aceptar una negativa como respuesta. Se acercó al mostrador y apoyó los codos sobre este quedando a centímetros escasos de la recepcionista, quien aceptó sin vacilar. Aquel saco de huesos imponía mucho. Esos ojos encendidos en lo alto de su rostro apagado causaban mucho respeto.

La habitación que encontraron no tenía nada reseñable. Ropa sucia esparcida por el baño, toallas todavía mojadas y llenas de sangre, restos de pizza en la mesilla de noche, restos de droga por el suelo, unas zapatillas llenas de barro, cuatro euros en un pantalón vaquero y un cigarro partido en el interior de la papelera. El mismo escenario que habían visto con los otros suicidas.

—No hay nada —dijo el inspector al salir del baño y volver a la habitación donde se encontraba su compañero—. Vamos a montar guardia aquí. Dos hombres lo esperarán dentro y otros tantos en el exterior. De modo que, cuando entre en el hotel, estos dos últimos lo seguirán a una distancia prudencial y, cuando se dirija a su habitación, esperarán afuera hasta que lleguemos. No tendrá escapatoria.

—¿Por qué no esperamos nosotros?

—Porque tenemos que volver a la comisaría. Kratos pasará a disposición judicial y le perderemos la pista en unas horas. Debemos aprovecharlas.

CAPÍTULO 37

Una capa fina de nieve comenzó a cubrir las calles. Una adolescente que se tambaleaba se detuvo en medio de la calzada, cerró un ojo y sacó la lengua a modo de burla. Posteriormente, lanzó una *selfie* aprovechando la estampa. Por su rostro, no debía de ser mayor de edad todavía. Yago la miró apesadumbrado. Se preguntó quién sería el receptor o si tal fotografía acabaría tendida en una red social. En ambos casos el resultado podía ser impredecible. Una simple imagen podía acabar en las manos equivocadas y hacer mucho daño. Cuando ambos se cruzaron, estuvo tentado de conversar con ella. Sus miradas se alinearon por un instante y ella pareció ofenderse. Este siguió avanzando sin detenerse a escuchar la chulería de la jovenzuela.

Coche rojo, coche negro, coche blanco, blanco, gris, negro, negro, azul, calle. Intentó buscar una relación entre todos ellos antes de empezar la nueva secuencia al otro lado de la vía. Blanco, negro, gris, gris, azul, rojo, rojo. Nada. Su cabeza no pudo solucionar el galimatías imaginario que él mismo se había planteado. La respuesta, evidentemente no existía. Su posición había sido aleatoria y no había nada que solucionar. Se acordó de su infancia. Cuando su hermana lo llevaba a clase y jugaban a las matrículas.

—Setenta y cinco menos veintidós —dijo Raquel señalando la matrícula de un Seat Ibiza de color blanco.

—Cincuenta y tres.

—Catorce menos diez.

—Cuatro.

—Noventa y uno menos dieciséis.

—Esa es demasiado difícil.

—Venga, no seas vago.

—Sesenta y cinco —respondió después de varios minutos.

—No. No es correcto.

—No tengo ganas de jugar más.

—Y yo tampoco de llevarte a clase, así que esfuérzate.

—¡Cállate, bruja!

Yago volvió al presente con un nudo en la garganta. Aquella ensoñación le hizo darse cuenta de lo cruel que había sido con su hermana al enfatizar su mayor complejo en todas las discusiones. Si algo le molestaba era que le llamaran bruja y, tanto él como sus

amigos, lo hacían casi a diario. Desde que ella asumiera su tutela, no había hecho más que machacarla. Nunca le había dado las gracias por hacerle la comida ni lavarle la ropa. Tampoco por despertarlo para ir al colegio y ayudarle en los deberes. Su comportamiento había sido desde bien pequeño el de un dictador. El de un maltratador psicológico que no le importaba nada más que su ombligo. Le hubiera gustado hablar con ella una vez más. Despedirse de la única persona que lo había aguantado. Pero era tarde. Ahora era un fugitivo cuyo mayor deseo era alcanzar el Nirvana. Reiniciarse y empezar de nuevo. Estaba cerca de su objetivo. Solo tenía que dejarse caer por el abismo pero, para eso, todavía debía sobrevivir dos días. Dos días más.

—Chico, ¿te apetece pasar un buen rato? —la voz no fue más que un susurro en la noche.

Yago se dio la vuelta. Una prostituta escondida en el interior de un portal lo llamaba con una indumentaria veraniega. Sus ojos reflejaban la tristeza que su sonrisa intentaba camuflar. Sus piernas se movían rítmicamente, pero no estaba bailando. Intentaba calentar lo que la falda amarilla no cubría. Aquel oficio milenario seguía siendo tan primitivo como en sus inicios.

—¿Qué me ofreces?

Acostumbrado a lidiar con fulanas, su respuesta fue tan natural que cualquiera hubiera dicho que se conocían de antes. Nada más lejos de la realidad.

—Por ciento veinte euros la hora, lo que tú quieras.

—Suena bien. ¿Dónde?

—Aquí mismo. En el tercero c.

Yago no pudo evitar, mientras accedía al edificio, revisar los nombres en el videoportero. Todos los timbres contenían uno o dos apellidos menos el tercero c.
En Madrid, Barcelona y las principales ciudades españolas eran muy comunes los pisos francos en edificios residenciales. Algunas prostitutas, mientras no tenían servicio, bajaban al portal para evitar que los clientes llamaran a otros timbres y molestaran a los vecinos. Algo más habitual de lo que debería ser.

El piso era muy similar a los que solía frecuentar: una sala con varias sillas y sillones donde se esperaba para la selección, una mesa con bebidas alcohólicas junto a una nevera doméstica y un extenso pasillo con habitaciones en uno de sus lados. Todas equipadas con un mueble con sábanas, preservativos y lubricantes, un plato de ducha, un retrete y un lavadero, una cómoda y una cama de uno cincuenta.

—¿Qué vas a beber?

La prostituta se quitó una camisa de malla y sus grandes senos quedaron tapados levemente por un sujetador blanco diminuto. Yago se quitó la chaqueta al recibir la embestida del climatizador que pregonaba treinta grados en un panel frontal.

—Ginebra con tónica. ¿Puedo dejarla aquí?

—No. Éntrala en el cuarto. A estas horas no suele venir gente muy legal, y hoy Vladimir no está para protegernos.

—Sin problema. ¿Puedo? —dijo mostrando la caja de especias.

—Si me invitas —sonrió, llenando de arrugas su rostro embadurnado de maquillaje y cansancio.

—Por supuesto. La vida hay que compartirla.

Ambos se rieron. Yago enfiló el pasillo con el vaso en una mano y la cazadora en la otra. Todas las puertas estaban cerradas. De algunas de ellas rezumaban quejidos y exigencias a voces.

Al entrar en la habitación, todavía quedaban vestigios del último servicio. El ambiente estaba cargado por una amalgama de olores corporales. La prostituta advirtió la mueca de asco de su cliente y abrió la ventana, provocando una renovación de aire instantánea.

—¿Mucho trabajo hoy? —preguntó, con un timbre como si estuviera hablando con el panadero.

—Bueno, no puedo quejarme.

—¿Aquí? —señaló la parte superior de la cómoda.

—Mismo.

La prostituta se deshizo de la falda y se recostó en la cama mientras su cliente castigaba sus fosas nasales con cocaína. Seguidamente, se lanzó a devorar su parte mientras él apuraba el último sorbo de la copa.

—Parece que tenías sed —dijo besando su cuello.

—Bastante. En las últimas horas he estado muy tenso y he sudado mucho.

—Imagino que sabrás cómo funciona esto.

Yago asintió y se fue hacia la ducha. Ella, aprovechando el momento, regresó al recibidor y cogió provisiones: una cubitera con hielo, unas pinzas, una botella de ginebra y varias latas de tónica. El hombre que había recibido no parecía ser el típico que va con prisas. Todo lo contrario, desde el primer momento se había mostrado comunicativo y paciente. Esos eran los que más le gustaban a ella. Con

suerte, la ecuación quedaría resuelta con una mamada y un par de movimientos de cadera. El resultado serían cientos de euros por un trabajo de lo más sencillo. Encima, el nuevo cliente era joven. Aunque, pensándolo bien, a esas horas todos solían tener el mismo perfil. Los ancianos no solían aterrizar por aquel lugar pasadas las ocho de la tarde.

Cuando regresó a la habitación ya se había duchado. Se encontraba desnudo, recostado en la cama y con gran parte de su cuerpo ensangrentado. El rostro de la prostituta se volvió albo. Retrocedió sobre sus pasos y regresó al pasillo donde vomitó sobre la moqueta.

—¿Qué ocurre? —preguntó Yago.

—¿Qué tipo de enfermedad o mierdas es, es, es-eso? —tartamudeó.

—Nada que deba preocuparte ahora.

—Sí me preocupa. No voy a tener sexo con un leproso.

La prostituta siguió retrocediendo mientras Yago seguía sus pasos por el pasillo.

—¡No! Esto no es lepra.

—¿Entonces qué es?

—Pues…

A su mente vinieron los recuerdos de Ivana. La exuberante prostituta búlgara con la que conectó tanto en la furgoneta. Sus pechos y mejillas azotaron sus pensamientos. También el dulce olor que desprendía. La inocencia en la mirada. Luego vio su cuerpo estirado en el suelo tintado de sangre. Sus ojos azules entreabiertos mirando al vacío y el gesto de su cara pidiendo clemencia. Los cortes por los que ahora debía responder tenían su origen y era ella. Kratos le había prometido que, con esa penitencia, lograría el perdón, pero lo cierto era que no había momento en que no pensara en lo sucedido aquella noche.

—No sabes ni cómo te lo has hecho. ¡Eres un desgraciado! —gritó.

Yago se abalanzó sobre ella y la embistió al interior del cuarto con violencia. El cuerpo de la prostituta golpeó contra el suelo y se quedó inerte. Yago se echó las manos a la cabeza. Lo había vuelto a hacer. Había vuelto a atacar. Su instinto de supervivencia le pidió que huyera. En cambio, el remordimiento le pidió actuar. Se lanzó al suelo y con los dedos buscó el pulso en el cuello de la mujer. Afortunadamente latía. Estaba viva. Solo había sufrido un desmayo.

Ahora era cuestión de esperar y pedirle disculpas.

—Ayuda —susurró la prostituta al recobrar la conciencia.

—¿Qué necesitas?

—No me hagas daño —suplicó entre lágrimas.

En aquel momento de máxima vulnerabilidad se acordó de Vladimir. El encargado de proteger a todas las integrantes del piso. Aquel matón lo hubiera aplastado y enterrado si ella se lo hubiese pedido.

—Lo siento. Lo siento mucho.

—Vete, por favor.

—No era mi intención hacerte daño.

—¡Vete! —gritó.

Yago corrió hacia ella para silenciarla, pero no logró llegar a tomar contacto.

CAPÍTULO 38

—Estaba cansado de escuchar siempre lo mismo. Siempre las mismas sandeces. «No encajas en nuestro perfil. No cumples con los estándares de esta empresa». Nadie querría algo así para su familia. ¿Por qué lo iba a querer para su empresa? Comentarios como este eran habituales en las entrevistas que realizaba. Mi carácter había dejado huella en mi expediente laboral y nadie quería darme una oportunidad. La sociedad quería que desapareciera. El sistema quería que desapareciera. Que me tornara invisible o simplemente no existiera. ¿De qué demonios puede o debe sobrevivir una persona desplazada por todos? Una sociedad con estereotipos debe estar preparada para combatir la furia de los que quedan fuera de ella. Eso es real. No somos monstruos.

—Creo que la psicología y la medicina pueden ayudar a contrarrestar ese vacío. No deberías haber llegado tan lejos. Hay muchos pacientes con tu trastorno y no necesitan lanzar a las masas al suicidio.

El psicólogo se encontraba en el calabozo con Kratos. Llevaban horas conversando y parecía que la personalidad maligna estaba mostrando su parte más frágil. Se notaba ligereza en las palabras y los gestos. Intentaba justificarse continuamente con nuevos datos. Cada oleada de palabras era más aterradora que la anterior. Lo peor era que, según su razonamiento, había hecho lo correcto.

—No estoy de acuerdo con eso que has dicho.

Kratos cogió su melena e intentó hacerse una coleta con su propia cabellera. Tras esto, se deshizo de la sudadera que había llevado en todo momento y mostró una camiseta blanca con una flecha de color rojo. Este movimiento inundó el habitáculo de un olor rancio. Desde que fuera apresado setenta horas atrás, no había vuelto a correr el agua por su cuerpo.

—¿Con qué no estás de acuerdo? —preguntó a la misma vez que bostezaba.

—Con que la psicología y los fármacos podrían haber subsanado el problema. ¿Qué diferencia hay entre un medicamento y mi proyecto? Bueno, sí, admito que yo no he utilizado ni cobayas ni primates primero. Tampoco canes ni demás animales. Yo he lanzado mi propia terapia de reinicio directamente con personas. Los resultados no los podemos saber a ciencia cierta, pero quien se presta a algo así es alguien que está muy al límite.

—¿Crees que así vas a solucionar sus vidas? ¿Crees que

matándolos van a reiniciar sus vidas y empezarán a ser felices en otro lugar?

—Sí —respondió con firmeza—. A mí la vida no me lo puso nada fácil. En mi infancia, recibía palizas e insultos todos los días simplemente por diversión. Mi físico fue objeto de burla casi desde el primer día que nací. Mis abuelos, mis tías e incluso mis padres cuchicheaban a mis espaldas.

—Si te sirve de consuelo, yo también recibía insultos por llevar gafas. ¿Nunca pediste ayuda?

—La autoridad dictatorial de mi padre no empatizaba con nadie. Se creía el mismo emperador Marco Aurelio, llegaba a casa con prepotencia gritando a los cuatro vientos a quién había despedido ese día. Le encantaba romper familias con su pulgar abajo y borrarlos del mercado. Despedir a los trabajadores en una multinacional era su oficio. Yo no podía estar más tiempo en la misma casa con mi padre. Así que él fue el primero en ser guillotinado.

Una corriente eléctrica recorrió el cuerpo del psicólogo. Con los vellos de los brazos queriendo despegarse de su piel, lanzó su cuerpo hacia delante. La silla crujió tras el movimiento defensivo. Un suspiro entrecortado y fugaz delató el estado de nervios que estaba sufriendo. Kratos pareció percatarse mostrando una sonrisa maliciosa. De esas que cortan la respiración y te destruyen por dentro.

—Anduve un tiempo observando cómo se jactaba de sus víctimas. «Lloraba como una niña. Me dijo que tenía tres hijos. Que su mujer estaba enferma. ¿Y a mí qué me importa?», gritaba mientras era palmeado por sus amigos. Mi odio hacia gente como mi padre fue en aumento. Tanto que ya no soportaba su presencia. Para deshacerme de él ideé un plan. Aproveché una noche que mi madre había salido con mi hermano a cenar y actué. Mi padre, como de costumbre, rechazó acompañarla. Yo fingí un dolor de cabeza y me quedé en casa. Cuando mi padre me ordenó que le hiciera la cena, le preparé una sopa. Le encantaba. Hasta me dio las gracias. Lo que no sabía era que estaba cargada de somníferos como para sedar a cien elefantes. Aquella noche no dormí. No por arrepentimiento, sino por la emoción de ver el resultado. A la mañana siguiente mi madre fue la primera en descubrir su cadáver en el sofá. A día de hoy nadie me ha hecho ninguna pregunta por su muerte. A pesar de que la autopsia revelara que había muerto a causa de los fármacos. Nadie se fijó en mí. Tampoco en mi madre ya que, cuando se dató su muerte, aún no había llegado a casa. En su caso tenía la coartada de haber cenado con seis o siete amigas. Aunque ante la sociedad mostraba tristeza, lo cierto es que nunca la vi llorar. En el fondo estoy convencido de que

se liberó de una gran carga.

La portezuela del calabozo se abrió. El inspector Hidalgo entró con una fotografía de Yago en las manos. Kratos se levantó y se enfrentó a él.

—¿Por qué llevas una foto de mi hermano?

—¿No se lo has dicho todavía?

El psicólogo se encogió de hombros.

—¡Eres un auténtico inútil!

—Yago está metido en el abismo —dijo en un tono solemne—. Hasta el fondo. No sabemos si le quedan días, horas o quizá esté lanzándose al vacío ahora mismo. Esta fotografía fue tomada a la salida del hotel en el que ha estado hospedado los últimos días.

—Eso no puede ser. Una de las condiciones para participar en mi proyecto era tener treinta años y él solo tiene veinticuatro. Debe de ser un error.

El inspector soltó una sonora carcajada. A continuación, se encendió un cigarrillo y dejó caer lo que quedaba de su organismo famélico en la cama. Kratos se echó las manos a la cabeza y comenzó a lloriquear a la vez que golpeaba con la palma de su mano la pared.

—No puede ser.

—¿Eres Kratos? —preguntó el inspector.

—¿Quién iba a ser sino? ¿Ves a alguien más en la sala además de vosotros dos?

—¿Revisabas personalmente todos los registros? —preguntó el psicólogo, que ahora tenía al paciente o sospechoso a sus espaldas martilleando la pared. Acto seguido se levantó de la silla y se sentó junto al inspector—. ¿Me refiero a que si alguien te ayudaba o lo supervisabas tú mismo?

—Por supuesto que lo hacía yo. Debe de ser un error, el último participante que acepté entrar en mi proyecto se llamaba…

—Enrique —interrumpió el inspector.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó con un hilo de voz.

—Utilizó un nombre falso. Hemos estado en su hotel. Hemos visto grabaciones en todos los lugares que ha frecuentado los últimos días. Necesitamos que nos digas cuál será su próximo movimiento.

Kratos se quedó callado, tiempo en que el inspector quemó un par de cigarrillos más. El silencio humeante del calabozo era de lo más tétrico. Cada uno envuelto en sus pesquisas. Sin moverse, sin aportar

nada nuevo, en silencio. En silencio. En silencio.

—¡Traedme mi ordenador! —gritó con todas sus fuerzas.

—Oído —dijo el agente Ramírez desde el exterior.

«Cálmate. No lo eches todo a perder. Lo conseguirás. Tan solo tienes que ser paciente», se decía a sí mismo el inspector Hidalgo. Los tres minutos que tardó su ayudante en aparecer con el aparato se le antojaron como si hubiera pasado una década. Miraba fijamente a la puerta rezando para que se abriera. Como si aquel gesto fuera a afectar en algo.

El agente Ramírez apareció con el ordenador portátil con la pantalla desplegada e iniciando el proceso de encendido. No había tiempo que perder. La idea era que, cuando llegará a las manos de su dueño, únicamente tuviera que poner la contraseña y acceder.

Así fue. Kratos se sentó en el suelo y acomodó el instrumento encima de sus piernas. Sus dedos se lanzaron al teclado sin mirar siquiera la pantalla. La contraseña de dieciséis dígitos fue aceptada a la primera. El fondo de una montaña con un precipicio de rocas voluptuosas lo recibió. «Mi mayor metáfora», pensó orgulloso de lo lejos que había llegado con su proyecto. Por un momento se olvidó de Yago y disfrutó de sus triunfos. Los cinco suicidas o reiniciados justificaban todo el trabajo invertido. No pudo evitar sonreír.

—¡Date prisa! —gruño el inspector gesticulando airadamente.

Kratos volvió nuevamente a centrarse en su verdadero cometido. Miró con recelo la imagen de su ordenador y cambió el gesto súbitamente.

—¿Quién ha movido los archivos?

—Los informáticos han peinado cada byte de este ordenador. Todo lo que hay en su interior es de importancia para nosotros.

—Ah, ¿sí? —preguntó con sarcasmo—. ¿Y qué habéis encontrado? ¿El buscaminas?

El agente lanzó una mirada de desprecio.

—Todo mi proyecto está oculto en un programa encriptado. El Krobin es fantástico.

El Krobin era un programa de origen ruso utilizado por hackers y sobre todo por personas con actividades delictivas y fraudulentas. Se encontraba oculto en la papelera de reciclaje y, tras presionar simultáneamente los comandos Ctrl + Alt + F1 + K + Alt + r + Alt + o + F2 + b + Supr + i + Alt + n, se ejecutaba.

En su interior había de todo: chats donde se hablaba

airadamente de la venta de órganos, canales para comunicarse con camellos o incluso con cárteles de la droga mejicanos, hackers que ofrecían servicios de sabotaje a grandes empresas o robo de documentos a terceros, envío de mensajes programados a cualquier país y un panel de anuncios donde podía solicitarse cualquier servicio y cuya principal demanda eran palizas, robos o chantajes. Desde este último, había conocido a Ricardo.

Kratos ejecutó la secuencia y la papelera desapareció mostrando el holograma de una K envuelta en llamas. Sin tiempo que perder, pulsó los veintidós caracteres que formaban su clave y el nuevo mundo se desplegó ante sus ojos.

—¿Qué es esto?

El inspector Hidalgo, que había observado de cerca sus movimientos, se sorprendió ante la situación que había presenciado. Ninguno de los servicios de inteligencia del mundo era conocedor, o al menos había informado, de la presencia de dicho programa. Decenas de banners se movían de arriba abajo con anuncios aterradores.

PALIZAS A DOMICILIO DESDE 300 EUROS

COBRO DE TODO TIPO DE DEUDAS SIN IMPORTAR EL INDIVIDUO. LA COMISIÓN SERÁ DEL 10% DEL DINERO RECUPERADO.

SE BUSCA MULA PARA TRANSPORTAR DIEZ KILOS DE HACHIS DESDE TARIFA A MADRID. 2000 EUROS

DESAPARICIÓN DE CADÁVERES DESDE 6000 EUROS.

AJUSTE DE CUENTAS. ESPECIALISTAS EN TORTURAS CHINAS. PRECIO A CONSULTAR.

La lista parecía no tener fin. Kratos accedió a la zona de mensajes que había enviado el sistema y vio los que quedaban todavía programados. El día once había sido enviado, puesto que estaba marcado en verde. Mientras que los días doce y trece permanecían en rojo.

—¡Cancela el envío! —exclamó el inspector, con un tono de superioridad como si hubiera descubierto la penicilina—. De esa manera, no sabrá qué hacer.

Kratos negó con la cabeza.

—No es posible. Las programaciones no se pueden ni borrar ni cancelar. Lo que aceptas en el Krobin es inamovible. No podía ser todo perfecto.

—Si el mensaje del día once se ha enviado, eso quiere decir que

nos quedan como mucho dos días —dijo el agente Ramírez.

El inspector Hidalgo lanzó su dedo índice por encima de su propia cabeza y miró a su compañero con una risa sardónica.

—Lo tengo. Vamos a crear un anuncio en el programa solicitando su búsqueda. Como recompensa, pondremos una suma elevada de dinero que, evidentemente, no vamos a pagar. Seguro que los maleantes que frecuentan este programa se echan a la calle y dan con él.

CAPÍTULO 39

Cecilia estaba tumbada en la cama leyendo un libro con su particular gesto, ese que ponía cuando algo le interesaba y a Yago tanto le gustaba. Él la observaba desde la lejanía. No necesitaba más. Admirar su silueta y oler su perfume eran suficientes. Ella levantó una ceja. Sabía que su amado la estaba mirando, pero ansiaba tanto que la abrazara y besara que no cesaba en su intento por llamar su atención. Yago captó la señal y se acercó.

—Te pones tan guapa cuando lees —dijo antes de juntar sus labios.

—¿Solo cuando leo?

—No, tú estás guapa siempre.

—Entonces, ¿por qué lo estropeaste todo?

—¿A qué te refieres?

—Los celos, los gritos, todo aquello que hizo que nos separáramos.

—Yo te quiero.

—¿Qué vamos a hacer con él? —preguntó una voz.

Yago, una vez más, había vuelto a soñar con Cecilia, su ex, el amor que perdió por su mala cabeza. Después de tantos años fuera de su vida, seguía acordándose de ella casi todas las noches.

—¿Qué hacemos?

Al escuchar la pregunta lanzada por un hombre con un marcado acento del este de Europa, todos sus sentidos se pusieron en guardia. Tenía frío. Se encontraba en la más absoluta oscuridad tumbado en el suelo. Intentó moverse, pero estaba atado de pies y manos.

—La chica dice que la ha golpeado —respondió una voz femenina, también con acento del este.

—¿Quién anda ahí?

Yago sintió una presencia acercarse. Seguidamente, unos fuertes brazos tiraron con decisión de su cabeza retirando la venda que le impedía ver. La luz entró en sus ojos como si fueran agujas. Aun así pudo advertir que a su alrededor había dos mujeres y un hombre corpulento con la cabeza afeitada y los ojos claros. Su mirada estaba cargada de odio. Por sus cicatrices en el rostro y su ausencia de tabique nasal, intuyó que podía haber sido boxeador.

—¿Qué ha pasado?

—Eso digo yo. Un día que no vengo a trabajar y agreden a una

de mis chicas. Lo vas a pagar caro —añadió golpeando sus puños.

—No era mi intención hacerle daño. Solo quería que se callara. ¡Soltadme, por favor!

Ambas extremidades estaban bloqueadas por dos grandes bridas. En el suelo había restos de sangre. Una de las chicas, alertada por los gritos de su compañera, acudió en su ayuda y lo golpeó por la espalda con una botella de cristal. Instantáneamente perdió el conocimiento y fue trasladado por varias prostitutas a rastras por el pasillo. Varios clientes que habían finalizado sus servicios se cruzaron con la escena al salir de las habitaciones. Ninguno de ellos hizo la mínima intención de intervenir. Todos salieron con la misma energía con la que habían entrado. Cuando el último de ellos abandonó el piso, la *madame* llamó a Vladimir y este acudió en su ayuda a los pocos minutos.

El aviso que había recibido lo había puesto furioso. Había recorrido los dos kilómetros que distaban su casa, del piso franco, a lomos de su motocicleta sin detenerse ante ninguna señal de tráfico. Cuando la encargada de las chicas abrió la puerta se lanzó a sus brazos.

—La chica dice que la has golpeado varias veces —dijo en un tono de lo más hostil.

—No. Eso no es cierto. Solo la he empujado.

Yago estaba tumbado boca arriba con las manos en la espalda. Los músculos de sus hombros pedían tregua. Ardían como si fueran a romperse de la tensión ejercida sobre ellos. El hombre corpulento del este se acercó hasta su posición y le hundió la bota militar en su tórax. Los cien kilos de peso oprimieron sus pulmones al instante. El aire entraba con tanta dificultad que pensaba que iba a dejar de hacerlo en cualquier momento.

—¡Mis chicas no mienten! —gritó. Luego, retiró la presión.

—¿Qué podemos hacer con él? —preguntó la *madame* con cara de preocupación—. Debería pagar el servicio más el recargo por haberla agredido.

—Perfecto —respondió Vladimir con una amplia sonrisa.

—¿Cuánto? —balbuceó Yago, que se esforzaba por respirar y apaciguar el dolor en el pecho—. Pagaré y me iré.

—Por el servicio —miró a la jefa y a la otra chica que la acompañaba—, seiscientos euros. Por tu culpa hemos tenido que cerrar. Eso son cinco servicios de una hora. Por la limpieza de la moqueta del cuarto y la sangre que has derramado por el pasillo otros seiscientos. La sangre cuesta mucho…

—¿Cuánto? —interrumpió Yago.

Vladimir le golpeó con la bota en las costillas y, mientras este se retorcía en el suelo, prosiguió.

—Por haberme despertado y sacado de la cama con cerca de cuarenta grados de fiebre, dos mil euros. En total son cuatro mil. Los ochocientos restantes para la chica que has agredido.

—Traed mi móvil y os lo pagaré.

—¿El móvil? —preguntó la *madame*—. ¿Te refieres a esta reliquia del siglo pasado?

Yago cerró los ojos y estuvo a punto de derrumbarse cuando cayó en la cuenta que había destruido su teléfono en el hospital. Desde su dispositivo podría haber realizado el pago a través de la aplicación de su banco con solo acercarlo al datáfono. Ahora, con el actual, el que le había dejado Kratos en el hotel, solo podía llamar y recibir mensajes. Nada más.

—¡Mierda! No me acordaba que había perdido el mío.

—¿Cómo pensabas pagar el viaje con la señorita? —preguntó Vladimir.

Yago se quedó sin respuesta. El hombre que tenía delante estaba poniéndose cada vez más violento y sus opciones eran mínimas. Nada de lo que dijese podría calmar a aquella bestia rapada e hinchada por la testosterona.

—Llama a tus padres, hermanos o a quién tú quieras. Pero de aquí no te vas a ir hasta que no pagues la deuda. Por cada hora que demores, el pago de tu libertad valdrá mil euros más.

—No recuerdo ningún número de teléfono. No tengo padres.

—Aquí no se puede quedar. ¡Deshazte de él! —sentenció la *madame*.

Cuando Vladimir llamó a su compatriota Olei para pedirle ayuda, este se mostró reticente desde el primer momento. «¡Te daré mil euros!», le prometió si revertía la situación. «Haber empezado por ahí, Vladi.», respondió entre carcajadas su buen amigo. Ahora se encontraban en la furgoneta de reparto con algo más que frutas y hortalizas en la parte trasera.

Yago iba de un lado a otro golpeando su cuerpo contra las paredes del vehículo. Había llorado tanto sobre la tela que cubría sus ojos que ya no le caían lágrimas. Intentaba gritar con todas sus fuerzas, pero la cinta americana amortiguaba todo intento por solicitar ayuda. La prostituta que lo recibió en la calle, lejos de haberle

brindado un buen rato de sexo, lo había condenado a una suerte incierta. Cierto era que él la había empujado, pero según su criterio de forma involuntaria. Nada de lo que le estaba ocurriendo era justo.

El furgón dio un giro brusco y decenas de lechugas cayeron sobre él. Segundos después, se detuvo y la puerta se abrió.

—¿Cuánto tiempo va a quedarse aquí? —preguntó Olei.

—Unas horas. Serán solo unas horas.

—Llévalo a la sala de máquinas. Dentro de ella hay una trampilla de una balsa de riego antigua. Ahora está vacía. Allí podrá gritar todo lo que quiera que mis motores lo silenciaran.

Se encontraban en una nave ubicada en el polígono industrial San Marcos en Getafe. En ella había diez cámaras frigoríficas donde se almacenaban frutas y verduras que luego se distribuían en cientos de fruterías de Madrid. La sala de máquinas estaba formada por cinco compresores de tornillo que emitían un alto nivel sonoro.

El cuerpo de Yago resbaló por la superficie de la furgoneta como si fuera una hortaliza más. Los dos hombres lo transportaron en volandas. Cada uno de los movimientos que realizaba para zafarse era neutralizado por medio de un golpe en la cabeza o en sus partes íntimas.

Un estruendo ensordecedor le avisó que había llegado al destino. Le gustaría haberse tapado los oídos, pero sus manos seguían adosadas a su espalda. Un atisbo de luz entró por debajo de la venda que cubría sus ojos cuando esta se movió un poco.

La silueta de un hombre bajo y de buenas carnes cargaba con sus piernas. Mientras que Vladimir lo sujetaba de las axilas con sus poderosos brazos. De pronto, lo dejaron en el suelo con torpeza. Un giro de llaves y el estruendo se intensificó. Una corriente de aire sahariana salió de la sala como si un dragón medieval hubiese abierto la boca. La mala ventilación había convertido aquel lugar en un auténtico horno.

—¿Piensas pagar? —gritó Vladimir con autoridad militar. Seguidamente, retiró la cinta que cubría su boca—. ¡Responde!

—Ya te he dicho que sí —tartamudeó—. Necesito ir al hotel a por la documentación. ¡Llevadme allí y os pagaré!

—¿Otra vez con la historia del hotel? Vamos a ver si un poco de ruido y calor te aclaran las ideas —dijo Vladimir antes de volver a levantarlo.

—No, no por favor. Os pagaré el doble.

Las palabras de Yago quedaron difuminadas por una hilera de compresores que movían sus entrañas a toda prisa. Aunque no había logrado convencerlos, por lo menos se había librado del tapón que cerraba su boca. Ya en el interior de la sala, pudo comprobar en sus carnes el fuego que había en ella.

El transportista de carnes abundantes soltó sus piernas y abrió una portezuela que había en la parte final. Una escalera de hierro oxidado se perdía en la oscuridad. Vladimir retiró las bridas que inmovilizaban sus extremidades y lo liberó. Por un momento Yago pensó que la pesadilla había llegado a su fin pero, desgraciadamente para él, no había hecho más que comenzar.

—¡Baja! —ordenó el musculado—. Como se te ocurra hacer un movimiento que no sea lo que te he dicho, te entierro aquí mismo —sus ojos, enrojecidos, brillaban a causa de la fiebre que le había privado ir a trabajar horas antes—. ¿Lo has entendido?

Yago asintió. Sin más, se arrodilló en el suelo y sus pies comenzaron a descender. Cada peldaño lo alejaba más de la luz y lo enviaba a la oscuridad absoluta. Cuando llegó al suelo, había apoyado sus pies en los barrotes diez veces y la temperatura había descendido hasta los veinte grados. Comparados con los cincuenta de la sala, le pareció haberse trasladado a Siberia. La única entrada de luz fue cubierta por la cabeza de Vladimir que, sonriente, lo miraba como si estuviera disfrutando del espectáculo.

—¿Todo bien por ahí abajo?

—¡Estáis locos! —gritó desesperado.

—Voy a lanzarte una linterna y el móvil para que pienses quién puede sacarte de aquí. Espero que, cuando volvamos a vernos, tengas las cosas más claras.

La puerta se cerró tras lanzar los aparatos y las tinieblas se adueñaron de su nuevo mundo. Un halo de luz se formó al encender la linterna y proyectarse contra el suelo que, como las paredes, eran de tierra rojiza. El techo estaba enlucido y lo sustentaban tres vigas de hormigón de unos tres metros de longitud que se hundían en los extremos. El habitáculo era rectangular y en forma de rampa. La parte por la que había descendido estaba un metro más elevada que la del lado opuesto. Pequeños arbustos habían crecido sin luz, alimentados por la humedad abundante.

—¿Qué hago? —se preguntó, con el mismo timbre que solía utilizar en las discusiones eternas con sus amigos mientras jugaban a la consola.

En aquel momento se acordó de ellos, en que estarían haciendo

en su lugar. Lo que no sabía es que su amigo Mario ahora estaba entre rejas acusado de un delito de fraude.

Al presionar el botón derecho del móvil, lamentó la dependencia tecnológica a la que había estado sometido desde su nacimiento. No haber sido capaz de recordar ningún número era grave, pero no lo era menos el no ser capaz de hacer cualquier operación matemática básica sin la ayuda de la calculadora o no saber escribir correctamente el castellano por el uso abusivo del corrector del teclado. Todas estas ayudas eran buenas hasta que, sin ellas, te convertías en un auténtico ignorante.

En la sala de máquinas, Vladimir cerró el pestillo de la portezuela mientras su amigo depositaba una losa de mármol encima. Un nuevo compresor arrancó elevando los decibelios hasta rozar el límite de tolerancia humana.

—¡Hay que ver cómo rugen estas máquinas! —gritó el más corpulento.

Su compatriota hizo un gesto para que abandonaran la sala.

—Son Mycon —respondió Olei orgulloso.

—¿Cómo dices?

—Los motores. Son de una marca japonesa llamada Mycon.

El rostro de Vladimir mostró indiferencia.

—Vladi, ¿qué vas a hacer con él si decide no pagar?

—Pagará —dijo con seguridad.

—¿Y si no lo hace?

—Ahí es donde entrarás tú en acción. ¿Te pensabas que solo te había llamado para transportarlo?

El hombre de buenas carnes comenzó a sudar al recordar uno de los muchos oficios que había desempeñado en Rusia. La tortura fue durante años su forma de vida. «Un verdadero torturador no desconecta al llegar a casa. Piensa nuevas formas de dolor». Esa frase, dicha por uno de sus maestros del castigo, había quedado grabada a fuego en su mente. Pasados treinta años desde su último interrogatorio sangriento, todavía seguía teniendo pesadillas con las caras y gritos de dolor lanzados por sus víctimas.

—Me prometí a mí mismo que no volvería a hacerlo —dijo apesadumbrado.

—Eso ya lo veremos.

CAPÍTULO 40

Las escasas emisiones de luz natural que entraban por la ventana del calabozo desaparecieron. Una noche nueva había empezado y seguían sin tener noticias del objetivo. El inspector Hidalgo se había quedado dormido en la cama de Kratos. Su cuerpo, después de una cifra indeterminada de días sin conciliar el sueño, había decidido tomar las riendas. El monstruo también dormía. En su caso, se encontraba sentado en el suelo con el ordenador portátil sobre sus piernas. El agente Ramírez estaba inmóvil junto a la puerta, con la mirada y la expresión perdidas. Él era el único que permanecía despierto a la espera del ansiado documento que les permitiera seguir adelante con la investigación. Ramírez, aprovechando la indisposición de su superior, había decidido poner en riesgo su puesto de trabajo por salvar una vida.

Restaban minutos para agotar las setenta y dos horas de arresto preventivo y, pasado ese tiempo, Kratos pasaría a disposición judicial. Si eso ocurría, la lentitud administrativa de la justicia dejaría a Yago en manos de la muerte.

De pronto, la puerta se abrió con lentitud. Un policía uniformado de expresión neutra portaba un papel en sus manos. Lo entregó y, sin hacer comentario alguno, volvió a sellar la sala. El agente Ramírez se apresuró a descubrir el contenido. El texto había sido escrito a mano.

Buenos días, Pedro.

Hemos conseguido borrar el historial de entrada de todos los registros nacionales. Le debéis una buena cena a Nelson. A efectos administrativos, la detención se ha producido a las siete de la mañana y ha entrado en el calabozo a las nueve de la mañana del presente día. Espero que el margen de tiempo ganado sea suficiente.

Nos debes una…

—Gracias.

Su estrategia de borrar de los archivos la entrada de Kratos había funcionado. De descubrirse algún día aquella trampa, de seguro irían a la calle todos los implicados e incluso serían juzgados por ello. Ni a Elena la administrativa, ni a Nelson el informático, ni a él le importaba. Una vida estaba en juego y, salvarla, era primordial.

El inspector Hidalgo abrió un ojo y se sobresaltó al darse cuenta de que se había quedado traspuesto.

—¿Cuánto tiempo he dormido?

—Cerca de siete horas —respondió el agente Ramírez después de consultar el reloj.

—¡No me jodas! —gritó—. En nada cumpliremos y este despojo humano se irá con los judiciales. Todo lo que hemos conseguido se irá a la mierda, y tú y yo quedaremos en una situación despreciable. Lo peor es que…

Su compañero se acercó con quietud y le entregó el papel. El inspector dio un respingo al leer su contenido. Posteriormente, puso a prueba sus articulaciones y, de un brinco, se puso en pie. Ramírez cubrió con los puños su rostro tras recibir un fuerte empujón de su superior. Lejos de amilanarse como solía hacer ante las vejaciones constantes, decidió plantar cara y prepararse para luchar. Aunque era un hombre pacífico, el cansancio y los nervios le pedían guerra. Un segundo embiste lo hizo retroceder. Cuando el puño izquierdo estaba preparado para dar salida, el inspector lo sorprendió con un efusivo abrazo.

—¡Eres un genio!

El agente Ramírez hizo un grito ahogado al verse invadido. Había estado muy cerca de apretar el botón e intentó serenar su pulso disparado. Su jefe era tan imprevisible que podía confundir hasta a la persona más equilibrada.

—Pensé que era la única manera de salvar el caso. Debo de decir que su nombre no se verá manchado si nos descubren. He escrito un documento con mi puño y letra alejándolo de cualquier responsabilidad.

—Creo que ya no es necesario que me llames de usted —dijo volviendo nuevamente a la cama—. Has superado con creces el período de adaptación. Poca gente me aguanta más de una semana. No tenías que haberte implicado tanto, eres todavía muy joven.

—No había otra opción. Espero que las cenas que he prometido las paguemos a medias.

Ambos rieron. Kratos se despertó y, por su expresión de pánico al verlos, no había ninguna duda de que se trataba de la otra personalidad.

—¿Por qué está aquí mi ordenador?

—Coge el portátil. Es hora de marcharnos.

El agente Ramírez, en lugar de mostrar empatía como las anteriores ocasiones que habían conversado, cogió el ordenador y salió de la celda tras el inspector. Los gritos y golpes los acompañaron de camino hacia el despacho.

La mayoría de detenidos se mostraban tranquilos e incluso comprensivos. Pero otros, sobre todo los borrachos o drogados, no aceptaban su condición temporal de presos. Así que se dedicaban a provocar a los policías, e incluso se autolesionaban para denunciar ser agredidos. Algo absurdo ya que todo quedaba registrado en una cámara que grababa video, pero no audio. En su día se había decidido así para abaratar costes. «Una imagen será suficiente para exculpar a nuestros funcionarios», respondió el delegado del Gobierno cuando se instalaron.

Después de caminar por los extensos pasillos con las paredes desconchadas y llenas de humedades y subir dos pisos con algunos de los peldaños rotos, llegaron al despacho. Tras el forcejeo habitual con la manecilla de la puerta, su guarida aceptó la entrada.

—Cada día peor —musitó.

El inspector se sentó en su trono. Descubrió el primer cajón de su despacho y sonrió al ver que todavía quedaban varias cajetillas en el interior del cartón que había comprado unos días antes. La nicotina y el humo viajaron por todo su organismo como un torrente imparable de agua. Hacía horas que no quemaba tabaco, las mismas horas que había dormido, y su cuerpo lo necesitaba tanto como el café que estaba preparándole su compañero. Unos minutos más tarde, apareció el ayudante aventajado con el queroseno que movía aquel viejo motor. Todavía humeaba cuando descendió por la garganta.

—Te iba a decir que estaba hirviendo, pero… —dijo Ramírez con cara de incredulidad.

—El café debe beberse caliente —respondió dando una nueva calada al cigarrillo mientras dejaba el vaso en la mesa—. Al igual que el *whisky* debe beberse solo con hielo y las lentejas deben comerse con pan. ¿Tú qué dices?

—La verdad es que ni me gustan las lentejas ni el *whisky*, pero me creo su palabra. Quiero decir —hizo una mueca de negación—, tu palabra.

El inspector abrió la pantalla del ordenador portátil de Kratos y esperó paciente hasta que terminó el arranque. La primera barrera apareció pidiendo la contraseña para acceder.

—¿Qué hacemos ahora?

El agente Ramírez, que había permanecido en silencio intentando enfriar su café a soplidos durante todo el proceso de inicio, sonrió al ver la cara de frustración del superior. Según le había confesado el informático, en el ordenador había sido instalado un programa que copiaba todo lo que el teclado marcaba.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Con la seguridad con la que has encendido el ordenador pensaba que tendrías las claves para acceder.

—Creía que el informático lo habría desbloqueado.

—Y yo. Pero según me dijo, mientras usted soñaba con su jubilación en Noruega viendo auroras boreales, desde hace un tiempo han dejado de hacerlo. Al parecer, algunos de los delincuentes, al invadir su intimidad, dejan de colaborar. De no haberlo hecho así, quizá nunca hubiéramos conocido el Krobin.

—No me llames de usted —replicó—. Todo lo que dices me parece perfecto pero, ¿cómo vamos a entrar?

—Que no lo desbloquee no significa que no utilice sus conocimientos. Al parecer tiene un espejo que copiaba todos los movimientos.

El inspector lamentó su nulo interés por la tecnología. A pesar de no haber entendido el término espejo, decidió no preguntar. Su compañero tampoco lo haría. Aunque en ocasiones lo humillaba, en el fondo lo respetaba y mucho. A su lado estaba creciendo tanto en lo profesional como en lo personal. Con el inspector Hidalgo nada era fácil y eso sabía que era bueno.

—Aquí tengo —prosiguió mostrando un papel— las contraseñas de acceso tanto del Krobin como del inicio.

—Gracias. Veo que, cuando me jubile, mi puesto estará asegurado.

Su tono de voz detonaba una mezcla de orgullo y conmiseración. Orgullo por saber que su herencia profesional quedaría en buenas manos y porque aquel al que llamaba perro faldero cuando estaba enfadado posiblemente tendría más conocimientos y herramientas de las que había tenido él. Conmiseración porque, en cierta medida, sentía que estaba quedándose obsoleto y sus facultades estaban cada vez más menguadas debido al cansancio y el insomnio.

—Somos un equipo —dijo el agente Ramírez después de meditar mucho la respuesta—. Lo importante es solucionar el caso.

—Sí —añadió con pesadez—. Somos un equipo.

—¿Puedo? —preguntó el más joven cogiendo el ordenador por los extremos.

Hidalgo asintió con la cabeza gacha y le cedió su asiento. Seguidamente, dio otra larga calada al cigarrillo y lo lanzó dentro del vaso de café. El humo invadió la sala al salir de sus pulmones.

—Vamos a ver si todo va según me ha explicado.

El agente Ramírez observó la clave de dieciséis dígitos y fue introduciendo con precisión quirúrgica cada una de las letras y números que la formaban. La montaña con el precipicio de gigantescas rocas apareció al aceptarla.

—¡Estoy dentro! —festejó con los brazos en alto.

Como si lo hubiera hecho otras veces, sus ojos buscaron la papelera y se adentraron en su interior. Nuevamente volvió a consultar la nota.

Ctrl + Alt + F1 + K + Alt + r + Alt + o + F2 + b + Supr + i + Alt + n

Una K envuelta en llamas les dio la bienvenida y, sin más espera que una mirada fugaz a la misiva, siguió avanzando hasta completar los veintidós caracteres que abrían la cuenta del Krobin.

—¡Lo tenemos! —dijo extendiendo la palma de su mano en alto.

El inspector estuvo tentado de vetar lo que consideraba una falta de respeto, pero finalmente sucumbió a las exigencias de la situación y devolvió el saludo a regañadientes. Dejar que le tuteara era una cosa, pero rebajarse a celebraciones infantiles era aceptar su pérdida de liderazgo.

—¿Alguien ha respondido el anuncio?

—No lo sé. ¿Recuerdas dónde se encontraba el área personal?

—Creo que ahí —dijo presionando con su dedo índice la pantalla como si fuera táctil.

—¡Han contestado! —gritó emocionado—. Inspector, su idea ha funcionado a la perfección.

—No cantes victoria todavía. Lee primero lo que dicen.

En el anuncio aparecía Yago sentado en un banco con una camiseta de tirantes negra y un pantalón corto. En el fondo había un pequeño lago y varios niños jugando a fútbol. «¡Se busca! Se recompensará con la cantidad de quince mil euros si se entrega con vida». Habían colgado el anuncio en busca de una reacción. Lo que no esperaban era que fuera tan rápida.

VladiRuss ha escrito: Tenemos al hombre del anuncio.

—Puede ser un farol. ¡Pídele una fotografía!

Kratos dice: Envía una fotografía para comprobar que se trata de la persona que andamos buscando.

Unas horas más tarde recibieron la prueba que habían solicitado.

CAPÍTULO 41

La puerta del zulo volvió a cerrarse después de recibir varios flashazos y, con ello, perder las esperanzas de salir de aquel claustrofóbico lugar. Habían pasado bastantes horas desde que había sido ocultado al mundo. Tiempo suficiente para explorarlo al detalle. Como ya había visto desde el primer momento al enfocar con la linterna, todas sus paredes eran de tierra a excepción del techo que era de hormigón. La pared donde se encontraba la escalera estaba anclada a la parte superior, por lo que los peldaños de las zonas bajas se separaban ligeramente de la pared al acceder a ellos. Las laterales, de no ser por las irregularidades propias de la excavación, podía decirse que eran simétricas. El tabique opuesto a la escalera tenía una boya unida a un tubo de hierro de una pulgada que había servido en el pasado para llenar la balsa. En la parte inferior había un desagüe de vaciado que, según pudo comprobar, era del tamaño de su brazo.

Tras un frustrado intento mental de huida, decidió que lo mejor que podía hacer era sentarse y guardar la batería de la linterna. Al apagarla, las tinieblas trajeron consigo acompañantes invisibles. Algunos insectos desplazándose por la tierra resonaban en sus oídos como si fuesen bestias. Algo que le inquietaba tanto o más que la escasez de oxígeno que llegaba a sus pulmones. En ese lugar sin ventilación, cada minuto que pasaba sentía que hacía más calor y que su cuerpo era más frágil. Más expuesto.

—¿Quién me manda a mí a meterme en ese prostíbulo? —susurró con una mueca de frustración en la más absoluta oscuridad.

En aquel momento a su mente comenzaron a llegar todo tipo de pensamientos. Se preguntó si saldría con vida de aquel agujero o si se convertiría en su ataúd. Se acordó de su madre y su sonrisa eterna. Una hermosa curva de esas que transmiten felicidad y ganas de vivir. Unas ganas que no fueron suficientes para superar el muro, como ella lo llamaba.

—Yago, este muro es muy grueso, pero si me ayudas podremos derribarlo —dijo con la ternura que la caracterizaba.

En su cabeza ya no había pelo alguno, tampoco en sus cejas, pero al estar pintadas, la linda expresión de su cara no se veía afectada.

—¿Dónde está ese muro? En la caja de herramientas hay un martillo.

—El muro es invisible.

—Entonces, ¿cómo quieres que derribemos un muro invisible?

—Pues… —pausó, buscando la mejor manera de responder… —hay dos tipos de muros. Los que podemos ver y los que no. Los que se ven, pueden destruirse con el viejo martillo de papá. Los otros, solo pueden tumbarse con muchos abrazos y mimos.

El pequeño Yago la miró con incredulidad. La metáfora que le planteaba su madre era demasiado complicada para su edad. A veces a su madre se le olvidaba que solo tenía once años.

—Yo te daré todos los abrazos y besos del mundo. ¿Cómo sabré cuando el muro esté totalmente derribado?

—Muy fácil. Cuando veas que vuelve a salirme pelo en la cabeza.

—¿Y si compramos una peluca en lugar de un pañuelo?

Su madre lo miró con los ojos llorosos. Los que había heredado él y ahora también brillaban al recordarla, sentado en la tierra. Sin saberlo, su madre generó un trauma que arrastró durante años. Aquel símil lo condenó a pensar que el muro no había sido derribado porque sus abrazos y mimos habían sido insuficientes.

—Te fuiste tan pronto. ¡Tan pronto, joder! —gritó haciendo aspavientos.

Aquella subida de tono lanzó su cuerpo a actuar. Apoyándose en las paredes se incorporó y enfiló la escalera. Ya en la parte superior, se agarró con fuerza del hierro a una mano y, con la otra, empujó el acceso sin modificar ni un adarme su estado. Subió un peldaño más y esta vez se sirvió de la espalda para intentar abrir. Nada. El fruto fue idéntico.

—¡Mierda!

Tras varios intentos y los mismos resbalones decidió que lo más seguro era descender al firme. No le fue fácil, ya que con las zapatillas llenas de tierra y convertido en barro debido a la humedad y el calor que él mismo desprendía, era muy difícil no sufrir una caída. El último tramo sobre todo fue el más complicado, cuando por la falta de apoyo, la escalera oscilaba como un péndulo.

El rugido espontáneo de su estómago pidiendo alimento lo hizo encogerse de dolor al hacer pie. Habían pasado muchas horas desde la última ingesta y sentía la necesidad de alimentarse. Al pensar en su plato favorito, su boca se inundó de saliva. En aquel momento hubiera pagado todo el oro del mundo por comerse cualquier cosa.

Un pitido fino y prolongado reverberó en las paredes de la antigua balsa devolviendo su mente a la realidad. A tientas, gateó por la tierra hasta dar con la linterna. La luz fue golpeando cada palmo del habitáculo. Finalmente dio con el teléfono. Estaba parcialmente

cubierto por una fina capa de piedras. La pantalla se iluminaba tenuemente.

Día 12. La cercanía del triunfo

Las luces del Nirvana prenden en el horizonte como volcanes erupcionando súbitamente. Ellos son los encargados de mostrarnos el camino y dictarnos que la victoria es inminente. ¡Nuestra victoria! ¡Tu victoria!

Imagino que el día de ayer habrá sido uno de los mejores de tu vida. Así que continúa galopando hasta el final.

Valiente no es el que más fuerte golpea, sino el que no necesita hacerlo para ganar la batalla.

Kratos.

La lectura del mensaje le recordó uno de los motivos que lo había llevado a estar encerrado en el zulo. La curiosidad por conocer el por qué muchos jóvenes estaban suicidándose lo había llevado a seguir las pautas fijadas por un desconocido y, lo que era peor, creérselas. Había llegado al día doce siguiendo al punto todas las indicaciones. Pero, las últimas horas, lejos de convertirse en las mejores de su existencia, habían sido una auténtica pesadilla. De esas que, aunque eres consciente de todo, deseas que nada de lo que está ocurriendo sea real.

Yago se acostó en el suelo y encendió la lámpara. Enfocó el techo y vio que las telarañas aparecían cuando el fulgor las atravesaba. Desde su posición fue incapaz de advertir ninguna araña.

De pronto, el robusto rugido de los compresores que azotaban la sala de máquinas cesó. Este, en un primer momento, sintió un alivio para sus oídos, pero su alegría desapareció cuando la portezuela comenzó a elevarse.

CAPÍTULO 42

Vladimir estaba pletórico. El hombre al que había retenido le iba a reportar una importante suma económica y eso le hacía feliz. Como no había pagado la deuda por sus propios medios, había decidido que no compartiría nada de aquel suculento bote con las chicas del burdel. Sí lo haría con su amigo, él le había ayudado a transportarlo y a ocultarlo. Así que merecía parte del pastel. «Le daré mil euros», se decía a sí mismo con una risa maliciosa. Con los catorce mil restantes podría volver a su país y estar una dilatada temporada con su hija.

—¿Crees que vendrán? —preguntó el gordo.

—Sí —respondió con seguridad.

Se encontraban en el exterior de la nave apoyados en la valla. El frío hacía un tiempo que se había adentrado en sus huesos. Llevaban media hora bajo las estrellas que vestían aquella despejada noche.

—Hace rato que deberían de haber llegado.

—¡Cállate! —gritó Vladimir—. Eres tan negativo como siempre. Joder, tío, ¿no puedes ser paciente y dejar que las cosas sucedan? Ahora entiendo por qué tu mujer se fue con tu primo.

—Sí, pero estamos congelados…

—¡Habla por ti! —exclamó con el gesto agravado—. No quiero oírte más. Me has puesto de mal humor y, cuando eso ocurre, no necesito que nadie me diga nada. ¿Lo has entendido?

—Deben de ser ellos.

—¿Qué has dicho?

Unas luces agitándose en la lejanía comenzaron a vislumbrarse. Eran cerca de las dos de la madrugada en una zona de poco tránsito y, o eran los hombres que esperaban, o era un coche patrulla haciendo una ronda. Lo que ellos no sabían era que los ocupantes del vehículo eran ambas cosas.

El Ford Mondeo negro aminoró la marcha al entrar en contacto visual con ellos. El inspector Hidalgo tensó sus músculos al verlos. El más corpulento vestía con un uniforme estilo militar que agrandaba todavía más sus dimensiones. El otro, aunque era más bajo y grueso, también lucía dos buenos brazos debajo de un jersey de color anaranjado.

—¿Cogemos la pistola? —preguntó el agente Ramírez.

—¿Tú qué crees? —respondió con la voz temblorosa—. Carga las

dos.

Como así lo había ordenado el inspector, Ramírez abrió la guantera y cambió los cargadores. El coche se detuvo para que ambos ocultaran las armas en el interior de las cazadoras.

—¿Por qué se paran? —preguntó Vladimir.

Antes de que su compatriota respondiera, el vehículo reanudó la marcha. Ahora el que parecía intranquilo era su amigo. Aunque estaban cerca de los cero grados, su frente se había convertido en una catarata de secreción imparable. Miraba constantemente a todos lados. El helor de minutos atrás se había mitigado súbitamente al verlos aparecer.

—Han venido —dijo con un susurro temeroso—. Yo pensaba que no lo harían. Que se trataba de algún tipo de broma. ¿Quién iba a querer buscar a este hombre?

—¡Cállate!

—Buenas noches —dijo el inspector al descender del vehículo.

Los dos captores devolvieron el saludo. Acto seguido, hicieron un gesto y caminaron en dirección a la nave. El aroma a vegetales podía olerse desde mucho antes de adentrarse en el edificio por una escalerilla ubicada en medio de los muelles de carga. Su interior estaba alumbrado por focos de gran tamaño que colgaban desde las vigas de la estructura. Miles de cajas de color verde perfectamente ordenadas se elevaban hasta los nueve metros de altura que alcanzaban las cámaras frigoríficas.
El inspector Hidalgo dio un respingo al escuchar un chasquido a sus espaldas.

—Es un mosquitero —dijo el más grueso entre risas—. Lo utilizamos para evitar que las moscas se coman la fruta.

Se trataba de unos aparatos con un tubo azul fluorescente en el centro y rodeados por unos filamentos electrificados. En su base había una bandeja que almacenaba a sus víctimas. Gran cantidad de estos poblaban las alturas y chasqueaban constantemente cuando un insecto era atraído por la luminosidad.

—Por aquí —señaló Vladimir, cediendo el paso a los visitantes.

Un corredor interminable rodeado de paneles de cámara de color blanco los envolvió. Cada diez metros aproximadamente había una puerta corredera numerada. En el lado izquierdo las pares: dos, cuatro, seis, ocho y diez. Y en el derecho las impares: uno, tres, cinco, siete y nueve. El final del camino desembocaba en una puerta metálica de tres hojas de color azul. La parte inferior estaba oxidada y, para

acceder a ella, había que abrir un candado.

—Hemos llegado —dijo Vladimir antes de acceder, así no tenía que forzar la voz para vencer la barrera acústica de la sala de máquinas—. ¿Tenéis el dinero?

El inspector asintió.

—Quiero verlo.

—Primero el chico.

Un silencio ominoso se formó cuando los representantes se examinaron. Durante unos segundos nadie dijo nada. Solo el sonido de los compresores y las válvulas solenoides lo rompía.

—Está bien, primero el chico —sonrió Vladimir.

Las manos de su compatriota se movían con imprecisión repicando unas contra otras. Finalmente, entraron en el interior.

—¡Apaga los motores! —gritó el inspector Hidalgo con autoridad.

El más grueso obedeció y el silencio volvió a envolverlos. El agente Ramírez dejó de taparse los oídos y movió su mano a una posición más ventajosa en caso de tener que usar la reglamentaria.

—Ahora abre la puerta y dales a estos hombres lo que reclaman.

El inspector dio un profundo suspiro de angustia al recordar toda la trayectoria que los había llevado hasta aquel lugar. El chico que estaban a punto de encontrar había supuesto un auténtico quebradero de cabeza los últimos días. Era quizás el caso más difícil de su carrera. A nadie le gustaba trabajar a contrarreloj y mucho menos si eso suponía perder una vida.

—Lo siento, pero no podía hacerlo —dijo el hombre de buenas carnes con un timbre de voz casi suplicante.

—¿De qué estás hablando —gritó Vladimir

—No debiste recordarme mi pasado.

—¿A qué viene eso ahora?

—¿Crees que para mí era fácil torturar a gente? ¿Crees que lo disfrutaba?

El indignado caminó hasta la portezuela y retiró la losa de mármol que había colocado encima por si el pestillo fallaba. A sabiendas de lo que iba a ocurrir, tiró de este. La luz fue la primera en adentrarse en las tinieblas y descubrir que allí no había nadie.

CAPÍTULO 43

El viento gélido de la meseta avanzaba entre las cajas de plástico con un agudo silbido como el de una ventana mal cerrada. Era una noche ciega, de esas en las que la luna te abandona y no hay nada que guíe tus pasos.

Yago había decidido echarse al suelo y refugiarse. Estaba congelado. La lona de tela que recubría el camión tenía algunas fisuras y era insufrible permanecer en pie.

Cuando la puerta del zulo se abrió estaba preparado para recibir su juicio. «En parte lo merecía. He matado a una mujer y golpeado a otra. Y eso es motivo más que suficiente para ser ajusticiado», se decía a sí mismo mientras escuchaba el traqueteo de las cajas.

Al salir del agujero, el hombre no dijo palabra alguna. Únicamente lo guio hasta el transporte e hizo un gesto para que se escondiera. Minutos más tarde comprendió su maniobra. En la parte delantera estaba el chófer dormitando.

—Toda la mercancía es para el mercado de San Miguel —gritó el salvador.

—De acuerdo. ¿A qué hora podré descargar?

—Eso no es competencia mía. Yo solo me encargo de que la fruta salga de aquí bien refrigerada. Habla con tu jefe.

—Por el amor de Dios, son las doce de la noche. ¿Cómo voy a llamar a mi jefe?

—Ya te he dicho que eso no es competencia mía.

—Tú eres quien me ha llamado y me ha exigido que me llevara el reparto. Así que creo que algo de responsabilidad tendrás.

Yago había escuchado la conversación al detalle con el objeto de saber dónde sería la entrega. Los dos hombres terminaron discutiendo y, por los golpes, algo más.

El camionero, nada más salir de allí, estacionó en un área de servicio para descansar. Después de estudiar la viabilidad de huir, decidió quedarse y así alimentarse con la mercancía que lo rodeaba. Al fin y al cabo, su propósito era llegar a Madrid. Ser descubierto era algo que le importaba bien poco en ese momento. Apaciguar los rugidos emitidos por su estómago eran su única preocupación. Primero se comió una manzana, luego un plátano, dos naranjas y otras tantas peras que le supieron a gloria. Más tarde se echó al suelo e intentó dormir, pero le fue imposible.

Cuando el camión se puso en marcha eran las cinco de la mañana y el suelo estaba escarchado. La escasez de abrigo le obligaba a encogerse como si fuera un feto en el vientre materno. En ese momento de vulnerabilidad máxima se vio arropado por su madre. Abrazados en su camita. Como siempre le gustaba dormirse a él. Su voz dulce llegó como un susurro tranquilizador entonando una nana.

Este niño tiene sueño
tiene ganas de dormir,
tiene un ojito cerrado,
el otro no lo puede abrir.

Duérmete mi niño,
duérmete mi sol,
duérmete pedazo
de mi corazón.

Unas luces de emergencia aproximándose en la lejanía le hicieron volver a la cruda realidad y pegarse todavía más a la base del camión. El resplandor era más intenso por momentos. El transportista redujo la velocidad y viró a la derecha cuando las sirenas comenzaron a gritar. Yago, en un alarde de valentía, levantó la cabeza y vio que una ambulancia del SAMUR los adelantaba. Aunque todavía era de noche, durante ese fugaz instante tuvo tiempo para otear por donde circulaban.

Se encontraban en la M-30, a su paso por la imperial Casa de campo. Con sus poco más de mil quinientas hectáreas, lo convertían en el parque natural más grande de Madrid. A pesar de su tamaño, conocía cada palmo de aquel mágico lugar pues, en el pasado con Cecilia, solía dar largos paseos por allí.

—Dicen que, en este lago, cuando lo vaciaron una vez para limpiarlo, encontraron una pistola y balas —dijo Yago.

—Pues yo leí que en la orilla encontraron una sartén con un hilo que tenía agarrado una especie de contrapeso —dijo Cecilia.

—¿Para qué?

—No lo sé. Eso es lo más curioso. La policía se lo llevó para investigarlo, pero nunca revelaron nada.

El traqueteo del camión al entrar en el interior de la ciudad obligó a Yago a ponerse en pie para no marearse.

A pesar de que el cielo estaba adornado todavía con un manto de estrellas, la ciudad había empezado a despertarse: un camión de basura cargaba contenedores sin cuidado alguno, un hombre con las

sábanas todavía marcadas en el rostro paseaba un pastor alemán por la acera, dos mujeres corrían cuesta arriba con prendas vistosas plagadas de reflectantes, un gato blanco buscaba el calor de los bajos de un coche que acaba de estacionar, una señora de pelo cano vestía el mostrador de una panadería con todo tipo de pasteles. «Lo que daría por comerme uno de ellos», pensó. Movido por un sentimiento irrefrenable, se acercó hasta el final del camión y vio cómo se alejaba aquel manjar. «Tengo que comerme uno de esos con nata. ¡Lo necesito!». Unos metros más adelante, el vehículo se detuvo en un semáforo y decidió bajar. El impacto contra el suelo fue doloroso, había permanecido mucho tiempo en la misma posición y sus articulaciones se resintieron. Con un paso renqueante se escondió entre los coches. Una señora que hacía guardia en su ventana lo observaba en la distancia. En sus ojos podía leerse un sentimiento de lástima y miedo.

Yago tenía la cara y sus vestiduras manchadas de barro y suciedad. Su apariencia era de lo más parecida a un vagabundo. Al verse reflejado en el espejo retrovisor del Seat Ibiza que había utilizado para atrincherarse, hizo un grito ahogado. «¿Qué he hecho con mi vida?».

—¿Qué estás haciendo en mi coche? —gritó un hombre con una meticulosa barba recortada y unas orejas imperiosas.

—Na-nada —tartamudeó—. Me he caído al suelo y estaba intentando levantarme.

—¿Me estás tomando por tonto? —preguntó agarrando con fuerza su pecho—. ¿Me querías robar la radio?

Yago miró a la anciana que lo había visto todo, pero esta permaneció impasible. Como si estuviera disfrutando de su desgracia. Contenta por ver que las horas que permanecía en la ventana, a veces, tenían premio.

—No.

—¿Entonces qué hacías aquí?

—Nada.

—Está bien. Voy a llamar a la policía y se lo cuentas a ellos.

—No, por favor. Déjame ir —suplicó.

El barbudo soltó su pecho y rebuscó en los bolsillos de unos pantalones de pana envejecidos marrones hasta dar con su teléfono. Con las manos temblorosas, marcó los tres dígitos que formaban el cero-nueve-dos.

—Buenos días. He encontrado un drogadicto intentando abrirme

el coche. Necesito que vengan a por él. Quiero poner una denuncia. Me encuentro en la calle…

De pronto, Yago inclinó su cuerpo hacia atrás como si quisiera acostarse, apoyó las manos en el suelo y se impulsó para arriba con todas sus fuerzas. El impacto en la barriga del hombre lo lanzó de espaldas. Sin mirar atrás, salió corriendo por la calle Toledo. A los pocos metros, el sudor comenzó a mezclarse con la tierra seca que cubría su faz. Los primeros madrugadores, al verlo, se echaban a un lado para evitar ser embestidos por aquel fugitivo andrajoso. Al llegar a la rotonda de la puerta de Toledo, se detuvo al ver varios coches de la Policía Nacional girar a toda prisa con las sirenas encendidas.

—Ha faltado poco —dijo pensando que nadie lo oía.

—¿Iban a por ti verdad? —preguntó una voz castigada por las bajas temperaturas.

A Yago le costó encontrarlo entre la montaña de cartones que hacían la función de mantas a los señores de la calle. Un hombre con las mejillas hundidas y un gorro rojo de tela en la cabeza se mostró.

—No —respondió con desgana, como si le resultara pesado hablar con él—. Solo estaba dando un paseo.

—Con este frío dudo que puedas llegar a sudar por mucho que corras. Además, para dar un paseo, vas un poco sucio.

El hombre abrió un paquete de tabaco arrugado y sacó varios fragmentos de cigarrillos a los que no le quedaban más de dos caladas a cada uno. Encendió uno de ellos.

—Yo no he hecho nada. Los últimos días estoy teniendo muy mala suerte.

—Yo llevo tres años de mala suerte. Empecé como tú, pero no tan sucio la verdad. ¿Quieres uno?

Yago negó con la cabeza.

—No creo que corra el mismo porvenir.

—¿Te crees que he vivido siempre en la calle? Yo también tenía mi trabajo. Mi mujer. Mis viajes —asintió—. Una mala inversión, y todo desparece de un día para otro. El banco se lo lleva todo. Hasta el amor. ¿Te apetece que vayamos a desayunar?

—No te diría que no, pero nunca he comido las sobras de otra gente.

—¿Lo dices por los cigarrillos? —los señaló—. Ahora me vas a decir que nunca has compartido uno con un amigo. Cuando estás en la calle, tienes que quitarte los prejuicios e ir buscando justificación a

todo lo que sobrepasa tus líneas rojas. En mi caso, solo recupero los cigarrillos de las personas que veo sanas. Me espero en las tiendas de ropa joven y, cuando los lanzan en la puerta a medio consumir, los recojo.

—Visto así no está tan mal.

El hombre se levantó, plegó los cartones con maestría y los ató con una goma elástica a un carro en el que transportaba todas sus pertenencias: una mochila con ropa, una bolsa con restos de comida, varias botellas de agua y dos libros —*Arde Nueva York y Gomorra*—.

—Debemos darnos prisa. En la basílica de San Francisco el Grande sirven desayuno para cien personas todas las mañanas. A veces incluso hay chocolate caliente. Y sí, es comida normal. Nadie le ha hincado el diente antes.

CAPÍTULO 44

Al abrir el zulo y percatarse que no había nadie, Vladimir golpeó a su compatriota hasta que los dos policías lo encañonaron con sus armas. El gordo no pudo más que ponerse a llorar y confesar. Había decidido liberarlo para estar en paz consigo mismo por su pasado luctuoso. A pesar de todo estaba convencido de haber hecho lo correcto.

En el mercado de San Miguel, el inspector Hidalgo y el agente Ramírez observaban a cada uno de los camiones de reparto que estacionaban. El soplón les había facilitado el teléfono del transportista, pero no habían podido localizarlo. Al consultar la libreta por enésima vez dieron con el repartidor que buscaban.

—¡Policía! —gritó el inspector abordando el camión en mitad de la calle—. Abra la parte trasera.

—¿Qué ocurre? —dijo con cara de asombro un conductor jovencísimo.

—¡Abre! —gritó Ramírez—. Nos han informado que en la parte trasera hay un hombre muy peligroso.

El inspector lo miró irritado. «Tan bocazas como siempre. ¿No puede limitarse a dar órdenes sin más?».

—De acuerdo. No hace falta que gritéis.

Al entrar en el habitáculo encontraron pisadas de barro y tierra en el suelo. También algunos restos de fruta y una manzana mordisqueada que parecía no haber sido de su agrado. No hizo falta indagar mucho para percatarse que allí no estaba. Las cajas, quitando del pequeño pasillo hecho por Yago para poder acostarse, estaban pegadas entre sí.

—¡Mierda! —gruñó el inspector.

—¿Y si nos ha mentido el gordo?

Los dos policías bajaron del camión.

—No lo creo. La tierra del suelo es similar a la que había en el zulo.

El teléfono del inspector comenzó a emitir esa melodía repetitiva que tanto odiaba. Había decidido no cambiarla ya que, al poco tiempo, las terminaba aborreciendo todas.

—¿Quién es? —respondió en tono áspero—. Vamos para allí.

Siete minutos más tarde llegaron a la calle Toledo. Una ambulancia y dos coches de la Policía Nacional se habían desplazado

hasta allí para atender al hombre al que Yago había agredido. El inspector Hidalgo, intuyendo que el fugitivo podía haber abandonado el camión, decidió facilitar la fotografía que habían tomado mientras estaba recluido a todas las Comandancias de Policía de Madrid.

—Señor —dijo con un gesto de reverencia uno de los agentes—. Este hombre dice haber sido agredido por el individuo al que buscaban.

El barbudo se encontraba sentado en la parte trasera de la ambulancia con una manta rodeando su cuerpo. Un sanitario le tomaba la tensión arterial en el brazo izquierdo.

—Lo encontré forzando la cerradura de mi coche —dijo con una voz fatigada—. Mientras avisaba a sus compañeros, me ha dado una patada en la barriga y ha salido corriendo.

—¿En qué dirección? —preguntó el agente Ramírez quitándole importancia al dramatismo que quería mostrar.

—Hacia arriba —señaló, levantando la barbilla y arrugando los labios—. El chaval corría como un gamo.

—Además de la patada, ¿le ha robado algo? —preguntó el inspector.

—No. No le dio tiempo.

—Que se mejore —sentenció Hidalgo.

Sin más, saludaron a sus compañeros y subieron al coche. Con una marcha poco más rápida que andando, fueron analizando entre los vehículos y portales algún vestigio del fugitivo. Algunos vagabundos yacían acostados en el suelo bajo las cornisas de los edificios. Al llegar a la rotonda de la puerta de Toledo, decidieron tomar la Gran Vía de San Francisco. Siguiendo con la misma lentitud, fueron mirando a izquierda y derecha cada persona que aparecía en su camino. Cada pocos metros, se detenían y observaban. Los comercios de la zona todavía estaban cerrados. Algunas viviendas empezaban a alumbrarse con el despertar de sus habitantes. Cuando llegaron a la pequeña rotonda que une con la calle Bailén, apareció imperiosa la basílica de San Francisco el Grande.

De estilo neoclásico, fue construida en la segunda mitad del siglo XVIII. Consta de una planta central circular cubierta por una gran cúpula de treinta y tres metros de diámetro y cincuenta y ocho de altura, con vestíbulo y ábside. En este último se encuentra la capilla mayor que preside todo el conjunto. Es considerada la tercera de planta circular de mayor diámetro de la cristiandad.

—¿Qué hace toda esa gente ahí? —preguntó el agente Ramírez

señalando hacia la basílica.

Medio centenar de personas se congregaban en la acera junto a una verja de hierro formada por lanzas verticales unidas entre sí, que servían para proteger la casa de Dios.

—Mendigar —respondió con brusquedad—. ¿Crees que podría estar entre ellos?

—No lo sé. Da la vuelta a la rotonda y para un poco más adelante.

El inspector acató la orden del ayudante y estacionó con las luces de emergencia a veinte metros de la cancela.

En la cola, Yago se sentía mejor. El hombre al que acababa de conocer le había prestado ropa limpia y eso, en ese momento, era quizá lo que más necesitaba. Llevaba muchas horas con ella puesta, y estaba tan sucia y maloliente que se daba asco a sí mismo. Ahora vestía un pantalón de chándal oscuro de tiro bajo y un jersey de lana blanco. Su cabeza estaba oculta por un gorro rojo idéntico al que llevaba su nuevo amigo.

—¿Tienes frío?

—Ya no —sonrió Yago—. Me gustaría comer algo y dormir.

—A comer en cuanto se abra la puerta podré ayudarte. La verdad que hoy no hay mucha gente. Supongo que habrá comida para todos. Para dormir por el día podemos ir a un parque. Para la noche te puedo prestar uno de mis cartones. Aunque te aconsejo que cojas nuevos, estos ya tienen forma.

—No creo que duerma esta noche. Tengo cosas importantes que hacer —añadió, bajando el gorro para cubrir sus orejas enrojecidas.

—¡Vaya! Me alegro que tengas mejores planes. Si son tan buenos podrías invitarme.

—Solo puedo ir yo.

—En ese caso, te deseo que te vaya bien.

—Gracias —dijo esbozando un intento de sonrisa.

La multitud comenzó a inquietarse al observar que la puerta principal de la basílica se abría y de ella salía el hombre que los cuidaba cada mañana y, a veces, incluso por la noche.

El sacerdote Benjamín Castellano era un auténtico enviado del Señor, como se definía él. Austero por dentro y por fuera, oficiaba las misas con simples trajes negros confeccionados por él a partir de telas. Sin ornamentos ni alhajas. Todo el dinero de su casa, de su iglesia, era destinado para alimentar a los señores de la calle.

—Buenos días —dijo con una amplia sonrisa—. Hoy tenemos chocolate con churros. Los he hecho yo. Como siempre digo, orden y limpieza —sentenció con una voz tan dulce como delicada.

El gentío dio unas palmas de agradecimiento. Cuando la verja se abrió, todos corrieron en busca del manjar que el párroco les había preparado.

Cuatro ollas de gran tamaño encima de una mesa de madera humeaban bajo los frescos de la majestuosa cúpula. Cientos de churros rebozados en azúcar descansaban sobre bandejas de plástico. Cuatro mujeres de pelo albo y de rostros arrugados eran las encargadas de mesurar los alimentos. Todas ellas, siguiendo las antiguas normas de la iglesia, llevaban el pelo oculto bajo un pañuelo negro.

En silencio, en fila y siguiendo un orden casi militar, iban avanzando hasta recoger el desayuno. Un regalo casi divino teniendo en cuenta las bajas temperaturas de la calle.

—Ya casi nos toca —dijo Yago, sintiendo el aroma del chocolate adentrarse por sus fosas nasales—. Qué hambre tengo.

—Y yo —dijo su nuevo amigo—. Por cierto, no nos hemos presentado. Mi nombre es Miguel.

—Yo soy… —pausó unos segundos— …Enrique —mintió finalmente.

—Encantado… —hizo una pausa— …Enrique. Si me vas a mentir, tienes que estar un poco más ágil de mente.

—Disculpa —dijo con los ojos vidriosos—. Me llamo Yago.

—No pasa nada. Entiendo lo que debes estar sintiendo en este momento. A mí también me pasó. La diferencia entre tú y yo es tu juventud. Puedes revertir esta situación cuando quieras.

—Venga, chicos. No hagáis esperar al resto —dijo una de las ancianas.

Como todos los asistentes al banquete, se acercaron a la mesa y cogieron su ración: un cuenco de plástico duro repleto de chocolate caliente, una cuchara, una servilleta y tres churros. Luego buscaron un banco vacío y comenzaron a degustar su premio bajo la luz vaporosa de la iglesia.

El inspector Hidalgo y el agente Ramírez decidieron entrar en la basílica para buscar al fugitivo. Por su indumentaria y apariencia desgastada, pasaban sobradamente por dos mendigos más. Tanto es así que incluso se acercaron a recoger una ración de chocolate. Ellos, a diferencia del resto de comensales que se habían situado en los bancos más próximos a la capilla mayor, decidieron quedarse atrás de todo.

De esta manera podrían observar a cada uno de los visitantes abandonar la basílica al detalle, sin formar un gran revuelo.

—Está buenísimo —dijo Ramírez con los dientes manchados de chocolate.

—¿Qué esperabas? —preguntó el inspector con cara de asombro —. Posiblemente sea uno de los mejores que haya probado en los últimos años.

A cuentagotas, los señores de la calle fueron abandonando el lugar, no sin antes depositar los cuencos y cucharas reutilizables en los cubos de limpieza.
El inspector dejó el suyo sobre el banco y se preparó para analizar a cada una de las personas que salían de la basílica, sin destapar sospechas.

Miguel —el nuevo amigo de Yago—, fue el primero en terminar. Cuando regresaba de depositar el tazón en el cubo, dio un vistazo a los mendigos que había en la iglesia. Los mismos rostros de siempre coincidían allí cada mañana. Con sus lamentos. Con la frescura matinal en lo más hondo de sus huesos. Con las vidas destrozadas, algunos por sus decisiones y otros, por las de otros. Paradojas de la vida.
Los dos hombres más alejados llamaron su atención, sus rostros se observaron fugazmente y desde la lejanía pudo advertir que comentaban algo.

—Dime la verdad, ¿te persigue la policía? —preguntó Miguel al volver a sentarse en el banco.

—Sí —respondió Yago con voz calma.

—No te gires —dijo Miguel con el mismo tono—. Creo que los dos hombres que hay en la parte de atrás son policías.

—¿Cómo lo sabes?

—Nadie que pase hambre suele ponerse tan atrás. Muchos días, si no viene nadie más, te dejan repetir. Además, los hombres y mujeres que venimos aquí no solemos observarnos demasiado. Cuando me he levantado, me han mirado con un interés desmesurado.

—Quizá no se den cuenta. Me he cambiado de ropa y con el go…

—Imposible. Todos los que hemos venido hoy a desayunar somos mucho más mayores que tú. Aunque te ocultes bajo ese gorro y esa barba frondosa, la cara de niño sigue estando ahí. En cuanto pasemos por delante de ellos, te reconocerán.

—¿Qué hago?

—Quédate aquí. Voy a llamar su atención, si son policías intervendrán y tú podrás escapar. Si todo sale bien, nos vemos en la Plaza Mayor dentro de unas horas.

Miguel se levantó y caminó hasta la mesa donde servían el chocolate todavía humeante.

—¡Quiero más! —gritó, golpeando el eco en las paredes y la cúpula de la basílica—. ¡Me habéis puesto muy poco!

—Tranquilo, hay suficiente para repetir —dijo una de las ancianas sin modificar su timbre apacible.

—¡Quiero mucho más! ¡Lo quiero todo para mí! ¡Para mí! —gritó todavía más fuerte.

Miguel cogió una de las ollas y la levantó en alto. Las ancianas retrocedieron ante la amenaza.

El sacerdote, que se encontraba en el exterior esperando nuevos comensales, se acercó hasta allí alertado por los alaridos. Ante su avance, Miguel bajó con fuerza la cacerola y golpeó la mesa. Algunos cuencos y cucharas cayeron al suelo debido al embiste. Volvió a levantarlo y, cuando se disponía a repetir la operación, sintió primero un antebrazo apoyarse en su nuca y, seguidamente, otro oprimiendo su cuello.
El inspector cogió la olla mientras su compañero lo reducía sin más resistencia que la de un cuerpo al desvanecerse.

Aprovechando la tesitura, Yago corrió agazapado entre los bancos de la parte derecha, mientras los dos policías andaban distraídos en la zona de la capilla mayor. Finalmente, dio un vistazo antes de cruzar por la fila central de asientos y, sacando partido de la situación, salió de la basílica.

CAPÍTULO 45

La Plaza Mayor de Madrid tiene unas dimensiones de ciento veinte por noventa y cuatro metros. Se puede acceder a ella por cualquiera de las diez entradas en forma de arco ubicadas en sus cuatro esquinas. En la pared norte está la casa de la Panadería, con sus fabulosas pinturas adornando la fachada. Frente a ella está emplazada la casa de la Carnicería, donde se almacenaban las carnes para abastecer a la ciudad. El acceso más notorio es el Arco de Cuchilleros.

Desde sus inicios fue destinada para actos municipales. Desde los balcones se podían presenciar actos de todo tipo: taurinos, eclesiásticos, ejecuciones públicas, fiestas.
La estatua de Felipe III montado a caballo y con la cabeza descubierta preside el centro de la plaza.

Allí, frente a ella, estaba Yago. Apoyado en la verja que la protegía, escuchando los comentarios de los guías y transeúntes.

—Viste media armadura, gola y peto decorado —dijo una joven guía de largos rizos dorados y mirada penetrante—. De su cuello pende el collar de la Orden del Toisón de Oro. Con su mano derecha sostiene la bengala de General. Con la izquierda, las riendas del caballo.

—¿El caballo tiene la pata levantada porque murió debido a las heridas de una gloriosa batalla? —preguntó una señora de acento mejicano que se refugiaba del sol bajo un paraguas.

—No —respondió sonriente—. La creencia de que si tiene las dos patas levantadas murió en combate, si tiene solamente una murió debido a las heridas y si tiene las cuatro en el suelo fue de muerte natural es totalmente falsa —el murmullo generalizado no detuvo la explicación—. No se ha podido demostrar que se hiciera de esa manera siguiendo ese patrón. Sin ir más lejos, Felipe III murió de una enfermedad infecciosa con cuarenta y tres años. Según ese código de fabricación, el caballo debería tener las cuatro patas en el suelo. En cambio, la gigantesca estatua ecuestre de Genghis Khan levantada en Mongolia tiene las cuatro patas en el suelo y es bien sabido que murió en batalla.

Yago, al escuchar las palabras de aquella guía de aspecto surfero y voz radiofónica sintió la necesidad de marcharse. Habían pasado demasiadas horas desde que abandonó la basílica y comenzaba a pensar que su amigo de la calle, Miguel, no aparecería.

El chocolate con churros no tardó mucho en ser engullido por el

agujero negro que tenía en su estómago y, a esa hora, la de comer para muchos y la de la siesta para otros privilegiados, necesitaba volver a lanzar algo. «¿Qué hago?», pensó al mismo tiempo que miraba a la gente de la plaza.

Sus ojos mandaron la información a su mente y esta fue procesada rápidamente. «Vamos a robarle el móvil», le dijo un primer estímulo, el más valiente quizá, al ver una asiática menuda sostener vagamente el aparato entre unas manos infantiles.

—No. No puedo hacerlo —se respondió a sí mismo en voz alta.

Varias personas que formaban un círculo frente a otro *free tour* lo miraron con aprensión. Aunque sus vestiduras ya no estaban sucias ni llenas de barro, la indumentaria era visiblemente varias tallas mayor y eso, en aquella emblemática plaza, solo podía significar que se trataba de un mendigo. Como los que, cuatro siglos atrás durante el reinado de Felipe III, caminaban por ese mismo lugar.

—Joven, ¿tienes hambre? —preguntó un octogenario de bigote estrecho y chápela oscura.

—Demasiada —respondió, con un vago intento de llanto.

Yago retiró el gorro rojo de su cabeza y lo sostuvo entre las manos. Tenía el pelo sucio y con restos de barro. El avance irrefrenable de la barba había ocultado sus labios desde hacía días.

—¡Pero si eres un crío! —exclamó sorprendido—. ¿Qué necesitas?

—Me conformaría con un poco de dinero para comer hoy.

—¿No tienes casa?

Varias personas se alejaron de la explicación que estaban recibiendo y se aproximaron a ellos.

—Tenía, me la quitaron al morir mis padres —respondió, acompañando el embuste con una dramática caída de párpados.

—Eres muy joven para vivir en la calle —recriminó una mujer con el ceño fruncido permanente—. Ningún español o hijo de españoles debería estar en la calle. Ya has tenido bastante desgracia al quedarte desamparado como para encima quedarte sin un techo.

—Hoy por lo menos comerás de caliente.

El hombre de bigote estrecho se echó la mano en la cartera y le dio veinte euros, la mujer del ceño fruncido permanente veinte más, diez de otra y así sucesivamente hasta recibir caridad por el valor total de ciento treinta y ocho euros. «Soy rico», pensó al ver el montante.

—Gracias, gracias de verdad.

Varios mendigos que habían presenciado la escena lo miraron con malicia. Yago guardó el botín en el interior de sus calcetines y se alejó. A continuación, anduvo unos pasos hasta el túnel que comunicaba con la calle Mayor y salió de la plaza con un objetivo claro en su mente. «Necesito comer en el McDonald´s». Con un ritmo más que apresurado fue abriéndose paso entre los cientos de turistas que venían en contra hasta llegar a su objetivo. Cuando estaba a punto de adentrarse en la hamburguesería, sintió un latigazo en la espalda. Al darse la vuelta, no había nadie más que una muchedumbre desbocada en movimiento.

—¿Qué pasa? ¿No vas a invitarme a comer?

Miguel, su nuevo amigo, el señor de la calle, lo miraba sonriente desde el interior del local con un ojo parcialmente cerrado. Había aprovechado el golpe para adentrarse por el lado contrario al suyo.

—¿Dónde estabas? —preguntó Yago.

—Intentando no dormir en el calabozo. Después de montar el espectáculo en la basílica me detuvieron y estuve en comisaría hasta hace un rato. Pensaban que había sufrido un brote psicótico.

—No tenías que haberlo hecho. Ya no podrás volver a desayunar nunca más allí.

—Los amigos son más importantes que cualquier comida o cosa en la vida. La lealtad se demuestra en las cosas pequeñas. La calle te enseña a valorar lo más ínfimo.

Al escuchar la palabra amigo por boca de aquel hombre que apenas conocía sintió una descarga de emoción recorrer su cuerpo. Una sensación de bienestar difícil de explicar para alguien tan vacío.

Dos adolescentes rieron al cruzarse con ellos en el umbral. Como tantas veces había ridiculizado él mismo a los trotamundos sin techo.

—Una ayuda —dijo un hombre de largos cabellos albos sentado en el suelo. Junto a él había unas muletas y un cartel que decía.

«Hola por favor una moneda para comer. Ayuda un pobre inválido y el Dios te bendiga. Muchas gracias».

—No tenemos nada —respondió Yago en un tono altivo, como si sus cartas fueran mejores que las de aquel pobre pidientero.

Miguel lo miró con dureza, rebuscó entre sus bolsillos y le dio una moneda de cincuenta céntimos. Acto seguido, lo cogió del brazo y se adentraron en la hamburguesería, hicieron sus pedidos y se sentaron en la única mesa desocupada. Era la más cercana a los baños y el hedor a orín era castigador. A pesar de eso, ninguno de los dos perdió el apetito.

—No puedes hacer eso —dijo Miguel sosteniendo una patata frita en la mano—. En la calle hay ciertos valores que debes aprender si quieres ser respetado. El egoísmo es nuestro mayor defecto cuando lo tenemos todo. Al despojarte de todo lo material, lo único que nos queda es compartir.

—Pero yo no…

—He visto cómo te daban un buen montante de billetes en la Plaza Mayor. No digo que lo repartas todo, pero ese pobre hombre está mucho más necesitado que nosotros. No te costaba nada darle unos euros.

Yago asintió avergonzado mientras masticaba la primera de las tres hamburguesas que completaban su comanda.

—¿Piensas que durmiendo esta noche en un hotel van a desaparecer tus problemas? ¿Que mañana o pasado podrás seguir haciéndolo? La respuesta es no. Cuando esas migajas se acaben, volverás a tu nuevo mundo y, créeme, lo mejor es llevarte bien con tus nuevos vecinos.

—Mi idea es reservar una habitación y descansar un rato. Necesito estar fresco esta noche.

—¿Qué has quedado con el rey? —preguntó Miguel en tono burlón.

—No. Alguien más importante.

Varias personas se levantaron. Los más cívicos o tontos —depende para quien— vaciaron las bandejas en la basura. Los otros, los listos o maleducados, dejaron los desperdicios en las mesas.

Aquel formato hostelero de autoservicio y autolimpieza era casi perfecto. Lo sería si no hubiera una minoría que no aceptaba pagar por un servicio y, además, servirse.

—¿Alguien más importante que el rey? —preguntó con sarcasmo como buen republicano que era—. ¿La reina?

Miguel soltó una risotada tremenda que hizo volverse a medio local.

—Necesito un favor.

—¿Otro? Si todavía no puedo abrir el ojo.

Más risas.

—Por favor. Estoy hablando en serio.

—Dime.

—Para reservar la habitación del hotel necesitaré un documento

de identidad que ahora mismo no tengo. ¿Podrías hacerlo a tu nombre?

Miguel asintió y cerraron el trato con un apretón de manos. Sin tiempo que perder, comieron hasta sentir dolor y abandonaron el concurrido local. Yago, al salir, le dio un billete de diez euros al inválido. Este vociferó mil veces gracias hasta casi acompañarlos a la puerta del Sol.

Al poner un pie en el pavimento grisáceo que formaba el suelo de la plaza, Yago sintió la angustiosa sensación de estar en peligro. En su cabeza todavía tenía las marcas de la paliza que había recibido días atrás.

Como aquel día, había gente. Mucha gente. También animadores, magos, malabaristas, músicos y hombres con disfraces muy logrados. Especialmente le llamó la atención el de un hombre vestido de camarero que simulaba haber tropezado y su cuerpo estaba suspendido en el aire en posición horizontal.

Al cruzarse con una pareja de policías que caminaba por allí no pudo evitar apretar los labios.

—No estarás tan buscado cuando no te han detenido —dijo Miguel.

—¡Cállate! Te van a oír.

—Mira, es allí.

El hostal Madriz estaba ubicado en la tercera planta de la calle Carretas. Era un hospedaje familiar de apenas ocho habitaciones, donde el único fasto era su localización: desde la ventana de cualquiera de sus habitaciones podía verse la puerta del Sol.

Miguel, como habían acordado, hizo la reserva en una pequeña recepción alojada en la entrada. Posteriormente, volvió a bajar a la calle donde lo esperaba Yago con sus pertenencias.

—La seis —dijo Miguel a la vez que le entregaba la llave.

—Gracias.

Yago hizo ademán de marcharse. El cansancio y la falta de sueño lo habían agotado por completo. Nada le importaba más en aquel momento que tumbarse en una cama.

—¿Mañana nos vemos?

—No creo. Esta noche voy a emprender el viaje definitivo. Hoy por fin conoceré aquello para lo que me he estado preparando las últimas dos semanas.

—¿De qué estás hablando? —preguntó con cara de asombro.

—Aunque te lo explicara, no lo entenderías.

Sin más detalles, Yago se adentró en el inmueble.

CAPÍTULO 46

La línea que separa el amor y el odio, el bien y el mal, la riqueza y la pobreza, o el vivir y el morir, es tan delgada como una pompa de jabón.

Cientos de miles de personas viven en la calle en todo el mundo por el estallido de esa pompa. Cada uno con sus historias y vivencias. Con sus sueños truncados. Con hijos. Con madres y padres. Con familiares que prefieren cambiar de acera al verlos, antes que tenderles la mano.

Miguel, sin ir más lejos, era uno de ellos. Jamás imaginó que, cuando la gestoría que regentaba cerró, acabaría siendo uno de esos que siempre vio de lejos. Todavía recordaba con nostalgia como muchos de sus clientes lo llamaban don Miguel. Él, fingiendo una falsa modestia, los corregía, pero lo cierto era que le encantaba que lo llamarán don.

Después de despedirse de Yago, se fue a la Gran Vía, a una de las tiendas donde mendigaba. Esa era una de las pocas zonas que todavía controlaban los españoles y, por lo tanto, podía ir a hacer su particular jornada de trabajo. Era sábado y, según lo acordado con sus camaradas, podía estar de seis a nueve. Aquella tarde recibió ocho euros con setenta céntimos.

—¿Cómo ha ido? —preguntó un hombre de acento gallego que apenas abría los ojos debido a los deslices con el vino.

—Unos eurillos —respondió Miguel enseñando el botín.

—Nada mal para alguien que no ofrece espectáculo alguno.

—La verdad que sí.

Ese dinero, aunque escaso, le daría para comer algunos días. Su ventaja, a diferencia de muchos señores de la calle, residía en que era abstemio. Eso le ahorraba mucho dinero. Miguel abandonó su puesto con una sonrisa extensa al ser relevado.

El mercado de San Miguel, la calle Mayor, Callao y la Gran Vía eran los lugares donde tenía algún punto autorizado para limosnear. Irse a otro emplazamiento significaba exponerse a las mafias africanas o del este que, últimamente, estaban empezando a controlar la mayoría de distritos de la capital.

—Es para usted. Lo he visto en la tienda de ropa y he pensado que tendría hambre

—dijo una niña de unos diez años con un bocadillo envuelto en papel. Sus padres la grababan a corta distancia con su teléfono móvil.

—Muy amable —respondió Miguel mirando a la cámara.

Los más adultos, al menos en aspecto, se avergonzaron al ser descubiertos. Miguel, lejos de ofenderse, abrió el envoltorio.

—¡De calamares! —exclamó con alegría—. Diles a tus padres que muchas gracias. Es mi bocadillo preferido.

—Lo siento —dijo la niña con tristeza—. Me han obligado a hacerlo.

—Tranquila, hija. Estoy acostumbrado a este tipo de vejaciones.

Aquel bocadillo fue la cena de esa noche. Ese día no tendría que rebuscar entre la basura o esperar en la puerta de algún establecimiento a que alguien se acordara de él.
La batalla alimenticia estaba cubierta, pero ahora tenía que buscar un lugar donde dormir ya que su sitio, cerca de la puerta de Toledo, estaba demasiado lejos. «Esta noche puedes dormir en mi habitación. Yo no voy a necesitarla». Las palabras de Yago resonaron en su cabeza como si antes no hubieran sido analizadas.

—¿A qué se referiría con emprender el viaje definitivo?

Una mujer que pasaba por su lado cargada de bolsas negó con la cabeza al verlo conversar consigo mismo.

«Esta noche voy a emprender el viaje definitivo. Hoy por fin conoceré aquello para lo que me he estado preparando las últimas dos semanas». Su corazón comenzó a latir con fuerza al comprender el mensaje que le había transmitido poco antes de refugiarse en el interior del hotel.

Miguel empujó con fuerza el carro que lo había acompañado los últimos tres años y este cayó al suelo con todas las pertenencias de su nueva vida. Lo miró durante una fracción de segundo antes de salir corriendo y cruzar la Gran Vía. Esquivando al gentío que abarrotaba las aceras, se lanzó por la calle Montera sorteando los manteros, prostitutas y turistas que transitaban en la tibia noche madrileña.

—¡Apártate! —recriminó un veinteañero con la gorra a la inversa.

Cuando llegó a la puerta del Sol estaba tan cansado que apenas podía respirar. Las cuatro capas de ropa que de normal eran insuficientes para combatir el helor, en aquel momento le sobraban por completo. Alzó la mirada y vio a varios policías correr hacia él con las extensibles en la mano.

—No he hecho nada —balbuceó con la respiración entrecortada.

—¡Al suelo! —gritó uno de ellos.

—Necesito ayuda.

Yago yacía tumbado en la cama de la habitación cuatro del hostal Madriz. Había programado la alarma del teléfono diez minutos antes de la medianoche. Las campanas sonaron una y otra vez hasta despertarlo. Sin haberse desprendido de la ropa que portaba, se levantó. Antes de abandonar la habitación, decidió asomarse a la ventana y observar a la sociedad. Aquella de la que se había alejado e incluso había llegado a odiar gracias al mismo Kratos.

Los más glotones comían, los espléndidos compraban regalos, los enamorados caminaban de la mano y algunos se besaban, los curiosos fotografiaban cualquier cosa que les pareciera interesante y, la mayoría de ellos, vivían esos momentos con sus móviles en las manos. «Nos hemos vuelto gilipollas», se dijo para sus adentros. La adrenalina alcanzó el nivel máximo cuando el sonido que había esperado las últimas dos semanas se escuchó en el interior de la habitación. Cuando cogió el teléfono, estaba feliz por haber completado los doce primeros días sin haber sido detenido. Sin pensarlo dos veces, descubrió el mensaje.

Día 13. El abismo

Al final las plegarias han sido escuchadas y el camino hacia el glorioso abismo ha llegado. Todo lo que has recorrido es simplemente una parte efímera de la existencia que te queda por recorrer. Ahora solo debes buscar el lugar donde arrojarte y completar este final apoteósico. Antes de hacerlo repite este texto, pues solo haciéndolo llegarás al Nirvana.

El silencio es el desierto de los necios. La paz absoluta llegará cuando el cuerpo físico abandone su cuerpo terrenal y se adentre en el Nirvana. Todo salto temporal necesita un salto atemporal. Yo entregaré mi físico a cambio de la melodía eterna recibida de los benefactores absolutos. Yo entregaré mi físico a cambio de la melodía eterna recibida de los benefactores absolutos. Yo entregaré mi físico a cambio de la melodía eterna recibida de los benefactores absolutos. Atrapad mi alma con vuestros tentáculos y llevadla a lo más alto.

La mezquindad humana será su condena.

Kratos.

Yago no pudo evitar sonreír al leer aquellas líneas. Lo había conseguido, había sido elegido para llegar a lo más alto, al Nirvana o,

al menos, eso pensaba él.

CAPÍTULO 47

Cuando los rostros del inspector Hidalgo y Miguel volvieron a encontrarse, el primero de ellos no se lo podía creer.

El vagabundo que había montado el circo en la basílica lo había hecho únicamente para facilitar la salida del hombre al que buscaban. Eso les había quitado tiempo, mucho tiempo. Unas horas tan valiosas que podían determinar la vida o la muerte de un nuevo participante y, a su vez, condenar para siempre la carrera del inspector. Aunque eso había dejado de importarles tanto a él como a el agente Ramírez desde el momento en que manipularon la fecha de detención de Kratos.

—Creo que todavía está en la habitación —dijo Miguel al verlos aparecer en mitad de la puerta del Sol.

—¡Cállate! —gritó el inspector—. Ya has hecho suficiente.

—¿Dónde está? —preguntó Kratos, con las manos esposadas.

Varias ambulancias, un camión de bomberos y cuatro coches patrulla se habían movilizado hasta allí. A pesar de tener las sirenas apagadas, los transeúntes comenzaron a agolparse a su alrededor.

—Llevároslo de aquí —ordenó Ramírez, con un tono tan autoritario como el de su superior.

—Daros prisa —dijo Miguel, justo antes de ser arrestado y metido en un furgón policial.

—Se encuentra en la tercera planta del hostal Madriz, la luz está encendida. Pensamos que está allí todavía —dijo uno de los policías que había conversado primero con Miguel.

—¿Ha ido alguien a comprobarlo? —preguntó el inspector Hidalgo.

—Todavía no —respondió el policía.

—Joder, me habéis llamado hace media hora. Podíais haberos acercado.

—Nos dijiste que no interviniéramos.

El inspector Hidalgo, el agente Ramírez y Kratos cruzaron la plaza del Sol escoltados por cuatro policías uniformados. La gente los miraba sin saber si aquello era real o si estaban grabando uno de los cientos de anuncios y películas que se rodaban cada año allí.

Poco antes de llegar a la calle Carretas, vieron a la multitud desplazarse hacia el interior. Algunos señalaban la parte superior de un edificio donde la silueta de un hombre balanceaba los pies por

encima de la quinta planta del hostal Madriz.

—¡Llegamos tarde! —gritó el inspector.

Kratos, al alzar la vista, reconoció de inmediato la figura de Yago.

—¡Es él! —exclamó.

Yago había decidido subir a la terraza del edificio donde se hospedaba, para su propia seguridad. Siempre le habían resultado curiosas las personas que saltaban de edificios bajos y no conseguían su propósito y, en contrapartida, quedaban tetrapléjicos para siempre.

Al subir las escaleras que conducían a la parte superior le sorprendió encontrarse con la puerta abierta.

—¿Hola? —preguntó esperando no encontrar respuesta—. ¿Hay alguien?

«Todo pasa por una razón», pensó al mirar al vacío. En no pocas ocasiones había imaginado cómo sería su final. A veces con miedo y lejanía, y otras, sobre todo cuando iba puesto, con una sensación cálida de querer intentarlo.

Sentado en un muro estrecho, con las piernas balanceándose adelante y atrás, los primeros gritos procedentes de la calle lo hicieron sonreír.

—¡Hipócritas! —gritó—. Os importa una mierda que me muera. Lo deseáis. Deseáis con todas vuestras fuerzas que lo haga para tener algo que contar mañana. ¡Hipócritas!

Cogiéndose del muro con las manos temblorosas, ladeó el cuerpo hacía delante y sintió la calle todavía más cerca. El viento corría por su cuerpo en un juego de equilibrio peligroso.

—No, todavía no —continuó—. Dejadme disfrutar de mi momento. Cuando las luces del presente se apaguen para mí, las del futuro brillarán con más fuerza.

Yago cogió el teléfono del bolsillo de su pantalón prestado.

3% de batería.

—Suficiente para finalizar —dijo Yago a la vez que buscaba el mensaje—. El silencio es el desierto de los necios —comenzó a recitar con voz trémula—. La paz absoluta llegará cuando el cuerpo físico abandone su cuerpo terrenal y se adentre en el Nirvana. Todo salto temporal necesita un salto atemporal. Yo entregaré mi físico a cambio de la melodía eterna recibida de los benefactores absolutos. Yo entregaré mi físico a cambio de la melodía eterna recibida de los benefactores absolutos. Yo entregaré mi físico a cambio de la melodía

eterna recibida de los benefactores absolutos. Atrapad mi alma con vuestros tentáculos y…

—¡Yago!

A punto de lanzarse a las fauces de la muerte, la voz de su hermana apareció en su mente. Cerró los ojos y le pidió perdón. Perdón por haberla condenado a ser su progenitora sin quererlo. Perdón por los gritos, por las peleas, por los insultos y los desplantes a los que la había sometido toda su vida. Perdón por no ponerse sus zapatos y ver lo difícil que le había resultado caminar con un niño de doce años a su espalda cuando ella solo tenía dieciocho. Perdón por haberla abandonado en la soledad y, sin saberlo, haber contribuido a agrandar el monstruo que tenía dentro.

—¡Yago!

Aquel segundo grito le pareció más cercano que el anterior. Era como si quisiera estar presente en su último aliento y no en su mente. Cuando Yago se dio la vuelta y vio a su hermana, tuvo la sensación de estar soñando.

—¿Qué haces aquí? —preguntó con los ojos cristalizados por las lágrimas.

—Baja de ahí —dijo con la mirada de Kratos.

—¡No te acerques! —gritó, inclinando su cuerpo hacia el vacío —. He hecho cosas terribles y no tengo tiempo.

—No. Por eso estoy aquí. Porque no has hecho nada —el timbre de su voz era firme y seguro. No detonaba la gravedad de la situación.

El inspector Hidalgo y el agente Ramírez miraban la escena escondidos detrás de la condensadora de una máquina gigantesca de aire acondicionado. Habían decidido utilizar a Raquel para salvarlo. Sabían que, de intentar mediar ellos, las posibilidades eran nulas.

Días atrás, mientras interrogaban a Mario, el inspector decidió desestimar la desaparición de su hermano y seguir indagando en quién más podía haber tenido acceso a sus datos personales.

La investigación dio un giro drástico cuando el mismo Mario les confesó que había perdido su DNI recientemente en casa de Yago y que su hermana se lo había entregado semanas después. Cuando se presentaron en su domicilio, sus expectativas eran nulas, pero al encontrarse frente a frente con la personalidad altiva de Kratos y no la de Raquel, el inspector Hidalgo tuvo la corazonada de que aquella mujer ocultaba algo.

—Os estaba esperando —dijo con la frialdad propia de un psicópata.

—¿Qué tienes que ver tú con Mario? —preguntó el inspector al verse sorprendido.

—Yo, con ese pobre desgraciado, nada. ¿Quién ha cantado?

—Eso no es de tu incumbencia.

En su domicilio no tardaron en encontrar todas las pruebas fehacientes que necesitaban: miles de euros en efectivo; libretas con notas de los nombres de los suicidas y de las citas que luego eran enviadas a sus móviles; facturas con el coste de cada una de las operaciones con discotecas, hoteles, drogas, la experiencia en la sala de realidad aumentada; extractos bancarios y seis teléfonos obsoletos. La sorpresa fue mayúscula cuando, además de eso, días más tarde descubrieron que el último participante del juego era su propio hermano.

—Sí, he matado a una mujer —dijo Yago con cara de arrepentimiento—. Debo pagar por ello.

—No, esa mujer está viva.

—¡No! —gritó desesperado—. La vi con mis propios ojos. ¡Estaba completamente desangrada!

—Era una muñeca de silicona.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque fui yo quien encargó la réplica de la prostituta.

Yago miró hacia abajo. La policía había acordonado la zona y los bomberos estaban desplegando una lona para absorber la caída.

—¿Qué estás diciendo, Raquel?

—No, no me llames Raquel. No quiero mentirme más, mi nombre es Kratos. He pasado media vida ocultándote mi verdadera identidad.

—Pero… —pausó unos segundos— …no puede ser.

La personalidad de Kratos se había adueñado de la escena en el peor momento posible.

—Cuando empecé con esto estaba convencido de mi propósito. Únicamente quería limpiar la sociedad de infelices y darles una vida mejor. Tenía la certeza de que, cuando el telón bajara, empezaría realmente la función. Luego me enteré de que estabas metido en esto y todo cambió. ¿Sabes lo duro que ha sido para mí criarte sin querer hacerlo?

Yago no respondió.

—¿Recuerdas aquella noche que llegué y te crucé la cara?

—Sí —respondió, con el gesto roto—. Al día siguiente me hiciste creer que lo había soñado.

—No, no lo habías soñado. Era yo, Kratos.

—¿Por qué lo hiciste?

—Aquella noche, como muchas otras cuando venía de permiso, había quedado con Ezequiel, el hermano de tu amigo Mario. Me dijo que había conocido a una chica en el ejército y que quería que dejásemos de vernos —sus ojos estaban inyectados en sangre—. ¿Sabes cómo se siente una persona cuando la rechazan siempre?

—Pe-pero —tartamudeó—. ¿Qué le ocurrió a Ezequiel? —preguntó negando con la cabeza.

—Lo asfixié por la espalda con un cargador. El muy hijo de puta me quería joder la vida. Lo dormí como a tu padre con somníferos, pero este tuvo más aguante que ese pobre mal nacido al que llamabas papá. Así que no me quedó otra alternativa que estrangularlo cuando peleaba por despertarse.

Al escuchar la confesión, el agente Ramírez se estremeció al pensar lo cerca que habían estado en el calabozo.

—En aquel momento —prosiguió—, lejos de sentirme mal, decidí que debía hacer algo con la sociedad. Me dije que debía crear algo para dar una seguridad a los infelices como yo. Darles la oportunidad de vivir unos frenéticos días donde comprendieran las mentiras de la vida.

—¿A papá lo mataste tú?

—No me dejó otra opción —respondió con una risa sardónica.

—Eres un monstruo.

—No, yo solo quería ofrecer mi propia terapia a los infelices, pero no contigo. Nunca me perdonaría que te pasara algo. Así que solucionemos todo esto y vayámonos a casa. Como siempre. Ahora que sabes quién soy, podemos empezar nuestra relación nuevamente. Sin rencores. ¿Qué te parece? —sonrió.

—¡No! —gritó—. Todo ha acabado. ¡Todo!

De pronto, el semblante de Kratos perdió su autoridad y firmeza y se transformó en una figura frágil y desencajada por el miedo.

—Yago, ¿qué haces ahí? ¡Bájate! Te vas a caer —dijo con un tono fraternal.

Este comprendió que ahora era Raquel la que conducía. Esa que, hasta hacía unos minutos, pensaba que era la única personalidad de su hermana.

—Muchas gracias por todo lo que has hecho por mí. Nunca te las había dado y me parecía justo hacerlo antes de marcharme. Te has portado como una verdadera madre y yo no he sido más que un desagradecido. Quizá todo esto haya sido por mi culpa.

—¿De qué estás hablando?

—Hasta siempre.

Yago inclinó su cuerpo hacia delante y sus manos se soltaron del muro al que se aferraban. Raquel corrió tan rápido como pudo e intentó agarrarlo, pero no pudo más que ver cómo el cuerpo de su hermano pequeño se alejaba atraído por la gravedad y por los senderos de la muerte.

Un mes después…

—¿Qué tal la entrevista de trabajo?

—La verdad que muy bien —respondió con alegría Miguel—. Me han admitido en la gestoría. Empiezo el lunes.

—Enhorabuena.

El aspecto de Miguel era de lo más cuidado. Tenía el pelo corto y lucía un afeitado de anuncio. Vestía unos pantalones de pinzas claros recién estrenados y una camisa gris.
Se encontraban cenando en casa de Yago donde, poco después de haber vuelto a nacer, también lo había hecho Miguel. Y digo también porque Yago decidió ayudar al hombre que, sin conocerlo, le tendió la mano.

—Y tú, ¿al final has ido a verla?

—No, no he tenido fuerzas para hacerlo. Lo que sí, he hablado con el fiscal. Lo más seguro es que, cuando se celebre el juicio, salga de la cárcel e ingrese en un centro psiquiátrico donde morirá de vieja. O de viejo, ya no sé cómo llamarle.

—No te machaques. Debes ir a visitarla cuando estés preparado, pero ten presente que ella sigue siendo tu hermana. Olvídate de la personalidad de Kratos y céntrate en los buenos momentos que has vivido con Raquel.

—Lo cierto es que ya no sé con quién he estado viviendo todo este tiempo. Para un día que me trataba con dulzura, el resto era puro odio. Nunca me hubiera podido imaginar que estaba compartiendo casa con quién podía haber sido mi verdugo.

—Piensa que, según el informe psiquiátrico, Kratos sí que sabía de la existencia de Raquel, pero a la inversa no. Así que quédate con la parte de ella y no la juzgues por los actos de Kratos.

—Una parte de mí me pide que vaya, pero la otra —dijo negando con la cabeza— no le perdona el daño que le ha hecho a las familias de los fallecidos. Me cuesta asimilar que, dentro de su cuerpo haya dos conductores, como dice mi psicólogo.

—Ella está enferma.

—Lo sé. Por eso no cierro la puerta.

—Paciencia, amigo. ¿Qué tal llevas el brazo?

—Bueno, ahí va —dijo mostrando la escayola con la que lo

cubría.

La caída desde la terraza fue amortiguada parcialmente por la lona que habían desplegado los bomberos. El intento de suicidio se saldó con un brazo roto al golpearse con uno de sus salvadores y una conducta renovada que ni él mismo esperaba.

Yago todavía no era consciente. Pero el juego ideado por Kratos lo cambiaría para siempre y le había mostrado el verdadero Nirvana, el tangible, el que te regala esa cálida sensación de enriquecimiento personal cuando haces el bien sin necesidad de conocer el abismo. Sin necesidad de reiniciarse...